



TERAPIA

SEBASTIAN FITZEK

«Guardaré silencio sobre lo que, en mi consulta
o fuera de ella, vea u oiga.»

Lectulandia

Ni testigos, ni pistas, ni cadáver. Josy, la hija de doce años del conocido psiquiatra Viktor Larenz, desaparece en misteriosas circunstancias de la consulta del médico que la trata de una inexplicable dolencia.

Cuatro años después, Viktor, sumido en una profunda tristeza, se ha retirado a una remota casa en una isla del Mar del Norte. Allí lo localiza una hermosa desconocida que padece alucinaciones: ve constantemente a una niña pequeña, una niña que padece una extraña enfermedad y que desaparece sin dejar rastro de la consulta del médico. Viktor inicia entonces un tratamiento con la desconocida, pero la terapia se convierte paulatinamente en un dramático interrogatorio... ¿Es posible lo inconcebible? ¿Describen los delirios de Anna los últimos días de Josy?

Lectulandia

Sebastian Fitzek

Terapia

ePub r1.2

Accumbens 04.01.15

Título original: *Die therapie*
Sebastian Fitzek, 2006
Traducción: Irene Saslavsky Niedermann
Retoque de cubierta: Accumbens

Editor digital: Accumbens
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Guardaré silencio sobre lo que, en mi consulta o fuera de ella, vea u oiga,
que se refiera a la vida de los hombres y que no deba ser divulgado.
Mantendré en secreto todo lo que pudiera ser vergonzoso si lo supiera la
gente.

FRAGMENTO DEL JURAMENTO HIPOCRÁTICO

Dime con quién andas y te diré quién eres.

REFRÁN POPULAR

Prólogo

Pasada media hora, supo que jamás volvería a ver a su hija. Ella abrió la puerta, se volvió a mirarlo y después entró en la habitación del anciano. Pero estaba seguro de que Josephine, su hijita de doce años, jamás volvería a salir. Nunca más volvería a dedicarle esa sonrisa deslumbrante cuando la llevara a la cama. Nunca más volvería a apagar su lamparita de vivos colores en cuanto ella se hubiera dormido. Y sus gritos espantosos en plena noche jamás volverían a despertarlo.

La certeza lo golpeó con la violencia repentina de un choque frontal.

Intentó ponerse de pie, pero su cuerpo se negó a abandonar la inestable silla de plástico. No le habría sorprendido que se le doblaran las rodillas y cayese al suelo cuan largo era en el desgastado parquet de la sala de espera, justo entre la robusta ama de casa con soriasis y la mesita en la que reposaban números atrasados de algunas revistas. Pero la gracia de desmayarse no le fue concedida y permaneció consciente.

LOS PACIENTES NO SERÁN ATENDIDOS POR TURNO DE LLEGADA
SINO SEGÚN LA URGENCIA DE SU DOLENCIA.

El cartel informativo de la puerta blanca tapizada de cuero que daba a la consulta del alergólogo se volvió borroso.

El doctor Grohlke era un amigo de la familia y el vigésimo segundo al cual visitaba. Viktor Larenz había confeccionado una lista. Los veintiún médicos anteriores no habían logrado descubrir nada. Absolutamente nada.

El primero, un médico de urgencias, había acudido el segundo día de las vacaciones navideñas a la mansión familiar de Schwanenwerder, hacía exactamente de eso once meses. Al principio habían creído que Josephine padecía indigestión por comer *fondue*. Había vomitado varias veces durante la noche y después sufrido una diarrea. Isabell, su mujer, llamó al servicio de urgencias particular y Viktor llevó a Josy al salón, con su delicado camisón de batista. Al recordarlo aún notaba el tacto de sus delgados bracitos: uno rodeándole el cuello como en busca de ayuda y el otro aferrado a *Nepomuk*, el gato azul, su peluche predilecto. Bajo la mirada severa de los familiares presentes, el médico auscultó el delgado tórax de la niña, le administró una infusión electrolítica intravenosa y le recetó un remedio homeopático.

—Es una pequeña infección del estómago y del intestino. Hay un brote en la ciudad, pero ¡no hay que preocuparse! Se pondrá bien.

Ésas habían sido las palabras de despedida del médico de urgencias. «Se pondrá bien». Había mentido.

Viktor se encontraba justo delante de la consulta del doctor Grohlke. Cuando trató de abrir la pesada puerta, ni siquiera logró bajar el picaporte. Al principio creyó que

la tensión de las últimas horas lo había dejado sin fuerzas, pero después comprendió que la puerta estaba cerrada con llave. Alguien había corrido el pestillo. «¿Qué ocurre aquí?», pensó.

Se volvió bruscamente y fue como si viera lo que lo rodeaba en un taumatropo. Su cerebro percibía todas las imágenes de un modo sincrónico: los paisajes irlandeses de las paredes, el polvoriento ficus que había junto a la ventana, la señora con soriasis sentada en la silla. Larenz volvió a tirar del picaporte una última vez y después salió de la sala de espera arrastrando los pies. El pasillo aún estaba repleto, como si el doctor Grohlke fuera el único médico de Berlín.

Viktor se encaminó despacio al mostrador de recepción. Un adolescente que sufría un evidente problema de acné solicitaba que le hicieran una receta, pero Larenz lo apartó rudamente para hablar con la ayudante del médico. Ya conocía a María de sus anteriores visitas. Hacía media hora, a su llegada a la consulta con Josy, María todavía no estaba. Se alegró de que su sustituto se hubiera tomado un descanso o de que su presencia fuera necesaria en otra parte. María tenía unos veinte años y el aspecto corpulento de una portera de fútbol femenino, pero ella también tenía una hija pequeña y le ayudaría.

—He de entrar en la consulta y ver a mi hija —dijo. Había alzado la voz sin darse cuenta.

—Buenos días, doctor Larenz, me alegro de volver a verlo. —María reconoció al psiquiatra de inmediato. Hacía tiempo que no acudía a la consulta, pero en numerosas ocasiones había visto su rostro distinguido en televisión y en las revistas. Era un invitado apreciado de los programas de entrevistas, y no sólo por su apostura y la sencillez con la que explicaba complejos problemas mentales de manera que resultaran comprensibles para los profanos. Pero aquel día sus palabras eran enigmáticas.

—¡Debo ver a mi hija ahora mismo!

El muchacho al que había apartado de un empujón comprendió instintivamente que algo iba mal y se apartó aún más. María también titubeó y se esforzó por no perder su habitual sonrisa.

—Por desgracia no sé de qué me habla, doctor Larenz —dijo, y se tocó la ceja izquierda, donde solía llevar un *piercing* del que siempre tironeaba cuando se ponía nerviosa. Pero el doctor Grohlke, su jefe, era un hombre conservador y la obligaba a quitarse el imperdible plateado en cuanto llegaban los pacientes.

—¿Josephine tenía cita para hoy?

Larenz iba a responder de mala manera pero optó por callar. Claro que tenía cita. Isabell la había concertado por teléfono y él había llevado a Josy en coche. Como siempre.

—¿Qué es un alergólogo, papi? —le había preguntado la niña en el trayecto—.

¿Uno que se encarga del clima?

—No, ratoncito. Eso es un meteorólogo. —La había observado por el retrovisor y hubiera querido acariciarle el cabello rubio. Le había parecido tan frágil... como un ángel pintado en papel de seda japonés.

—El alergólogo se encarga de tratar a las personas que no deben entrar en contacto con ciertos productos, porque de lo contrario se ponen enfermos.

—¿Como yo?

—Tal vez —había contestado. «Ojalá», había pensado. Al menos sería un diagnóstico, un principio. Entretanto, los inexplicables síntomas de su enfermedad afligían a toda la familia. Hacía seis meses que Josy había dejado de ir a la escuela. Los espasmos se producían de manera muy repentina e irregular e impedían a Josy asistir a clase. Por eso Isabell sólo trabajaba media jornada y se dedicaba a las clases particulares de Josy. Y Viktor había cerrado su consulta de Friedrichstrasse para poder dedicarse a su hija a todas horas. O, mejor dicho, a sus médicos. Pero pese a las maratónicas consultas médicas de las semanas anteriores, ningún experto de los consultados había dado con la respuesta. No lograban descubrir la causa de los recurrentes ataques febriles de Josy, de las constantes infecciones ni de las hemorragias nasales nocturnas. A veces los síntomas remitían e incluso desaparecían por completo y la familia recuperaba la esperanza. Pero tras una breve pausa todo volvía a empezar, por lo general con ataques aún más intensos. Hasta el momento, los internistas, los hematólogos y los neurólogos habían logrado descartar que se tratara de cáncer, sida, hepatitis o de cualquier otra enfermedad infecciosa conocida. Incluso habían comprobado que no se trataba de malaria.

—¿Doctor Larenz?

La voz de María volvió a catapultarlo a la realidad y se dio cuenta de que la ayudante lo había estado mirando boquiabierto todo el rato.

—¿Qué habéis hecho con ella? —Larenz había recuperado la voz y ya gritaba.

—¿Qué quiere decir?

—Con Josy. ¿Qué habéis hecho con ella?

Con los gritos de Larenz las conversaciones de los pacientes que esperaban cesaron de golpe. Se notaba que María no tenía ni idea de cómo resolver la situación. Claro que, dado su trabajo como ayudante del doctor Grohlke, estaba acostumbrada a que los pacientes actuaran de un modo extraño. A fin de cuentas, no era una consulta particular y hacía tiempo que la Uhlandstrasse había dejado de ser una de las más elegantes de Berlín. Desde la cercana Litzenerstrasse había una constante afluencia de adictos y prostitutas a las salas de espera, y nadie se asombraba cuando, por ejemplo, un demacrado chaperero con síndrome de abstinencia le gritaba a la enfermera porque no quería que le trataran los eczemas sino que le proporcionaran un remedio que le aliviara el dolor.

Pero ese día se trataba de algo un tanto diferente, puesto que el doctor Viktor Larenz no llevaba un mugriento chándal ni una camiseta agujereada. Tampoco calzaba zapatillas deportivas viejas ni su rostro estaba lleno de granos purulentos y reventados. Al contrario, su aspecto era el de un hombre al cual el término «distinguido» le iba como un guante: esbelto, erguido, de hombros anchos, frente alta y mentón pronunciado. Aunque había nacido y se había criado en Berlín, la mayoría lo tomaba por hanseático. Sólo le faltaban las sienes plateadas y la nariz clásica. Incluso los rizados cabellos castaños —que últimamente llevaba un poco más largos— y la nariz torcida —un doloroso recuerdo de un accidente de vela— contribuían a su aspecto de hombre de mundo. Viktor Larenz era un hombre de cuarenta y tres años cuyo aspecto transmitía la idea de que sin duda tenía pañuelos de hilo con iniciales bordadas y que nunca llevaba monedas en los bolsillos. Su tez, notablemente pálida, denunciaba las muchas horas extra realizadas. Y eso era lo que ponía en una situación difícil a María, porque uno no se espera que un doctor en psiquiatría enfundado en un traje a medida de dos mil doscientos euros se ponga a gritar en público, ni que barbote con voz de falsete palabras incomprensibles. Justo por eso María no sabía qué hacer.

—¿Viktor?

Al oír la voz profunda, Larenz se volvió. El doctor Grohlke había oído el barullo e interrumpido su consulta. El anciano y delgado médico de cabello rubio arena y ojos hundidos parecía muy preocupado.

—¿Qué ocurre aquí?

—¿Dónde está Josy? —gritó Viktor como única respuesta, y el doctor Grohlke retrocedió un paso, alejándose de su amigo. Hacía casi diez años que conocía a la familia pero jamás había visto a Larenz en ese estado.

—¿Por qué no me acompañas a la consulta, Viktor, y...?

Larenz no le prestó atención, sino que mantuvo los ojos fijos por encima del hombro del médico. Viendo que la puerta de la consulta había quedado entreabierta, echó a correr, la abrió del todo de una patada y la hoja golpeó un carrito de instrumental y medicamentos. La mujer con soriasis estaba tendida en la camilla, desnuda de cintura para arriba, y se asustó tanto que olvidó cubrirse los pechos.

—¿Qué diablos te ocurre, Viktor? —exclamó el doctor Grohlke a su espalda. Pero Larenz salió precipitadamente de la consulta.

—¿Josy? —gritó, y corrió hasta el final del pasillo, abriendo todas las puertas—. ¿Dónde estás, Josy? —preguntaba, presa del pánico.

—¡Por amor de Dios, Viktor! —El anciano alergólogo lo siguió, pero Viktor no le prestó atención. El miedo le nublabla el cerebro.

—¿Qué hay ahí dentro? —vociferó al no poder abrir la última puerta situada a la izquierda de la sala de espera.

—Productos de limpieza. Sólo productos de limpieza, Viktor. Es nuestro trastero.

—¡Abre la puerta! —Viktor tiró del picaporte como un demente.

—Escúchame...

—¡ABRE LA PUERTA!

El doctor Grohlke lo agarró de los antebrazos con fuerza insospechada y lo sujetó.

—¡Tranquilízate, Viktor! Y escúchame. Tu hija no puede estar ahí dentro. Esta mañana la señora de la limpieza se llevó la llave y no regresará hasta mañana por la mañana.

Larenz respiraba entrecortadamente y escuchó las palabras de Grohlke sin comprenderlas.

—Así que por favor, procedamos con lógica —dijo el otro, soltándole los brazos y apoyándole una mano en el hombro—. ¿Cuándo has visto a tu hija por última vez?

—Hace media hora, aquí, en la sala de espera —se oyó decir Viktor—. Después entró en tu consulta. El anciano médico sacudió la cabeza con aire preocupado y le preguntó algo a María, que los había seguido.

—No he visto a Josephine —le dijo ésta a su jefe—. Y hoy no tenía cita.

«Tonterías», pensó Larenz, y se llevó las manos a la cabeza.

—Isabell concertó la cita por teléfono y María no ha podido ver a mi hija, claro, porque en recepción había un sustituto. Un hombre que nos ha dicho que tomáramos asiento. Josy estaba muy débil y cansada. La he dejado en la sala de espera para ir a buscar un vaso de agua. Y cuando he vuelto, ella...

—No tenemos sustitutos varones —lo interrumpió Grohlke—. Aquí sólo trabajan mujeres.

Viktor le lanzó una mirada perpleja y procuró comprender lo que acababa de decirle.

—Hoy no he visitado a Josy. No ha venido a la consulta.

De repente, Larenz oyó un sonido cada vez más penetrante que apagaba las palabras del médico a medida que se aproximaba.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó desesperado—. Claro que ha entrado en la consulta. La han llamado. Yo estaba en la habitación contigua y he oído cómo el hombre de la recepción la llamaba por su nombre. Hoy quería entrar en la consulta ella sola, me lo había pedido. Acaba de cumplir doce años, ¿sabes? Hace poco que también cierra la puerta del baño con llave. Y por eso, cuando he vuelto a la sala de espera he creído que ya estaría en la consulta.

Viktor abrió la boca; de repente se dio cuenta de que no había pronunciado una sola de aquellas palabras. No había perdido el juicio, pero por lo visto era incapaz de articular una sola palabra. Miró en torno como buscando ayuda y tuvo la sensación de ver el mundo en una escena retrospectiva. El sonido penetrante aumentó de intensidad y ahogó casi por completo el barullo que lo rodeaba. Era como si todos le hablaran al mismo tiempo: María, el doctor Grohlke e incluso algunos pacientes.

—Hace un año que no veo a Josy. —Ésas fueron las últimas palabras del doctor

Grohlke que Viktor oyó con claridad. Luego todo se volvió muy nítido. Durante un instante supo lo que había ocurrido. La terrible realidad relampagueó, fugaz como un sueño en el momento de despertar, y se desvaneció a la misma velocidad. Durante una fracción de segundo lo comprendió todo. La enfermedad de Josy, que la había afectado tan profundamente durante los últimos meses. De repente entendió lo que había ocurrido. Lo que le habían hecho. Se quedó sin respiración cuando comprendió que ahora también lo perseguirían a él. Lo encontrarían tarde o temprano. Lo sabía. Pero luego el espantoso descubrimiento se le escapó. Desapareció como la última gota de agua por un desagüe.

Viktor se golpeó las sienes con ambas manos. El ruido penetrante, espantoso y lacerante estaba muy próximo. Se volvió insoportable. Era como el gemido de una criatura torturada y casi no parecía humano. Y desapareció cuando, al cabo de un buen rato, volvió a cerrar la boca.

Hoy, unos años después

Viktor Larenz jamás hubiera creído que cambiaría de punto de vista. Tiempo atrás, la austera habitación individual de la clínica Weddinger para trastornos psicosomáticos había estado a disposición de sus pacientes más difíciles. Hoy él mismo estaba tendido en la cama elevable, con los brazos y las piernas sujetos con cintas elásticas grises.

De momento nadie había ido a visitarlo, ni sus amigos, ni sus antiguos colegas, ni sus parientes. Al margen de clavar la vista en un empapelado amarillento de fibra vegetal y dos manchadas cortinas marrones, su única distracción era la visita del doctor Martin Roth, el joven médico jefe que lo visitaba dos veces al día. Nadie había solicitado un permiso de visita en la clínica psiquiátrica, ni siquiera Isabell. Se lo había dicho el doctor Roth, y Viktor no podía echárselo en cara a su mujer. «Después de todo lo ocurrido».

—¿Cuánto hace que han dejado de administrarme la medicación?

El médico jefe estaba comprobando el gota a gota de suero fisiológico, cuya bolsa pendía de un pie metálico de tres brazos junto a la cama.

—Hace unas tres semanas, doctor Larenz.

Viktor agradeció que el hombre aún lo llamara por su título. Durante todas las conversaciones que habían mantenido en los días pasados, el doctor Roth siempre lo había tratado con el mayor respeto.

—¿Y cuánto hace que he vuelto a reaccionar?

—Nueve días.

—Ya. —Viktor hizo una breve pausa—. ¿Y cuándo me darán el alta?

Viktor vio que la broma hacía sonreír al médico. Ambos sabían que jamás le darían el alta. En todo caso, nunca lo dejarían salir de una institución similar que no ofreciera las mismas medidas de seguridad.

Viktor se miró las manos y tiró ligeramente de las cintas que lo sujetaban. Por lo visto, habían aprendido de sus errores. En cuanto lo habían internado, le habían quitado el cinturón y los cordones de los zapatos, e incluso habían quitado el espejo del baño. Cuando lo acompañaban al servicio, dos veces al día, ni siquiera podía comprobar si su aspecto era realmente tan lamentable como suponía. Antes siempre lo felicitaban por su aspecto. Llamaba la atención por los hombros anchos, el cabello espeso y su cuerpo atlético, perfecto para un hombre de su edad. Quedaba muy poco de todo aquello.

—Sea sincero, doctor Roth. ¿Qué siente cuando me ve tendido aquí?

Mientras examinaba la tablilla colgada al pie de la cama, el médico jefe evitó el contacto visual directo con Viktor. Era evidente que reflexionaba. «¿Lástima? ¿Preocupación?».

—Temor. —El doctor Roth optó por la verdad.

—¿Porque teme que pudiera ocurrirle algo parecido?

—¿Lo considera egoísta de mi parte?

—No. Usted es sincero, y eso me gusta. Es una idea que no debe resultarle ajena, dado que tenemos algunas cosas en común.

El doctor Roth se limitó a asentir con la cabeza.

Aunque la situación actual de ambos hombres era muy diferente, algunas etapas de su vida habían sido bastante similares. Ambos se habían criado siendo hijos únicos muy bien cuidados en uno de los barrios más aristocráticos de Berlín. Larenz era el hijo de un abogado de renombre especializado en derecho mercantil de Wannsee; el doctor Roth era el protegido retoño de dos cirujanos de Westend. Ambos habían estudiado medicina en la Universidad Libre de Berlín, en Dahlem, y se habían especializado en psiquiatría. Ambos habían heredado la mansión familiar de sus padres y una fortuna bastante considerable que les hubiera permitido vivir sin trabajar. Sin embargo, debido a la casualidad o al destino, ambos se encontraban en el mismo lugar.

—Bien —prosiguió Viktor—. En ese caso, usted considera que existe un paralelismo entre nosotros. ¿Qué habría hecho usted en mi situación?

—¿Se refiere a si yo hubiera descubierto quién le hizo eso a mi propia hija?

El doctor Roth había apuntado su comentario diario en la tablilla y miró a Viktor directamente por primera vez.

—Sí.

—Para ser sincero, no sé si hubiera podido superar lo que usted tuvo que soportar. Viktor soltó una carcajada nerviosa.

—No lo soporté. He muerto. De la manera más cruel que usted pueda imaginar.

—A lo mejor ahora está dispuesto a contarme todo lo ocurrido. —El doctor Roth tomó asiento al borde de la cama, junto a Larenz.

—¿Lo ocurrido? —Viktor formuló la pregunta, aunque conocía la respuesta, desde luego. En días anteriores el médico le había hecho la misma sugerencia.

—Todo. Toda la historia. Cómo descubrió lo que le ocurrió a su hija. Qué clase de enfermedad sufría. A contarme de que pasó, y desde el principio.

—Ya se lo he contado casi todo.

—Sí. Pero me interesan los detalles. Quiero que vuelva a contármelo todo con exactitud. Sobre todo el final.

«El desastre final», pensó Viktor. Inspiró profundamente y volvió a fijar la mirada en el techo lleno de manchas.

—Ha de saber que durante todos esos años, tras la desaparición de Josy, consideré que no existía nada más cruel que la ignorancia. Cuatro años sin ninguna pista, sin dar señal de vida. A veces deseé que sonara el teléfono y nos dijeran dónde yacía su cadáver. Creía que no había nada peor que flotar entre la suposición y el saber, pero me equivoqué. Porque ¿sabe lo que es aún más espantoso?

El doctor Roth lo miró inquisitivamente.

—La verdad —dijo Viktor, casi en un susurro—. ¡La verdad! Creo que me topé con ella en la consulta del doctor Grohlke, poco después de la desaparición de Josy. Y era tan horrorosa que preferí no admitirla. Pero después volví a toparme con ella, una vez más. Y esta vez ya no pude hacer caso omiso de ella, porque me persiguió, literalmente. De pronto la verdad se enfrentó a mí y me gritó a la cara.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que acaba de oír. Me encontré frente a la persona responsable de todo este desastre y no lo pude soportar. Bien, usted sabe lo que hice en la isla. Y, en última instancia, adonde me llevó.

—La isla —dijo el doctor Roth—. Parkum, ¿verdad? ¿Por qué estaba allí?

—Como psiquiatra, usted debería saber que ésa no es la pregunta correcta. —Viktor sonrió—. Sin embargo, intentaré responderle. Años después de la desaparición de Josy, la revista *Bunte* volvió a pedirme una entrevista en exclusiva. De entrada me negué a concedérsela, e Isabell estaba de acuerdo. Pero después consideré que las preguntas que me enviaron por fax y por correo electrónico podían ayudarme a ordenar mis ideas, a alcanzar la paz. ¿Me comprende?

—¿Así que fue a la isla para trabajar en la entrevista?

—Sí.

—¿Solo?

—Mi mujer no quería ni podía acompañarme. Tenía una importante cita de trabajo en Nueva York. Si he de ser sincero, me alegré de estar solo. Tenía la esperanza de por fin lograr distanciarme lo suficiente en Parkum.

—Lo suficiente para despedirse de su hija.

Viktor asintió, aunque el doctor Roth no había planteado una pregunta.

—Sí, más o menos. Así que me llevé al perro hasta el mar del Norte y tomé un trasbordador hasta Sylt. No podía sospechar la serie de acontecimientos que mi viaje desencadenaría.

—Cuénteme algo más al respecto. ¿Qué ocurrió en Parkum, exactamente? ¿Cuándo fue la primera vez que comprendió que todo estaba relacionado?

«La inexplicable enfermedad de Josephine. Su desaparición. La entrevista».

—Bien. —Viktor volvió a un lado la cabeza y oyó crujir sus vértebras cervicales. Debido a las cintas que lo sujetaban, ése era el único movimiento de relajación que podía realizar. Tomó aliento y cerró los ojos. Como siempre, sólo tardó unos segundos en regresar mentalmente a Parkum, a la casa de la playa de techo de cañas, al lugar donde se había propuesto volver a poner orden en su vida cuatro años después de la tragedia. Donde esperaba distanciarse lo suficiente como para volver a empezar. Y donde en cambio lo perdió todo.

Parkum, cinco días antes de la verdad

BUNTE: ¿Cómo se sintió inmediatamente después de la tragedia?

LARENZ: Estaba muerto. Seguía respirando, incluso comía y bebía de vez en cuando y hasta dormía un par de horas al día. Pero ya no existía. Morí el día que desapareció Josephine.

Viktor clavó la mirada en el cursor que parpadeaba detrás del último párrafo. Hacía siete días que había llegado a la isla. Hacía una semana que se pasaba el día ante el viejo escritorio de caoba, intentando responder a la primera pregunta de la entrevista. Hasta aquella mañana no había logrado teclear cinco oraciones coherentes en su ordenador portátil.

«Muerto», en efecto: era la palabra más adecuada para describir el estado en el que se encontraba en los días y las semanas inmediatamente posteriores. «Posteriores».

Viktor cerró los ojos.

No recordaba las primeras horas después de sufrir el choque. No sabía con quién había hablado ni dónde había estado cuando el caos destruía a su familia. En aquel entonces, Isabell había cargado con todo. Fue ella quien revisó el armario con el fin de informar a la policía acerca de las prendas que llevaba Josy, quien quitó la foto del álbum familiar para que hubiera una útil para la búsqueda de la pequeña. Y también fue ella quien informó a los parientes mientras él vagaba sin rumbo por las calles de Berlín. El psiquiatra, tan célebre y supuestamente tan profesional, había fracasado en la situación más trascendente de su vida.

Y durante los años siguientes, Isabell también había demostrado más fortaleza que él. Al cabo de tres meses ella volvía a trabajar como asesora de empresas, pero en cambio Viktor vendió su consulta y a partir de entonces no volvió a tratar a ningún paciente.

De pronto el portátil emitió un pitido de alarma y Viktor se dio cuenta de que tenía que volver a cargar la batería. El día de su llegada, cuando había colocado el escritorio en la sala con chimenea, delante de la gran ventana con vistas al mar, había comprobado que allí no tenía enchufe. Así que podía contemplar el maravilloso panorama invernal del mar del Norte mientras trabajaba, pero cada seis horas tenía que transportar el ordenador hasta el cargador, que estaba encima de una mesita, delante de la chimenea. Viktor guardó el documento con rapidez antes de que se perdieran los datos.

«Como se perdió Josy».

Echó un rápido vistazo al mar del Norte, pero enseguida desvió la mirada porque

el aspecto del océano era un reflejo de su alma. El viento que silbaba por encima del techo de cañas e impulsaba las olas transmitía un mensaje inequívoco. A finales de noviembre el invierno se apresuraba a llegar a la isla acompañado de sus amigos, la nieve y el frío.

«Como la muerte», pensó Viktor poniéndose de pie y llevando el portátil hasta la mesa de la chimenea, donde reposaba la batería.

La casita de dos plantas de la playa había sido construida a principios de los años veinte del siglo anterior y, desde la muerte de los padres de Viktor, nadie se había encargado de hacer las reparaciones necesarias. Por suerte, Halberstaedt, el burgomaestre de la isla, se había encargado de la instalación eléctrica y del generador que había delante de la casa, así que al menos había luz y la casa estaba caliente. Pero la vieja construcción de madera, que ningún miembro de la familia había visitado durante mucho tiempo, había sufrido bastante. Las paredes, tanto por fuera como por dentro, necesitaban imperiosamente una mano de pintura, hacía años que el parquet estaba desgastado y en el vestíbulo habían tenido que reemplazarlo parcialmente. Y las ventanas dobles de madera se habían deformado y dejaban pasar el frío y la humedad. Puede que el mobiliario resultara lujoso en los años ochenta e incluso siguiera evidenciando la prosperidad de la familia Larenz. Pero en las lámparas Tiffany, el sofá y los sillones de piel y las estanterías de teca se había acumulado un exceso de pátina debido al descuido. Hacía mucho tiempo que nadie había quitado el polvo.

«Cuatro años, un mes y dos días».

A Viktor no le hizo falta echar un vistazo al viejo calendario de la cocina. Lo sabía. Ese era el tiempo transcurrido desde la última vez que había pisado Parkum. Hacía mucho que nadie daba una mano de pintura al techo ni tampoco a la chimenea tiznada de hollín. Pero en aquel entonces otra cosa sí que se encontraba en buen estado: su vida.

Porque Josy lo había acompañado hasta allí, pese a que en los últimos días de octubre la enfermedad ya la había debilitado muchísimo.

Viktor se sentó en el sofá de cuero, conectó el portátil al cargador y procuró no pensar en el fin de semana anterior a aquel fatídico día. Pero fue inútil.

«Cuatro años».

Cuarenta y ocho meses transcurridos sin que Josy diera señales de vida. Pese a las numerosas pesquisas y las llamadas a la población de todo el país a través de los medios de comunicación. Ni siquiera un programa especial doble de televisión aportó ningún indicio confiable. Pese a ello, Isabell se negó a que dieran por muerta a su única hija y por ese motivo también se había opuesto a la entrevista.

—No hay nada que debas concluir —le había dicho Isabell poco antes de la partida.

Se encontraban en el camino de gravilla delante de su casa y Viktor ya había cargado el equipaje en la Volvo. Tres maletas. Una con su ropa, las otras dos repletas de toda la documentación que había reunido tras la desaparición de su hija: recortes de diarios, documentos y, por supuesto, los informes de Kai Strathmann, el detective privado que había contratado.

—No hay nada que asimilar ni concluir, Viktor —había insistido—. Nada. Porque nuestra hija sigue viva. —Que lo dejara solo en Parkum se debía únicamente a que era consecuente y también a que ahora ella tal vez estuviera en algún rascacielos de Park Avenue, en Nueva York, participando en una reunión de trabajo. Era su manera de distraerse. El trabajo.

Viktor, sentado en el sofá negro, se sobresaltó cuando un leño se desplomó en la chimenea, al igual que *Sindbad*, que dormía debajo del escritorio y que bostezó indignado. Hacía dos años, el golden retriever se había acercado a Isabell en el parking de la playa del lago Wannsee.

—¿Qué ocurrencia es ésta? ¿Acaso pretendes reemplazar a Josy con un chucho? —le había gritado a su mujer en el vestíbulo de la mansión cuando ella había vuelto a casa con el perro. El griterío hizo que el ama de llaves, que estaba en la primera planta, desapareciera rápidamente en la habitación de planchar.

—¿Qué nombre pretendes que le pongamos a ese animal, *Joseph*?

Como siempre, Isabell tampoco se dejó provocar en esa situación, haciendo honor a su origen hanseático y al de una de las más antiguas familias de banqueros del norte de Alemania. Sólo la mirada de sus ojos de color azul acero le revelaron lo que pensó en aquel instante: «Si hubieras tenido más cuidado, ahora Josy estaría aquí con nosotros y podría jugar con este perro».

Viktor lo comprendió sin que ella tuviera que pronunciar palabra y la ironía del destino quiso que, desde el primer día, el animal demostrara su preferencia por Viktor.

Fue a la cocina para preparar más té seguido de *Sindbad*, que albergaba la esperanza de disfrutar de otro almuerzo.

—Olvídalo, compañero. —Viktor se disponía darle una palmada amistosa cuando notó que el perro erguía las orejas—. ¿Qué te pasa? —Se inclinó hacia él y entonces también lo oyó: un ruido metálico, un tintineo que le despertó un viejo recuerdo. «¿Qué era?». Viktor se acercó sigilosamente a la puerta.

Volvió a oírlo, un sonido como de una moneda rascando una piedra. Otra vez.

Viktor contuvo el aliento cuando lo recordó: era el ruido que solía oír cuando su padre regresaba de una excursión en velero, el ruido metálico y tintineante de una llave contra un tiesto de arcilla. El ruido que su padre hacía cuando había olvidado la llave de casa y sacaba la de repuesto, oculta bajo un tiesto de flores de la entrada.

«¿O quizá fuera otra persona?».

Viktor se envaró. Alguien estaba en la puerta, alguien que conocía el lugar donde sus padres escondían la llave y, al parecer, ese alguien pretendía entrar en la casa.

Con el corazón en un puño, recorrió el vestíbulo y espió por la mirilla de la pesada puerta de roble. Nadie. Iba ya a correr la amarillenta cortina para mirar por la ventanita de la derecha de la entrada, pero cambió de idea y volvió a espiar por la mirilla. Entonces dio un paso atrás, presa del espanto. ¿Realmente había visto lo que le había parecido ver?

Viktor sintió un escalofrío, los oídos le zumbaban. Estaba completamente seguro, no cabía duda. Durante una fracción de segundo había visto un ojo humano que pretendía examinar el interior de la casa de la playa. Un ojo que le resultaba conocido, aunque no hubiera podido determinar a quién pertenecía. «¡Venga, Viktor, contrólate!», pensó. Inspiró profundamente y abrió la puerta de golpe.

—¿Qué desea...? —Viktor se interrumpió y no terminó la frase que pretendía gritar a la cara del desconocido en el umbral, para darle un buen susto. Porque allí no había nadie. Ni en la terraza de madera ni en el sendero que conducía a la puerta del jardín, situada a unos seis metros de distancia. Viktor bajó los cinco peldaños que daban al jardín para examinar la parte inferior de la terraza. De niño siempre se escondía allí cuando jugaba con los chicos del vecindario. Pero sólo había algunas hojas marchitas arrastradas por el viento e iluminadas por la tenue luz del atardecer, sin nadie que perturbara su tranquilidad.

Viktor se estremeció y se frotó las manos. Después volvió a subir los peldaños. El viento había entrecerrado la pesada puerta de roble y tuvo que hacer un esfuerzo para abrirla contra la corriente. Cuando casi lo había logrado, se detuvo.

El ruido. Volvió a oírlo, un poco menos metálico y más agudo, pero se repitió. Y esta vez no provenía del exterior sino del salón.

Quienquiera que pretendía llamar su atención no se encontraba delante de la puerta. Ya estaba dentro de la casa.

Viktor recorrió lentamente el pasillo que daba al salón, buscando un objeto que le sirviera de arma.

Sindbad no sería de gran ayuda. El retriever sentía tanta pasión por los humanos que hubiera invitado a un ladrón a jugar con él en vez de atacarlo. Y además el perro era demasiado perezoso para tomar nota de la presencia de un extraño y por lo visto había regresado al salón mientras su amo comprobaba que todo estuviera en orden.

—¿Quién anda ahí?

No hubo respuesta.

Viktor recordó que desde 1964 no se había cometido ningún delito en la isla, y que aquel acontecimiento no había pasado de ser una inofensiva pelea en una hostería. Pero eso no lo tranquilizó demasiado.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —preguntó, conteniendo el aliento mientras cruzaba sigilosamente el vestíbulo hacia la sala de la chimenea. Aunque procuraba no hacer ruido, el viejo parquet crujía a cada paso que daba, y también rechinaban las suelas de sus zapatos.

«¿Por qué avanzo sigilosamente si al mismo tiempo hablo en voz alta?», se preguntó. Cuando estaba a punto de accionar el picaporte de la puerta del salón, ésta se abrió y el susto lo dejó mudo.

Cuando la vio no supo si sentirse aliviado o enfadarse. Aliviado porque la intrusa era una mujer bonita y delicada y no un rudo asaltante. O enfadado porque había osado irrumpir en su casa a plena luz del día.

—¿Cómo ha logrado entrar? —preguntó. La mujer rubia, de pie en el umbral entre el pasillo y el salón, no parecía avergonzada ni insegura.

—La puerta que da a la playa estaba abierta cuando he llamado. Lamento haberlo molestado.

—¿Molestado? —El miedo había dejado de paralizarlo y Viktor, tratando de recuperar el control, le gritó—: ¡No me ha molestado, me ha dado un susto de muerte!

—Pues lo siento mu...

—Y además está mintiendo. —La interrumpió, apartándola y entrando al salón—. No he abierto la puerta trasera desde mi llegada a la isla. —«Aunque tampoco comprobé si estaba cerrada con llave, pero no tengo por qué decírtelo», pensó Viktor, acercándose al escritorio y contemplando a su no invitada. Aunque estaba seguro de no haberla visto nunca, algo en su aspecto le resultaba familiar. Medía alrededor de un metro sesenta y cinco, con el cabello rubio en una trenza sobre el hombro, y era muy delgada. Pero pese a su delgadez no parecía andrógina: lo impedían las generosas caderas y los pechos turgentes que se destacaban debajo de su ropa. Con aquel cutis pálido y aristocrático y los dientes blanquísimos más bien parecía una modelo. Sin embargo, no era lo bastante alta para serlo. De lo contrario, Viktor

hubiese sospechado que se había perdido en la isla y que a continuación le preguntaría cómo llegar a la playa, donde tenía que actuar en la filmación de un anuncio televisivo.

—No miento, doctor Larenz. Jamás he dicho una mentira y no empezaré a hacerlo aquí, en su casa.

Viktor se pasó la mano por el pelo, tratando de poner orden en sus ideas. ¿Era real lo que estaba ocurriendo? ¿Que una mujer irrumpiera en su casa, le diera un susto de muerte y encima pretendiera iniciar una discusión con él?

—Oiga, quienquiera que sea usted, ¡váyase de mi casa, ahora mismo! Quiero decir... —Viktor volvió a contemplarla—. ¿Quién es usted?

Notó que le resultaba imposible juzgar su edad. Parecía joven y sus rasgos perfectos correspondían a alguien de veintitantos años, pero iba vestida como una mujer mayor.

Llevaba un abrigo negro de cachemira hasta las rodillas y un traje Chanel rosa, guantes negros de cabritilla, bolso de diseño... Pero, sobre todo, el perfume era propio de una mujer de la edad de Isabell. Y también su manera elegante de expresarse confirmaba que ya había cumplido los treinta.

«Además, debe de ser sorda», pensó Viktor, porque sus palabras no parecían afectarla y seguía en el umbral, muda y observándolo atentamente.

—Vale, da igual. Me ha dado un susto de muerte y ahora le ruego que salga por la puerta principal y no vuelva a pisar mi casa, nunca. Estoy trabajando y no quiero que me molesten.

Cuando la mujer se acercó a él, Viktor se sobresaltó.

—¿De verdad no quiere saber a qué he venido, doctor Larenz? ¿Pretende echarme sin averiguar el motivo de mi visita?

—Sí.

—¿Acaso no quiere saber qué hace una mujer como yo en esta isla dejada de la mano de Dios?

—No.

«¿O tal vez sí?».

Viktor notó que recuperaba la curiosidad tanto tiempo perdida.

—¿Así que le resulta indiferente cómo he sabido que usted se encontraba aquí?

—Sí.

—No le creo, doctor Larenz. Confíe en mí. Lo que quiero decirle le resultará muy interesante.

—¿Que confíe en usted? ¿Que confíe en alguien que irrumpe en mi casa?

—No. Lo que quiero es que me escuche. Mi caso es...

—Su caso me da igual —la interrumpió Viktor en tono grosero—. Si usted sabe lo que me ha ocurrido, molestarme aquí es una desvergüenza.

—No tengo ni idea de lo que le ha ocurrido, doctor Larenz.

—¿Cómo dice? —Viktor no sabía qué le producía mayor asombro, si estar

discutiendo con una perfecta desconocida o que sus palabras sonaran tan sinceras—. En ese caso, hace cuatro años que no lee los periódicos.

—Pues sí —respondió ella.

El desconcierto de Viktor aumentaba con cada minuto que pasaba, al igual que su interés por la hermosa desconocida.

—En fin, sea como sea, yo ya no trabajo. Hace dos años que vendí mi consulta...

—Al profesor Van Druisen. Lo sé. He ido a verlo. Él me envió aquí.

—¿Que él hizo qué? —preguntó Viktor; estaba perplejo y su interés aumentó aún más.

—Bien, no me envió directamente. El profesor Van Druisen sólo dijo que sería mejor que usted se encargara de mi caso personalmente. Y si he de ser sincera, eso es también lo que yo deseo.

Viktor sacudió la cabeza. ¿Pretendía hacerle creer que su antiguo mentor le había dado su dirección, la de la isla? No lo creía posible, sobre todo porque Van Druisen sabía que su estado de ánimo le impedía tratar a una paciente. Menos todavía allí, en Parkum. Pero eso lo aclararía más adelante.

De momento tenía que ingeniárselas para deshacerse de aquella mujer y recuperar la tranquilidad.

—Debo rogarle una vez más que se marche. Sólo está perdiendo el tiempo.

No hubo ninguna reacción.

Poco a poco, su temor inicial se convirtió en cansancio y barruntó que acababa de ocurrir lo que más temor le infundía: que allí tampoco lograría encontrarse a sí mismo. Los fantasmas no lo dejaban en paz, ni siquiera en Parkum, tanto los de los muertos como los de los vivos.

—Doctor Larenz. Sé que en ningún caso desea ser molestado. Esta mañana un tal Patrick Halberstroem me ha traído hasta aquí e incluso antes de que pudiera bajar de su barco de pesca me ha informado acerca de usted.

—Se llama Halberstaedt —la corrigió Viktor—. Es el burgomaestre.

—Sí, el hombre más importante de la isla. Después de usted. Eso también lo ha dejado claro. Y seguiré su consejo y «alejaré mi bonito culo lo antes posible de Parkum» en cuanto haya hablado con usted.

—¿Eso dijo?

—Sí. Pero sólo lo haré si usted me concede cinco minutos y después me lo dice a la cara.

—¿Qué?

—Que usted no desea tratarme.

—No dispongo de tiempo para tratarla —dijo él en tono escasamente convincente—. Márchese, por favor.

—Sí, lo haré. Se lo prometo. Pero primero quiero contarle una historia. Mi historia. Créame, sólo serán cinco minutos y no se arrepentirá de habérmelos concedido.

Viktor titubeó. La curiosidad superaba cualquier otro sentimiento. Además, su tranquilidad ya se había visto interrumpida y no le quedaban fuerzas para seguir discutiendo.

—No muerdo, doctor Larenz —dijo ella con una sonrisa.

Cuando dio otro paso hacia él, el parquet volvió a crujir bajo sus pies y olió su caro perfume: Opium.

—¿Sólo cinco minutos?

—¡Se lo prometo!

Él se encogió de hombros. Tras la interrupción, tanto daban un par de minutos, y si la echaba quizá se pasara todo el día caminando arriba y abajo delante de su casa y él ya no podría volver a concentrarse.

—Vale, de acuerdo —dijo, echando un vistazo al reloj—. Cinco minutos.

Viktor se acercó a la chimenea, en cuya repisa reposaba una vieja tetera de porcelana de Meissen encima de un calentaplatos. Al notar que ella lo observaba con mucha atención, hizo un esfuerzo y se obligó a recordar sus buenos modales.

—¿Le apetece una taza de té? Estaba a punto de prepararlo.

La mujer negó con la cabeza, sonriendo.

—No, gracias. No quiero que me lo descuente del tiempo del que dispongo.

—Bien, entonces al menos quítese el abrigo y tome asiento —dijo. Apartó un montón de viejos periódicos de uno de los sillones de cuero que formaba parte del anticuado tresillo. Hacía años que su padre los había dispuesto de modo que uno disfrutara tanto de la chimenea como del panorama del mar en cuanto se instalaba cómodamente con un buen libro.

Viktor quitó algunas cosas del escritorio y contempló a la bella forastera, que tomó asiento sin quitarse el abrigo de cachemira.

Durante unos instantes reinó el silencio y se oían las olas que rompían en la orilla y después volvían a retirarse.

Viktor echó otro vistazo al reloj.

—Bien, señora... esto... ¿cómo se llama usted?

—Me llamo Anna Spiegel. Soy escritora.

—¿Debería conocerla?

«Spiegel^[1], curioso apellido para una escritora», pensó.

—Sólo si tuviera entre seis y trece años y le gustaran los libros para niños. ¿Tiene hijos?

—Sí. Es decir... —El dolor fue breve e intenso, al igual que su respuesta. Vio que ella dirigía la mirada a la repisa de la chimenea buscando fotos de familia y le hizo otra pregunta para no tener que darle una explicación.

«Hace años que no lee los periódicos».

—Habla alemán sin acento. ¿De dónde es oriunda?

—De Berlín. Berlinesa de pura cepa, por así decir. Aunque mis libros tienen éxito sobre todo en el extranjero, principalmente en Japón. Pero hace tiempo que ya no.

—¿Por qué?

—Porque hace años que no publico ninguno.

Viktor no se había dado cuenta de que la conversación había adoptado la típica forma de pregunta y respuesta, siguiendo el juego que antes se desarrollaba entre él y sus pacientes.

—¿Cuánto hace que no publica nada?

—Unos cinco años. Mi última obra volvía a ser un libro infantil. Creí que sería el mejor que he escrito, lo sentía con cada línea que escribía, pero nunca logré llegar más allá de los dos primeros capítulos.

—¿Por qué?

—Porque mi estado de salud empeoró de manera repentina. Tuve que ir al hospital.

—¿Por qué?

—Me parece que hasta el día de hoy siguen sin saberlo en la clínica Park.

—¿Estuvo en la clínica Park? ¿En Dahlem? —Viktor la miró, asombrado. No había contado con que la conversación diera ese giro. Por una parte, ahora sabía que ella debía de ser una autora muy próspera, puesto que podía permitirse la estancia en una clínica tan cara como ésa. Por otra, que debía de padecer una enfermedad realmente grave, puesto que la exclusiva clínica privada no se especializaba en tratar las dolencias habituales, como el alcoholismo o la drogodependencia, sino los trastornos psíquicos severos. Antes de su colapso, él mismo había sido consultado numerosas veces como destacado experto y podía confirmar la excelente fama de esa institución. Gracias a la colaboración de los profesionales más importantes del país y de los métodos de tratamiento más modernos, en muchos casos la clínica privada berlinesa había logrado resultados espectaculares. Ciertamente que hasta el momento jamás se había topado personalmente con un paciente que abandonara la clínica en un estado mental tan preclaro como el de Anna Spiegel, ahora sentada en su casa de la playa.

—¿Cuánto tiempo permaneció allí?

—Cuarenta y siete meses.

Viktor se quedó sin habla. ¿Tanto tiempo? O mentía más que hablaba o bien estaba realmente enferma. A lo mejor se trataba de ambas cosas.

—Me encerraron durante casi cuatro años en una habitación y me atiborraron de píldoras hasta tal punto que no sabía quién era ni dónde estaba.

—¿Cuál era el diagnóstico?

—Su especialidad, doctor Larenz. Por eso he acudido a usted. Sufro esquizofrenia.

Viktor se había repantigado en su sillón y la escuchaba con atención. Era un experto en esquizofrenia. Al menos lo había sido.

—¿Por qué la internaron?

—Llamé por teléfono al doctor Malzius.

—¿Así que usted le solicitó al director de la institución que la internara?

—Sí, claro. La clínica goza de una fama excelente. Y no conocía a nadie más que pudiera ayudarme. Hace sólo unos días que usted me fue recomendado.

—¿Quién le habló de mí?

—Un joven médico de la clínica. Fue quien se encargó de que dejaran de administrarme medicamentos para que pudiera volver a pensar con claridad. También fue él quien me dijo que usted era el más indicado para tratar mi caso.

—¿Qué remedios le administraron?

—De todo. Truxal, Fluspi. Sobre todo Flupentixol.

«Neurolépticos clásicos. En todo caso, un tratamiento adecuado», pensó Viktor.

—¿Y no le fueron de ayuda?

—No. A partir del día de mi ingreso los síntomas fueron de mal en peor. Cuando por fin dejaron de administrarme los medicamentos tardé semanas en recuperarme. Considero que es prueba suficiente para demostrar que, dado el tipo especial de esquizofrenia que sufro, un tratamiento farmacológico queda descartado.

—¿Qué hace que su tipo de esquizofrenia sea tan especial, señora Spiegel?

—Soy escritora.

—Sí, ya me lo ha dicho.

—Intentaré explicárselo lo mejor posible mediante un ejemplo.

Por primera vez, Anna no lo miró directamente sino que clavó la vista en un punto imaginario detrás de su espalda. En su consulta de la Friedrichstrasse de Berlín, Viktor había renunciado al diván freudiano, optando por hablar con sus pacientes cara a cara. Por eso no era la primera vez que observaba dicha actitud. Los pacientes desviaban la mirada de la suya en cuanto se ponían tensos y querían describir un acontecimiento importante con la mayor precisión. O cuando mentían.

—Mi primer intento como escritora fue escribir un relato corto. Lo escribí a los trece años, para un concurso escolar organizado por el Senado de Berlín. El tema era «el sentido de la vida» y mi cuento versaba sobre varios jóvenes que ponen en marcha un experimento científico. Acababa de entregar el manuscrito cuando algo ocurrió, al día siguiente.

—¿Qué?

—Mi mejor amiga celebraba su decimocuarto cumpleaños en la sala de fiestas del hotel Vier Jahreszeiten, en Grunewald. Yo, para ir al baño, tuve que cruzar el vestíbulo del hotel. De repente, ella estaba allí, justo delante de la recepción.

—¿Quién?

—Julia.

—¿Quién es Julia?

—Ella. Julia. Una de las mujeres de mi relato corto, el personaje principal de la primera secuencia.

—¿Se refiere a que vio una mujer parecida a la de su redacción escolar?

—No. —Anna sacudió la cabeza—. No una mujer parecida a ella. Era exactamente ella.

—¿Cómo se dio cuenta?

—Porque esa mujer dijo literalmente lo que yo le había hecho decir en la primera escena del cuento.

—¿Qué?

Anna bajó la voz y volvió a mirarlo a los ojos.

—Julia se inclinó por encima del mostrador y le dijo al recepcionista: «Oye, monada, ¿me darás una habitación bonita si soy muy amable contigo?».

Viktor sostuvo su mirada.

—¿Alguna vez se ha preguntado si no pudo tratarse de una casualidad?

—Sí, me lo pregunté durante mucho tiempo. Sólo que me costaba creer que se tratara de una casualidad, puesto que después Julia hizo exactamente lo que escribí en mi relato.

—¿Qué hizo?

—Se metió una pistola en la boca y apretó el gatillo.

Viktor la contemplaba horrorizado.

—Eso es...

—¿Una broma? No, por desgracia. La mujer de la recepción fue el principio de una pesadilla en la que estoy atrapada desde hace casi veinte años. A veces más, a veces menos, doctor Larenz. Soy escritora, y ésa es mi maldición.

Viktor casi podría haber imitado el movimiento de sus labios, tan seguro estaba de cuáles serían sus próximas palabras.

—A partir de esa historia, todos los personajes que imagino se vuelven reales. Puedo verlos, observarlos y a veces incluso hablar con ellos. Me los imagino e inmediatamente después aparecen en mi vida. Ésa es mi enfermedad, doctor Larenz. Ése es mi problema. Ésa es la peculiaridad de mi supuesta esquizofrenia —dijo Anna, inclinándose hacia delante—. Por eso estoy aquí, con usted. Así que...

Viktor la miró, y al principio no dijo nada. Sus pensamientos se arremolinaban. Sus emociones luchaban entre sí.

—¿Y bien, doctor Larenz?

—Y bien, ¿qué?

—¿Está interesado? ¿Me tratará, ahora que ya estoy aquí?

Viktor echó un vistazo a su reloj. Los cinco minutos habían transcurrido.

Al repasar lo ocurrido, Viktor decidió que estaba en lo cierto. Si hubiera prestado más atención durante el primer encuentro e interpretado los indicios de un modo correcto, se habría dado cuenta mucho antes de que algo no encajaba. En absoluto. Pero en ese caso, quizás el desastre hubiera ocurrido aún más rápidamente.

En todo caso, Anna había logrado su objetivo. Había irrumpido en su casa y a todas luces había logrado sorprenderlo. Su historia le resultaba interesante. Era tan extraordinaria que durante cinco minutos dejó de pensar en sí mismo y en sus propios problemas. Sin embargo, aunque disfrutó de ese estado casi despreocupado, no quería tratarla. Después de una discusión breve pero intensa, ella accedió a embarcarse en el transbordador que zarpaba al día siguiente por la mañana, a abandonar la isla y volver a consultar al profesor Van Druisen.

—Tengo mis motivos —dijo en tono seco, cuando ella le preguntó por qué no podía quedarse—, y uno de ellos es que hace cuatro años que no practico mi profesión.

—No habrá olvidado su oficio.

—No se trata de eso...

—Así que se niega...

«Sí», pensó Viktor, pero algo impidió que le hablara de Josy a esa mujer. Si era verdad que mientras había permanecido en la clínica Anna no había oído hablar de la tragedia, no sería precisamente él quien la pusiera al corriente.

—Considero que sería una gran negligencia iniciar un tratamiento de un caso tan complejo como el suyo sin la necesaria preparación y fuera de una consulta.

—¿Preparación? Venga ya. Se trata de su especialidad, ¿no? Si me hubieran enviado a su consulta de la Friedrichstrasse, ¿qué habría sido lo primero que me hubiera preguntado?

El torpe intento de engañarlo le hizo sonreír.

—Le hubiera preguntado cuándo fue la primera vez que tuvo una alucinación, pero...

—Mucho antes de lo del hotel —lo interrumpió—. En el Vier Jahreszeiten el ataque de esquizofrenia fue tan... —Intentó encontrar la palabra adecuada—. Real. Tan nítido. Nunca había tenido una percepción sensorial tan viva como ésa. Vi a la mujer, oí el disparo y vi cómo sus sesos se desparramaban por encima del mostrador. Y fue la primera vez que se trataba de un personaje de una historia creada por mí. Claro que también hubo algunos presagios, al igual que en el caso de la mayoría de los esquizofrénicos.

—¿Cuáles? —Viktor decidió concederle cinco minutos más antes de que se marchara. «Para siempre».

—Bien, ¿por dónde empiezo? Creo que la historia de mi enfermedad se remonta a mi más temprana infancia.

El aguardó a que prosiguiera y bebió otro sorbo de té, que entretanto se había enfriado y estaba amargo.

—Mi padre era un militar estadounidense. Se quedó en Berlín con los aliados y en aquel entonces trabajaba como moderador radiofónico en la *American Forces NetWork*. Era una especie de celebridad berlinesa y un donjuán de primera. Por fin, una de las rubias a las que había seducido en la habitación de atrás del casino militar, se quedó embarazada. Se llamaba Laura, era una berlinesa de pura cepa y era mi madre.

—Ya. ¿Por qué habla de su padre en pasado?

—Murió en un trágico accidente cuando yo tenía ocho años. Por cierto, el profesor Malzius consideraba que ése fue el primer acontecimiento traumático de mi vida.

—¿Cómo fue ese accidente?

—Lo operaron de apendicitis en un hospital militar y olvidaron ponerle las medias elásticas antes de la operación. La trombosis resultó mortal.

—Lo siento. —Las desgracias de los pacientes y sus familiares a causa de la negligencia de los médicos ineptos siempre le indignaban—. ¿Cuál fue su reacción al enterarse de la muerte de su padre?

—No muy buena. Vivíamos en una casa adosada, cerca de Andrew Barracks, en el sector estadounidense de Steglitz. Teníamos un perrito mestizo llamado *Terry* que encontramos en la calle. Mi padre lo detestaba, y por eso casi siempre estaba atado en la parte de atrás de la casa, a la que nunca podía entrar. Cuando mi madre me dijo que mi padre había muerto, salí al jardín y empecé a golpear al perro con uno de los bates de béisbol de mi padre, uno de esos pesados con núcleo de hierro. Como la correa que lo sujetaba era muy corta, *Terry* no pudo esquivar los golpes, por no hablar de huir. Primero se le doblaron las patas y se agachó, pero yo seguí golpeándolo. Era una niña pequeña de ocho años, pero invadida por la cólera tenía la fuerza de una posesa. En algún momento, tras asestarle el décimo golpe, le rompí el espinazo y ya no se movió. Aullaba espantosamente, pero seguí golpeándolo hasta que la sangre brotó de su boca y ya sólo era un guiñapo inerte.

Viktor procuró no contemplarla con repugnancia y preguntó:

—¿Por qué lo hizo?

—Porque, a excepción de mi padre, *Terry* era lo que más había amado en esta vida. Mi enajenación infantil me hizo creer que, si me habían quitado lo que más amaba, entonces lo que amaba en segundo lugar tampoco tenía derecho a seguir viviendo. Estaba furiosa porque *Terry* todavía estaba vivo y mi padre no.

—Una experiencia terrible.

—Sí, lo es. Pero aún ignora el porqué.

—¿Qué quiere decir?

—Todavía no sabe toda la historia, doctor Larenz. Lo realmente horroroso de este acontecimiento no es la muerte de mi padre ni que torturara a un perrito inocente hasta la muerte.

—Entonces ¿qué?

—Lo realmente espantoso es que ese perro jamás existió. *Terry* no existió. En cierta ocasión recogimos un gato, pero ningún perro. Y aunque el pequeño cuerpo destrozado de *Terry* me sigue persiguiendo en sueños, sé perfectamente que ese acontecimiento sólo es producto de mi fantasía enfermiza.

—¿Cuándo se dio cuenta?

—Oh, eso me llevó bastante tiempo. No hablé de ello hasta que inicié mi primer tratamiento terapéutico. En aquel entonces tenía dieciocho o diecinueve años. Antes no había podido confiar en nadie. ¿A quién le gusta confesar que es una torturadora de animales, por no hablar de una loca?

«Cielos», pensó Viktor, y acarició distraídamente a *Sindbad*, que seguía dormitando a sus pies y no participaba de la extraña conversación. La pobre chica había cargado con terribles sentimientos de culpa durante diez años. Tal vez ése fuera el azote más cruel de la esquizofrenia. Casi siempre, el único objetivo de las alucinaciones era sugerirle a la persona enferma que era una inútil, una malvada y que no merecía vivir. Con cierta frecuencia, una voz mental impulsaba a los esquizofrénicos a quitarse la vida. Y bastante a menudo los desgraciados obedecían a sus imaginarios torturadores. Viktor miró el reloj y se asombró de que fuera tan tarde. Ya no podría seguir trabajando en la entrevista.

—Bien, señora Spiegel —dijo, poniéndose de pie para indicar que la conversación había acabado definitivamente. Cuando se acercó a Anna se desconcertó al notar que estaba un poco mareado—. Como le he explicado repetidas veces, me resulta imposible tratarla en este lugar —prosiguió, con la esperanza de no tambalearse en el vestíbulo.

Anna lo contempló con expresión indiferente y también se puso de pie.

—Desde luego —dijo en tono sorprendentemente animado—. Sin embargo, me alegro de que me haya escuchado y seguiré su consejo.

Sus andares cuando iba hacia la puerta principal despertaron un recuerdo fugaz en Viktor, que se desvaneció con la misma rapidez con que había surgido.

—¿Se encuentra bien, doctor?

Que ella notara la ligera pérdida de equilibrio lo irritó.

—Me encuentro perfectamente.

«Qué raro». Viktor se sentía como alguien que vuelve a pisar tierra firme tras una larga navegación.

—¿Dónde se aloja? —le preguntó para cambiar de tema, mientras ambos recorrían el pasillo y Viktor abría la puerta que daba a la terraza.

—En la Ankerhof.

Claro. Fuera de temporada, la Ankerhof era la única hostería donde aceptaban

huéspedes. Trudi, la propietaria, cuyo marido había sufrido un accidente mortal en su barca de pesca hacía tres años, era considerada el alma caritativa de la isla.

—¿De verdad se encuentra bien? —insistió Anna.

—Sí, sí. A veces me mareo cuando me pongo de pie demasiado rápido —mintió, con la esperanza de que no fuera el síntoma de una gripe.

—Bien —dijo ella, dándose por conforme—. Entonces regresaré al pueblo. Todavía he de hacer las maletas si quiero embarcarme mañana por la mañana temprano en el transbordador.

Viktor se alegró. Cuanto antes desapareciera de la isla, tanto antes recuperaría la tranquilidad. Lo dejaría en paz.

Volvió a estrecharle la mano y ella se despidió brevemente.

Tras acabar algo, se sabe cómo se hubiera podido hacer mejor. Si Viktor hubiera estado más atento durante la primera conversación, habría leído entre líneas y notado las señales de advertencia. Pero su ingenuidad hizo que la dejara marchar y no se volviera para mirarla. Anna seguramente contaba con ello porque, en cuanto la puerta se cerró, ni siquiera se tomó la molestia de disimular sus auténticas intenciones; se dirigió al norte, en dirección opuesta a la Ankerhof.

6

En cuanto Anna se marchó, volvieron a llamar a la puerta: era Halberstaedt, el burgomaestre de la isla.

—Le agradezco que se haya ocupado del generador —lo saludó Viktor y estrechó la mano del anciano—. La casa estaba caliente cuando llegué.

—Me alegro, doctor —contestó Halberstaedt, apartando la mano con curiosa rapidez.

—Hace mal tiempo, ¿qué lo trae por aquí? Creía que el correo no llegaba hasta mañana.

—Sí, tiene razón. —Halberstaedt sostenía un trozo de madera en la mano izquierda con la que se quitaba la arena de las botas negras de goma—. No he venido por eso.

—Vale. —Larenz señaló la puerta—. ¿Quiere pasar? Parece que lloverá pronto.

—No, gracias. No quiero molestarlo, sólo he venido a hacerle una pregunta.

—¿Cuál es?

—Esa mujer que acaba de visitarlo, ¿quién es?

El tono directo desconcertó a Larenz, porque Halberstaedt tendía a ser amable y reservado, y respetaba la vida privada de los habitantes de la isla.

—No es asunto mío, pero en su lugar yo tendría cuidado. —El burgomaestre hizo una pausa y aprovechó para escupir tabaco de mascar por encima de la barandilla—. ¡Mucho cuidado!

Viktor entornó los párpados como si el sol le diera en la cara y observó a Halberstaedt, disgustado tanto por lo que le decía como por cómo se lo decía.

—¿A qué se refiere?

—A nada. Se lo digo con toda sinceridad: esa mujer no es trigo limpio. Algo le pasa.

Viktor sabía que los enfermos psíquicos despiertan las sospechas de la gente y se asombró de la rapidez con la que Halberstaedt había notado que Anna no era una persona sana.

«Pero yo tampoco lo soy. Ya no».

—Bien, no debe preocuparse por esa señora...

—No es ella la que me preocupa, es usted. Temo que algo pueda ocurrirle.

La pausa mental que la irrupción de Anna y su escalofriante historia le habían proporcionado terminó como por arte de ensalmo. «Josy». Los impulsos que hacían que recordara instintivamente a su hija se contaban por millones. Y una voz amenazadora como la del burgomaestre era uno de ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Lo dicho. Creo que usted corre peligro. Hace cuarenta y dos años que vivo en la isla y durante ellos he visto llegar y marcharse a muchos. Algunos eran bienvenidos. Buenas personas que uno deseaba que permanecieran más tiempo aquí,

como usted, doctor. Y en el caso de otros, supe desde el primer instante que darían problemas. No puedo explicarlo. Debe de ser algo parecido a un sexto sentido, y se me disparó en cuanto vi a esa mujer en el pueblo.

—Explíquese mejor. ¿Qué le dijo, por amor de Dios, para intranquilizarlo tanto?

—No dijo nada. No hablé con ella. Me limité a observarla desde lejos y a seguirla hasta su casa.

«¡Qué curioso! —pensó Viktor—. Anna me ha contado una cosa muy distinta. Pero ¿por qué habría de mentirme acerca de una conversación con Halberstaedt?».

—También Hinnerk dijo que su conducta fue condenadamente extraña hace dos horas, cuando acudió a su tienda de ultramarinos.

—¿Extraña en qué sentido? —quiso saber Viktor.

—Preguntó por un arma.

—¿Qué?

—Sí. Primero quiso comprar un arpón o una pistola de señales. Por fin acabó comprando un cuchillo de trinchar y varios metros de sedal. Así que uno se pregunta qué se propone esa mujer.

—No tengo ni idea —dijo Viktor, ensimismado. Realmente no lo sabía. ¿Qué pretendía hacer una enferma psíquica con un arma en esa pacífica isla?

—En fin. —Halberstaedt se cubrió la cabeza con la capucha de su chubasquero negro—. He de irme. Perdona la molestia.

—No se preocupe.

Halberstaedt bajó los escalones de la terraza y, en la pequeña puerta de la verja, se volvió.

—Una cosa más, doctor. Hace tiempo que quería decírselo. Lo lamento mucho.

Viktor asintió, mudo. Después de cuatro años ya no era necesario que nadie explicara por qué le daba el pésame, porque resultaba evidente.

—Pero la estancia aquí debería ser beneficiosa para usted. Y por eso he venido.

—¿Qué quiere decir?

—Me alegré cuando se trasladó a la isla. Lo vi bajar del transbordador y albergué la esperanza de que lograra pensar en otra cosa, de que pronto tuviera mejor aspecto. Pero...

—¿Pero qué?

—Está aún más pálido que hace una semana. ¿Hay algún motivo?

«Sí. Una pesadilla. Y se llama “mi vida”. Y tu presencia aquí sólo la empeora», pensó Viktor. Pero en vez de expresarlo en voz alta sacudió la cabeza tratando de calmar al burgomaestre. Sólo consiguió volver a marearse. Halberstaedt cerró la puerta de la verja desde el exterior y le lanzó una mirada severa.

—Da igual. Tal vez me equivoque. Quizá la sangre no llegue al río. Pero insisto: no olvide lo que le he dicho acerca de esa mujer.

Viktor se limitó a asentir con la cabeza.

—Hablo en serio, doctor. Cuídese en los próximos días. Tengo la sensación de

que algo no va bien.

—Lo haré. Gracias.

Viktor cerró la puerta de entrada y observó a Halberstaedt a través de la mirilla hasta que desapareció.

«¿Qué ocurre aquí? —pensó—. ¿Qué significa todo esto?».

Averiguar la respuesta le llevaría cuatro días más, por desgracia cuando ya fuera demasiado tarde para él.

Parkum, cuatro días antes de la verdad

BUNTE: ¿Aún alberga esperanzas?

Para Viktor, la segunda pregunta de la entrevista era la peor. Después de pasar una noche inquieta y haber desayunado cualquier cosa, Viktor llevaba sentado ante su portátil desde las diez de la mañana, pero hacía media hora que la pantalla estaba en blanco y ese día no tenía una buena excusa. Ya no cabía duda de que había pillado una gripe. El mareo del día anterior casi había desaparecido, pero desde que se había despertado le costaba tragar y moqueaba. Sin embargo, quería recuperar el tiempo perdido.

¿Esperanzas?

Preferiría contestar con otra pregunta: «¿Esperanzas de qué? ¿De que Josy siga con vida o de que encuentren su cadáver?».

Un golpe de aire hizo temblar las hojas de la ventana. Viktor recordó vagamente que el informe meteorológico pronosticaba un empeoramiento del tiempo. Se suponía que la avanzadilla del huracán Antón alcanzaría la isla por la tarde. La lluvia formaba una pared gris y amenazadora por encima del mar y violentas ráfagas de viento azotaban la isla. La temperatura había bajado de manera considerable durante la noche y el fuego de la chimenea no ardía sólo por motivos estéticos sino porque el calor que irradiaba era necesario para apoyar la calefacción central, que funcionaba gracias al generador. Por lo visto, los pescadores y los barqueros también se habían tomado en serio los informes de la guardia costera. Al mirar por la ventana, Viktor vio que ni una sola embarcación se agitaba en las olas cada vez más altas, y su mirada regresó a la pantalla.

Esperanzas.

Viktor apretó los puños y luego abrió los dedos, pero no tocó ninguna tecla. La primera vez que había leído la pregunta ésta había roto un dique mental y el primer recuerdo que había cobrado forma lentamente había sido el de los últimos días de vida de su padre. Gustav Larenz había muerto de un linfoma a los setenta y cuatro años. Sólo podía soportar el dolor tomando morfina. Pero en las etapas finales de la enfermedad, ni siquiera las píldoras más fuertes lograban calmar los dolores. «Como bajo una campana llena de niebla...», había dicho su padre para describir la

palpitante migraña, que sólo se le calmaba tomando morfina cada dos horas.

«Como debajo de una campana llena de niebla. Exactamente debajo de algo así enterré mis esperanzas. Es como si los síntomas de mi padre también me hubieran afectado a mí, como una enfermedad contagiosa. Sólo que el cáncer no afecta mi sistema linfático sino mi juicio, y la metástasis invade mi psique».

Viktor inspiró profundamente y por fin empezó a escribir.

Sí, tenía esperanza. De que un día su ama de llaves le anunciara una visita que aguardaba en el vestíbulo y que se negaba a pasar al salón. Esperaba que el hombre, que sostenía la gorra del uniforme en las manos, lo mirara a los ojos sin decir palabra. Entonces por fin lo sabría con seguridad, mucho antes de que las palabras más definitivas de todas surgieran de la boca del funcionario: «Lo siento». Esa era su esperanza.

En cambio Isabell rezaba todas las noches para que ocurriera lo contrario. De eso estaba seguro, ignoraba de dónde sacaba fuerzas, pero en lo más profundo de su ser Isabell albergaba una esperanza: un día regresaría a casa y encontraría la bicicleta de Josy tirada en el suelo, ante la entrada. Antes de que la enderezara, Josy se acercaría riendo desde el lago, sin aliento y agarrada de la mano de su padre. Sana y feliz. «¿Qué hay para comer?», gritaría, y todo volvería a ser como antes. Isabell no se asombraría y tampoco le preguntaría a Josy dónde había estado durante los últimos años. Le acariciaría la melena pelirroja, más larga que antes, y se limitaría a aceptar que hubiera vuelto, que por fin la familia volviera a estar unida. Al igual que había aceptado la separación, durante años. Ésa era su esperanza inexpresada.

«Bien, ¿da por contestada su pregunta?».

Sin inmutarse, Viktor comprendió que volvía a hablar solo. En esta ocasión su interlocutora imaginaria era Ida von Strachwitz, la redactora jefa de la revista *Bunte*, a la que debía enviar las primeras respuestas por correo electrónico al cabo de dos días.

El portátil de Viktor produjo un sonido que le recordó el de una vieja cafetera que escupe el resto del agua en el filtro. Decidió borrar las últimas líneas, pero se irritó al comprobar que no había nada que borrar. Durante el transcurso de la última media hora sólo había escrito una frase, que ni siquiera tenía mucha relación con la pregunta.

Entre la sospecha y la certeza se encuentran la vida y la muerte.

Viktor no llegaría a terminar esa única línea porque de repente sonó el teléfono; era la primera vez que sonaba desde su llegada a Parkum y el inesperado sonido que desgarró el silencio que reinaba en la pequeña casa le sobresaltó. Dejó que sonara cuatro veces antes de levantar el pesado auricular del anticuado teléfono de disco. Como casi todos los demás objetos de la casa, el monstruo negro era una herencia de su padre. Estaba en una mesita, junto a la estantería.

—¿Lo molesto?

Viktor suspiró mentalmente. Casi había contado con que ocurriera. De pronto volvió a sentir el mareo del día anterior y los conocidos síntomas de la gripe.

—¿Acaso no llegamos a un acuerdo, señora Spiegel?

—Sí —respondió ella en tono apocado.

—Se suponía que usted se iba esta mañana, ¿verdad? ¿Cuándo zarpa el transbordador?

—Por eso lo llamo. No puedo marcharme.

—Oiga. —Viktor miró nervioso al techo y descubrió unas telarañas en un rincón—. Ya hemos comentado todo esto de manera exhaustiva. De momento usted atraviesa una fase de calma y, en ese estado, puede regresar a Berlín sin ningún inconveniente. En cuanto llegue, se encuentra con el profesor Van Druisen al que yo...

—No puedo —lo interrumpió Anna sin alzar la voz. Y antes de que dijera nada Viktor sabía qué diría—. El transbordador. No zarpa debido a la tormenta. Estoy atrapada aquí, en la isla.

Lo supo incluso antes de colgar el auricular. Su tono de voz la delató: insinuaba que ella se había encargado personalmente de la tormenta, sólo para mantenerlo alejado de su trabajo y de la investigación del pasado, y también insinuaba que tenía algo que contarle, algo tan importante que había estado dispuesta a enfrentarse al agobio y al coste del viaje de Berlín hasta la isla. Y que, por algún motivo, el día antes no le había contado. Viktor ignoraba qué era, pero sabía que ella no abandonaría la isla antes de desembarazarse de su historia. Por eso se presentaría, y por eso él se había duchado y cambiado de ropa, por si acaso. Había tomado una aspirina disuelta en agua con el estómago vacío. Percibía la presión en los ojos, un indicio claro de que estaba a punto de sufrir un dolor de cabeza, quizás acompañado de fiebre. Para estos síntomas Viktor prefería tomar dos Katolodon, pero lo adormecerían y algo le decía que era mejor enfrentarse a su inoportuna huésped con la cabeza despejada. Así que se sentía mal pero al menos no con sueño cuando, a primera hora de la tarde, *Sindbad* anunció la presencia de Anna con un gruñido.

—He salido a dar un paseo y he visto luz en su salón —le dijo con una sonrisa cuando Viktor le abrió la puerta.

Viktor frunció el ceño. «¿Un paseo?». Dado el estado del tiempo, incluso los amos de un perro salían a disgusto. Cierto que aún no llovía a mares, pero la ligera llovizna era bastante desagradable. Y el traje de fina lana y los zapatos de tacón no eran lo indicado para dar un paseo bajo la lluvia. Se tardaban quince minutos como mínimo para llegar desde el pueblo a la casa de la playa y el sendero ya estaba encharcado. Sin embargo, sus elegantes zapatos de verano estaban impolutos y su cabello seco pese a que no llevaba paraguas ni pañuelo en la cabeza.

—¿Soy inoportuna?

Viktor se dio cuenta de que no había pronunciado palabra, de que sólo se había limitado a mirarla estupefacto.

—Pues sí. Es decir, yo... Perdón, estoy un poco confuso, supongo que he pillado una gripe. «Y lo que Halberstaedt me contó de ti tampoco me anima a abrirte la puerta así sin más».

—Oh. —La sonrisa se borró del rostro de Anna—. Lo siento.

Un relámpago cayó en el mar detrás de la casa y durante un instante iluminó los alrededores, seguido poco después por el correspondiente trueno. La tormenta se aproximaba. Viktor se enfadó: ahora no podría echar a la indeseada visita; se vería obligado a ser amable y soportar su presencia, al menos hasta que pasara el aguacero.

—Bien, puesto que se ha tomado la molestia de venir hasta aquí, le propongo que tomemos una taza de té —dijo, de muy mala gana. Anna aceptó la invitación sin titubear. Había recuperado la sonrisa y Viktor incluso creyó adivinar una ligera expresión triunfal en sus rasgos, como la de un niño que, tras lloriquear un buen rato en el supermercado, por fin consigue que su madre le compre un dulce.

Ella lo siguió hasta el salón de la chimenea y ambos volvieron a sentarse como la tarde anterior: ella con las piernas cruzadas en el sofá, él de espaldas a la ventana delante del escritorio.

—Sírvase, por favor —dijo Viktor, alzando su taza e indicando la repisa de la chimenea donde reposaba la tetera encima del calentaplatos.

—Tal vez más tarde, gracias.

El dolor de garganta había aumentado y Viktor bebió un largo sorbo de té, que sabía aún más amargo que antes.

—¿Se encuentra bien?

Otra vez la misma pregunta. Que ella notara que no se encontraba bien irritó a Viktor. Allí el médico era él.

—Gracias. Me encuentro perfectamente.

—¿Por qué tiene esa expresión furibunda desde que he llegado, doctor? ¿Acaso está enfadado conmigo? Le ruego que me crea cuando le digo que esta mañana realmente tenía la intención de tomar el transbordador, pero por desgracia las salidas se han suspendido.

—¿Le han dicho cuándo está previsto que vuelva a salir?

—No. Sólo que no será hasta dentro de dos días como mínimo. Con mucha suerte, veinticuatro horas.

«Y con mala suerte, una semana». Eso habían tenido que esperar Viktor y su padre en cierta ocasión.

—Tal vez podríamos aprovechar el tiempo para proseguir con la terapia, ¿no? —preguntó Anna en tono ingenuo y sin dejar de sonreír.

«Quiere desembarazarse de algo», pensó Viktor.

—Si cree que lo de ayer fue terapia, se equivoca. Sólo fue una charla. Usted no es mi paciente y eso no lo modifica la tormenta.

—Estupendo. Entonces prosigamos con la charla de ayer. Me hizo bien.

«Quiere desembarazarse de algo y no cejará hasta haberlo soltado».

Viktor le sostuvo la mirada y, al comprender que ella tampoco desviaría la suya, acabó por asentir con la cabeza.

—Bien, pues... —«Acabemos con lo que empezamos ayer», completó la frase mentalmente mientras Anna se reclinaba en el sofá con expresión satisfecha.

Y entonces procedió a narrarle la historia más espeluznante jamás oída por Viktor.

Lo primero que Viktor le preguntó fue:

—¿Qué libro está escribiendo en la actualidad? —Era la pregunta que se le había ocurrido esa mañana, al despertar: «¿Cuáles son los siguientes personajes que cobrarán vida en sus pesadillas?».

—Ya no escribo. En todo caso, no en el sentido habitual.

—¿Qué quiere decir?

—Ahora sólo escribo sobre mí misma. Mi biografía, por decirlo de alguna manera. Así mato tres pájaros de un tiro. En primer lugar, me permite continuar con mi afición artística. En segundo lugar, me sirve para elaborar mi pasado y, en tercer lugar, impido que personajes novelescos entren en mi vida y me vuelvan loca.

—Comprendo. Entonces cuénteme algo de su último gran colapso. El que al final provocó su hospitalización.

Anna soltó un profundo suspiro y entrelazó los dedos como si rezara.

—Bien. El último personaje que se independizó fue la heroína de un moderno cuento de hadas infantil.

—¿De qué trataba?

—De una niña pequeña. Charlotte. Era un ángel rubio y delicado, como las imágenes publicitarias del pan de canela y los chocolates.

—No es el peor personaje que uno podría imaginar como acompañante imaginario.

—Sí, es verdad. Charlotte era un tesoro. Todos cuantos la veían le tomaban cariño. Era hija única de un rey y vivía en un pequeño castillo en una isla.

—¿De qué trataba la historia, exactamente?

—De una búsqueda. Porque resulta que un buen día Charlotte cayó enferma. Muy enferma.

Viktor, a punto de beber otro sorbo de té, dejó la taza. Ahora Anna acaparaba toda su atención.

—Sufría inexplicables ataques de fiebre y cada vez estaba más débil y más delgada. Todos los médicos del país acudieron y la examinaron, pero ninguno sabía qué le ocurría. Con cada día que pasaba, sus padres se desesperaban un poco más. Y el estado de la pequeña empeoraba un día tras otro.

Viktor contuvo el aliento y se concentró en cada una de sus siguientes palabras.

—Un día, la pequeña Charlotte decidió tomar las riendas de su destino y se escapó de casa.

«Josy».

Viktor intentó reprimir esa idea, pero no lo logró.

—¿Cómo dice? —Anna lo contemplaba con expresión irritada. Viktor no había notado que era obvio que había dicho algo, y se pasó nerviosamente la mano por el pelo.

—Nada. No quería interrumpirla. Por favor, prosiga.

—Bien, lo dicho: emprendió la búsqueda del origen de su enfermedad. Si se quiere, esta historia es una parábola. Un cuento de hadas acerca de una niña enferma que no se rinde sino que decide actuar por cuenta propia.

«No puede ser. Es imposible». Viktor era incapaz de pensar con claridad. Conocía esa sensación; la primera vez que se había sentido de aquel modo había sido en la consulta del doctor Grohlke. Y a partir de entonces todos los días de su vida hasta el momento en el que había decidido acabar definitivamente con la búsqueda de su pequeña hija.

—¿De verdad se encuentra bien, doctor Larenz?

—¿Qué? Oh... —Viktor vio que estaba tamborileando en el escritorio con los dedos de la mano izquierda—. Discúlpeme, habré tomado demasiado té. Pero siga hablándome de Charlotte. ¿Cómo acaba la historia? ¿Qué ocurrió? «¿Qué le ocurrió a Josy?».

—No lo sé.

—¿Qué? ¿No sabe cómo acaba su propia historia? —exclamó, pero Anna no pareció asombrada por el arrebato.

—Ya le he dicho que jamás acabé el cuento. Se quedó en un fragmento. Por eso Charlotte nunca volvió a soltarme y me arrojó a esta pesadilla.

«¿Pesadilla?».

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lo dicho, Charlotte fue el último personaje de ficción que penetró en mi vida. Y lo que experimenté con ella fue tan horroroso que me provocó el colapso.

—Una vez más. Dígame qué ocurrió exactamente.

Viktor sabía que su conducta no era la correcta. La paciente aún no era capaz de hablar del trauma. Pero él tenía que saber de qué se trataba. Al ver que Anna mantenía la vista clavada en el suelo y no respondía, habló con mayor precaución.

—¿Cuándo sufrió la primera alucinación con Charlotte?

—Hace cuatro años, en Berlín. En invierno.

«El 26 de noviembre». Viktor completó mentalmente la información.

—Me disponía a ir a la compra cuando oí un estruendo en la calle. El chirrido de unos neumáticos, un ruido metálico, cristales que se rompen, los sonidos habituales de un choque frontal. Recuerdo que pensé: «Espero que nadie haya resultado herido», y me di la vuelta. Entonces vi a la niña. Estaba en medio de la calle, paralizada. Por lo visto ella era la culpable del accidente.

Viktor se envaró.

—De repente, como impulsada por una señal invisible, giró la cabeza y me sonrió. Entonces la reconocí: era Charlotte. La niña enferma de mi novela. Corrió hacia mí y me agarró de la mano.

«Sus delgados bracitos. Tan frágiles...».

—Me quedé tesa, catatónica. Por una parte, sabía que Charlotte no existía, no

podía existir. Por la otra era muy real. No me quedó más remedio que aceptar su presencia. Así que la seguí.

—¿Adónde? ¿Dónde ocurrió aquello?

—¿Cómo dice? ¿Por qué es importante? —Anna parpadeó, parecía desconcertada y de pronto pareció no tener ganas de seguir hablando.

—Tiene razón, no es importante. Perdóneme. Prosiga.

Anna carraspeó y se puso de pie.

—Si no le importa, doctor Larenz, quisiera hacer una pausa. Sé que no dejé de insistir en mantener esta conversación, pero ahora comprendo que quizás aún no pueda contárselo todo. Esas alucinaciones fueron terribles para mí y hablar de ellas me resulta más difícil de lo que creía.

—Por supuesto —dijo Viktor. Aunque estaba ansioso por obtener más información también se puso de pie.

—Ya no volveré a molestarlo. A lo mejor mañana podré regresar a casa.

«¡No!».

Viktor se esforzó por encontrar una solución. No podía permitir que Anna regresara, aunque eso era precisamente lo que le había exigido hacía unos minutos.

—Una pregunta más —dijo, de pie en el centro del salón—. ¿Cómo se titulaba el libro?

—Todavía no tenía título. Sólo uno provisional: Nueve.

—¿Por qué Nueve?

—Porque cuando Charlotte se escapó de casa tenía nueve años.

—Oh.

«¡Demasiado joven!».

Con asombro, Viktor se dio cuenta del efecto que le habían causado las escasas palabras de Anna. De hasta qué punto había deseado que las visiones enfermizas y esquizofrénicas de la paciente tuvieran una base real.

Al aproximarse a ella con lentitud, Viktor notó que le había subido la fiebre y que tenía más dolor de cabeza a pesar de la píldora que había tomado después de ducharse. Las sienas le palpitaban dolorosamente y los ojos le lloraban. De repente la figura de Anna se volvió borrosa y vio su contorno como a través de un vaso lleno de agua. Parpadeó y, cuando pudo ver con mayor claridad, leyó algo en la mirada de Anna que al principio le resultó inexplicable. Y entonces supo qué era: la conocía. En algún momento, hacía mucho tiempo, ya se había encontrado con ella, aunque era incapaz de adjudicarle un nombre o de identificarla, como sucede a veces con un actor: uno no sabe cómo se llama ni en qué película lo ha visto.

La ayudó a ponerse el abrigo con cierta torpeza y la acompañó a la puerta. Anna ya había dado un paso al exterior cuando se giró y, un segundo después, su boca estaba a milímetros del rostro de Viktor.

—Hay algo más y se lo diré sólo porque usted me lo acaba de preguntar.

Viktor retrocedió y de pronto se notó tan envarado como al principio de la

conversación.

—No sé si es importante, pero el libro tenía un subtítulo. Es un subtítulo muy extraño, porque en realidad no tiene ninguna relación con la historia. Se me ocurrió en la bañera y lo encontré bonito.

—¿Cuál era?

Momentáneamente, Viktor se preguntó si de verdad quería saberlo. Pero ya era demasiado tarde.

—*El gato azul* —contestó Anna—. No me pregunte por qué. Pensé que un gato azul en la portada quedaría bonito.

—Sólo para asegurarme de que te he comprendido correctamente...

Viktor casi podía ver al gordo detective al otro extremo de la línea, cabeceando incrédulo mientras le hacía preguntas. Lo había llamado en cuanto Anna se había marchado.

—¿Me estás diciendo que en Parkum has recibido la visita inesperada de una perturbada mental?

—Sí.

—¿Y que la mujer afirma que la persiguen unos personajes de novela que ella misma ideó?

—Algo por el estilo.

—¿Y ahora quieres que compruebe si las alucinaciones de... esto...?

—Lo siento, Kai, pero sólo te diré su nombre cuando sea necesario. Aunque ya no ejerzo, en sentido estricto es una paciente, y debo guardar el secreto profesional.

«Por lo menos, mientras pueda».

—Como quieras, pero ¿de verdad crees que los ataques de esquizofrenia de esta nueva paciente pueden estar relacionados con la desaparición de tu hija?

—Así es.

—Supongo que sabrás lo que opino al respecto, ¿verdad?

—Desde luego —contestó Viktor—. Crees que he perdido definitivamente el juicio.

—Por decirlo con suavidad.

—Lo comprendo, Kai. Pero reflexiona un instante: eso que me ha contado no puede ser casualidad.

—Querrás decir que tú no quieres que lo sea.

Viktor hizo caso omiso de la objeción.

—Una niña pequeña gravemente afectada por una enfermedad inexplicable que un buen día desaparece. En Berlín.

—Bien —dijo Kai—. Pero ¿y si te ha mentado? ¿Y si en realidad sabe algo acerca del paradero de Josy?

—Olvidas que jamás dimos a conocer que estuviera enferma. No puede saber nada al respecto.

Fue lo que les había aconsejado la policía. Los misteriosos síntomas de la enfermedad que sufría Josy no debían servir para que la prensa sensacionalista alimentara la voracidad de las masas. «Además, de este modo disponemos de información que sólo nos podría proporcionar el auténtico secuestrador —le había dicho el joven jefe de la investigación—. Así sabremos quién la tiene en su poder y quién sólo está interesado en su dinero».

Y, en efecto, tras la publicación del parte de desaparición se habían recibido llamadas de varios individuos, todos los cuales habían respondido que «se encuentra

perfectamente» o «muy bien, dadas las circunstancias» a la pregunta: «¿Cómo se encuentra Josephine?». Y esa respuesta era incorrecta si uno tenía en cuenta que la niña sufría un desvanecimiento al menos una vez al día, incluso si no se encontraba en manos de unos criminales.

—Vale, doctor —prosiguió el detective privado—, niña enferma se escapa de casa. En Berlín. Hasta ahí los hechos encajan, de acuerdo. Pero ¿y después? ¿A qué viene esa cháchara sobre la hija de un rey que vive en un castillo de una isla?

—Olvidas que Schwanenwerder es de hecho una isla que se comunica con Berlín-Zehlendorf sólo por un puente. Y tú mismo te referiste en broma a nuestra residencia de Shinkel junto al lago Grossen Wannsee como un «castillo». Y en cuanto a la hija del rey, Isabell solía llamar... suele llamar a Josy «princesa», otro paralelismo.

—No te lo tomes a mal, Viktor. Hace cuatro años que trabajo para ti y nos hemos hecho amigos. Y como amigo te digo que eso que la señora te ha contado me suena a horóscopo del *Kurier*. Es tan inconcreto que todos pueden entender lo que más les convenga.

—Da igual. Jamás podría perdonarme si no hiciera todo lo humanamente posible por Josy.

—Vale. Tú mandas. Pero quiero dejar claro otro punto: el último testimonio verosímil fue el de una pareja de ancianos que vieron a una niña pequeña que salía de la consulta acompañada de un hombre. No sospecharon nada porque supusieron que el hombre era el padre. La declaración fue confirmada por el propietario del quiosco de la esquina. Un hombre de mediana edad secuestró a tu hija. No una mujer. Además, Josy tenía doce años, no nueve.

—¿Y el gato azul? Sabes que el peluche preferido de Josy era *Nepomuk*, el gato azul.

—De acuerdo, pero eso no significa que esta historia tenga pies ni cabeza. Suponiendo que exista una relación, ¿qué quiere esa mujer de ti? ¿Cuáles son sus motivos? Si ella secuestró a Josy, ¿por qué no sigue ocultándose y en vez de eso va a buscarte a Parkum?

—No he dicho que mi paciente esté relacionada con el secuestro. Sólo digo que sabe algo. Algo que intentaré sonsacarle durante las próximas sesiones de terapia.

—Así que volverás a verla.

—Sí, le he dicho que viniera mañana por la mañana. Espero que venga, pese a que hoy no he sido muy amable con ella.

—¿Y por qué mañana no se lo preguntas directamente?

—¿Qué crees que debería hacer?

—Enséñale una foto de Josy. Averigua si la reconoce.

Y si la respuesta es afirmativa, será mejor que llames a la policía de inmediato.

—Aquí no tengo ninguna buena foto de ella. Sólo una copia de la foto de un diario.

—Puedo enviarte una foto por fax.

—De acuerdo. Pero de todos modos aún no podré utilizarla.

—¿Por qué?

—Porque hay un punto en el que la mujer dice la verdad: está enferma. Y si es verdad que sufre de esquizofrenia, necesito que confíe en mí como médico. No quiere seguir hablando del asunto, ya me lo ha dicho. Si mañana le doy a entender de manera indirecta que la considero cómplice de un delito se cerrará en banda y no podré sonsacarle más información. No quiero correr ese riesgo mientras albergue una mínima esperanza de que Josy esté viva.

«Esperanza».

—Te diré algo, Viktor. La esperanza es como una astilla de vidrio clavada en el pie. Mientras permanece clavada en la carne sientes dolor a cada paso que das, pero una vez que te la han extraído la herida sangra un poco y tarda un tiempo en cicatrizar, pero al final uno puede seguir caminando. Ese proceso se denomina duelo y considero que es hora de que inicies el proceso. ¡Santo Cielo! Han pasado casi cuatro años y hemos tenido indicios mejores que los proporcionados por esa mujer que se hizo internar en un manicomio.

Sin saberlo, Kai Strathmann acababa de proporcionarle la respuesta a la segunda pregunta de la entrevista.

—Bien, Kai. Te prometo que pondré fin a la búsqueda de mi hija si me haces un último favor.

—¿Cuál es?

—Te ruego que compruebes si el 26 de noviembre hubo un choque frontal cerca de la consulta del doctor Grohlke. Entre las tres y media y las cuatro y cuarto de la tarde. ¿Podrás hacerlo?

—Vale. Pero a condición de que hasta entonces no hagas más que dedicarte a esa entrevista sin pies ni cabeza, ¿entendido?

Viktor le dio las gracias pero evitó darle una respuesta directa. Sólo quería mentir si era imprescindible.

Parkum, tres días antes de la verdad

BUNTE: Durante ese período, ¿quién, aparte de su familia, le ayudó más?

Viktor soltó una carcajada. Faltaban pocos minutos para que Anna acudiera a la siguiente sesión. No estaba seguro de que lo hiciera. El día anterior no se lo había asegurado al despedirse y ahora Viktor procuraba distraerse trabajando en la entrevista. Para pensar en algo que no fuera Charlotte, o Josy, eligió la pregunta más sencilla.

«¿Quién le ayudó más?».

No tuvo que pensárselo mucho. La respuesta era escuela: el alcohol.

Cuanto más tiempo transcurría desde la desaparición de Josy, tanto más tenía que beber para mantener el dolor a raya. Si durante el primer año le bastaba con un trago, últimamente ni siquiera un vaso entero bastaba para ahuyentar las ideas tenebrosas. Y el alcohol no sólo servía para reprimir: ofrecía respuestas. Mejor aún: era la respuesta.

«Si hubiera estado más atento, ¿seguiría viva? Respuesta: vodka. ¿Por qué me quedé en la sala de espera sin hacer nada tanto tiempo? Respuesta: la marca da igual, lo importante es que la cantidad sea abundante».

Viktor inclinó la cabeza hacia atrás, ansioso por retomar la conversación del día anterior. Kai aún no había vuelto a llamar para decirle si había averiguado algo acerca del accidente, pero Viktor no quería seguir esperando. Quería saber cómo proseguía la historia de Anna, necesitaba nuevos indicios que le sirvieran para establecer un vínculo, por más fantástico que fuera. Y necesitaba un trago.

Volvió a reír. Claro que ahora podía autojustificarse con el argumento de que un chorro de ron en el té era lo indicado, dada su gripe cada vez más evidente, y a lo mejor le hubiera ayudado. Pero por suerte había sido sensato: había dejado a su mejor amigo y ayudante en Berlín. Había llegado a Parkum sin una sola gota de alcohol en la maleta. Y por un buen motivo. En los años pasados, el señor Jim Beam y su hermano Jack Daniels eran los únicos pacientes con los que había mantenido una intensa conversación, tan intensa que a veces había días en los que sólo era capaz de un único pensamiento claro: cuándo llegaría el momento de beber otro trago de la botella.

Al principio, Isabell trató de alejarlo del alcohol. Había tratado de persuadirlo con buenas palabras, le había hecho de madre, se había compadecido de él y, con una frecuencia cada vez mayor, le había suplicado que dejara de beber.

Más adelante, una vez pasada la fase de los gritos, hizo lo que los grupos de autoayuda aconsejan a todos los familiares: pasar del tema. Isabell se mudó a un hotel sin previo aviso y no dio más señales de vida. Viktor no notó que la mansión estaba vacía hasta que se acabaron las provisiones y ya no tuvo la fuerza necesaria para recorrer solo todo el camino hasta la estación de servicio.

Y el dolor empezó a acompañar la falta de fuerza, y con el dolor llegaron los recuerdos.

Los primeros dientes de Josy.

Los cumpleaños.

El ingreso en la escuela.

La bicicleta que recibió en Navidad.

Los trayectos en coche.

Y Albert.

«Albert».

Viktor contemplaba el oscuro mar por la ventana y estaba tan ensimismado que no oyó los pasos que se acercaban por detrás.

«Albert».

Si se hubiera visto obligado a mencionar el motivo que lo había inducido a dejar de beber, ése había sido su encuentro con el anciano menudo y desconocido.

Antaño, cuando su vida aún tenía sentido, regresaba del trabajo todas las tardes alrededor de las cinco por la autopista en dirección a Spanische Allee. Pasada la torre triangular de radiodifusión, a la altura de las viejas y ruinosas tribunas del circuito Avus, desde donde los espectadores solían presenciar las carreras de automóviles en verano, siempre había un señor mayor observando el paso de los coches que regresaban a casa después del trabajo. Aguardaba junto a una destartada bicicleta de señora que le servía de medio de transporte, cerca de un hueco en la verja que rodeaba el terraplén. Era el único lugar entre Wedding y Potsdam donde no habían instalado pantallas acústicas o paredes para impedir la vista del circuito. Cada vez que Viktor pasaba junto a él a cien kilómetros por hora, se preguntaba por qué el hombre se dedicaba a observar los faros traseros de los innumerables coches. Viktor siempre pasaba a su lado en el Volvo a una velocidad excesiva, tan excesiva que durante los cientos de días transcurridos nunca pudo observar la expresión del rostro del hombre. Aunque lo veía casi a diario, no lo hubiera reconocido de tenerlo enfrente.

Un día Josy también notó su presencia, cuando ella, Viktor e Isabell regresaban a casa de una fiesta popular.

—¿Por qué está ahí ese hombre? —preguntó, y se giró para mirarlo.

—Está un poco confuso —diagnosticó Isabell en tono objetivo. Pero Josy no se dejó convencer.

—Creo que se llama Albert —murmuró entre dientes. Sin embargo, Viktor oyó sus palabras.

—¿Por qué Albert?

—Porque es un anciano y está solo.

—Ya, ¿y los ancianos solitarios se llaman así?

—Sí —respondió Josy, y eso puso fin al asunto. A partir de entonces el desconocido que estaba de pie al borde del camino tuvo nombre y de vez en cuando Viktor lo saludaba con la cabeza cuando pasaba junto a él rumbo a la consulta.

—¡Hola, Albert!

Mucho después, un día en el que despertó de la borrachera tendido en el suelo de mármol del baño, comprendió que Albert también buscaba algo. Algo que había perdido en alguna parte y que creía encontrar en los coches que pasaban a toda velocidad. Albert debía de ser un alma gemela. En cuanto lo pensó, Viktor se sentó al volante del Volvo y condujo hasta el terraplén del pabellón de la Deutschlandhalle. Ya desde lejos vio que ese día Albert no ocupaba su lugar habitual. Y durante los días siguientes tampoco apareció.

Viktor hubiera querido decirle: «Discúlpeme, pero ¿qué está buscando? ¿Usted también ha perdido a alguien?».

Pero Albert nunca más volvió a aparecer.

«Como Josy».

El decimoctavo día, cuando Viktor regresó a casa para descorchar otra botella sin haberlo visto, Isabell lo esperaba en la puerta con una carta en la mano en la que le solicitaban una entrevista para la revista *Bunte*.

—¿Doctor Larenz?

La pregunta arrancó a Viktor de su ensoñación. Se puso de pie con tanta violencia que se golpeó la rodilla derecha contra el escritorio, se atragantó y empezó a toser.

—Supongo que debo volver a pedirle disculpas —dijo Anna, de pie detrás de Viktor pero sin hacer ademán de acercarse o ayudarlo—. No quería asustarlo otra vez, pero he llamado varias veces a la puerta y se ha abierto.

Aunque estaba seguro de haberla cerrado con llave, Viktor asintió con la cabeza, simulando comprensión. Se llevó la mano a la cabeza y notó que tenía la frente bañada en sudor.

—Tiene peor aspecto que ayer. Será mejor que me marche.

Viktor notó que Anna lo miraba fijamente y, al mismo tiempo, comprendió que el susto había impedido que dijera una sola palabra.

—No —dijo, alzando la voz.

Anna ladeó la cabeza, como si no le hubiera entendido.

—No —repitió Viktor—, no es necesario. Tome asiento, por favor. Me alegro de que haya venido. Quiero hacerle varias preguntas.

Anna se quitó el abrigo y la bufanda y se acomodó en el sofá. Viktor no había abandonado su lugar detrás del escritorio. Simuló buscar unos datos acerca de su caso en un archivo del ordenador. En realidad, todos los datos importantes estaban almacenados en su cerebro y sólo quería ganar tiempo para tranquilizarse y poder empezar con las preguntas.

Cuando su pulso recuperó el ritmo normal, Viktor tomó conciencia de que tendría que hacer un gran esfuerzo para seguir el relato de Anna con atención. Se sentía igual que tras una noche de juerga: soñoliento, agotado, débil. Y encima el dolor de cabeza se extendía como una red desde la nuca a la región occipital. Se llevó las manos a las sienes y miró el mar por la ventana.

Las olas eran un embravecido océano de tinta azul y, cuanto más se encapotaba el cielo, tanto más oscuras se volvían las aguas. La visibilidad se reducía a dos millas marítimas y el horizonte parecía cada vez más próximo a la isla.

En el reflejo de la ventana, Viktor vio que Anna se había servido una taza de té y que estaba dispuesta a hablar. Viktor giró el sillón detrás del escritorio y dijo:

—Me gustaría empezar donde lo dejamos ayer.

—Con mucho gusto.

Anna se llevó la delicada taza a la boca y Viktor se preguntó si el lápiz de labios de color rojo claro mancharía la porcelana de Meissen.

—Usted dijo que Charlotte se escapó de casa sin decir nada a sus padres, ¿verdad?

—Sí.

«Josy jamás lo hubiese hecho», pensó Viktor. Había reflexionado acerca de esa posibilidad toda la noche y llegado a la conclusión de que la desaparición de su hija no podía deberse a un motivo tan banal. «Ella no era de las que se escapan».

—Charlotte abandonó su hogar por su cuenta, con el fin de averiguar la causa de su misteriosa enfermedad —dijo Anna—. De eso va el libro desde la página uno a la veintitrés: de la enfermedad, del fracaso de la medicina clásica y de la huida. Llegué hasta ahí, pero después no he vuelto a escribir una sola línea.

—Sí, eso fue lo que me dijo. ¿Por algún motivo en particular?

—Sí. La respuesta es muy banal. No sabía cómo continuar la historia, así que guardé el borrador en mi ordenador y me olvidé del archivo incompleto.

—¿Hasta que Charlotte hizo acto de presencia?

—Sí. Y fue espantoso. Como le he dicho, ya había sufrido numerosos brotes esquizofrénicos con anterioridad. Veía colores inexistentes, oía voces y sonidos, pero Charlotte fue el punto culminante. De todos los personajes de mis libros, fue la que se convirtió en la alucinación más parecida a la realidad.

«¿Demasiado real?».

Viktor bebió un sorbo de té y notó que la gripe ya había afectado su sentido del

gusto. No lograba distinguir si el té sabía mal o si las gotas nasales que no dejaba de administrarse eran las causantes de aquel sabor amargo.

—Después dijo que un coche casi atropelló a Charlotte.

—Sí, ésa fue la primera vez que noté su presencia de un modo consciente.

—¿Y luego se marchó con ella del lugar del accidente?

—No, al contrario —dijo, sacudiendo la cabeza—. No fui yo quien se marchó con Charlotte, ella me rogó que la siguiera.

—¿Por qué?

—Quería que acabara de escribir la historia. Me preguntó lo siguiente: «¿Por qué sólo hay dos capítulos? ¿Qué pasa después? No quiero seguir siendo una enferma para siempre».

—Así que su personaje le exigió que acabara la historia empezada, ¿verdad?

—Exacto. Y lo primero que hice fue decirle la verdad: que era incapaz de hacer algo por ella, puesto que yo misma no sabía cómo debía seguir la historia.

—¿Y ella cómo reaccionó?

—Me agarró de la mano y dijo: «Ven conmigo. Te ayudaré. Te mostraré el lugar donde empezó todo. A lo mejor allí se te ocurre cómo acaba nuestra historia».

«¿Nuestra historia?».

—¿Dónde estaba ese lugar?

—No lo sé. Fuera de Berlín. Sólo recuerdo el trayecto hasta allí de manera incompleta.

—Sin embargo, le ruego que lo describa con tanta precisión como pueda.

—Creo que fuimos por la autopista en mi coche, hacia el oeste. No me pregunte qué salida tomamos. No obstante, recuerdo que Charlotte se puso el cinturón de seguridad. Resulta extraño, ¿verdad? Lo que más se me quedó grabado fue que en mi alucinación temía sufrir un accidente.

«Sí, lo comprendo. Josy sabía que debía abrocharse el cinturón. Isabell siempre se aseguraba de que lo hiciera».

—¿Cuánto tiempo duró el trayecto?

—Alrededor de una hora, o más. Atravesamos un pueblo bastante grande, donde pasamos junto a un viejo asentamiento ruso rodeado de estatuas. Al menos eso creo.

Al escuchar sus palabras, Viktor se envaró como en el sillón del dentista.

—En todo caso —prosiguió ella—, en la cima de una colina, en medio del bosque, había una iglesia ortodoxa rusa. La dejamos atrás, cruzamos un puente, seguimos un trecho por la carretera y después tomamos por un camino a través del bosque.

«Eso es...».

—Avanzamos alrededor de un kilómetro y nos detuvimos en un pequeño cortafuegos, donde aparqué.

«Eso es imposible...».

Viktor tuvo que reprimir el impulso de ponerse de pie y gritarle la siguiente

pregunta a voz en cuello. Conocía el camino que ella acababa de describir. Lo había recorrido a menudo, casi cada fin de semana.

—¿Adónde se dirigieron tras bajar del coche?

—Caminamos por un sendero. Era tan estrecho que tuvimos que avanzar en fila india. Al final había un pequeño bungalow de madera, parecido a una cabaña pero más moderno. Estaba muy bien situado.

«En medio del bosque», pensó Viktor y mentalmente le quitó las siguientes palabras de la boca.

—No había vecinos. Sólo pinos, hayas y abedules. Los árboles de hoja caduca, que hasta hacía escasos días lucían sus ricos colores otoñales, habían perdido todas las hojas, que cubrían el suelo como una alfombra blanda. Pese al frío del mes de noviembre, el bosque resultaba cálido. Era muy bonito. Tan bonito que ya no estoy segura de si era real o sólo una alucinación. Como Charlotte.

En ese momento, Viktor no sabía qué prefería: que los ataques de esquizofrenia de Anna estuvieran relacionados con la desaparición de su hija o que la imaginación sólo le estuviera haciendo una malévola jugarreta. De momento todo podía ser una macabra casualidad. En Havelland había docenas de casas de fin de semana.

«Pero sólo una que...».

—¿Recuerda si oyó algo cuando estaba delante del bungalow?

Anna le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Es importante para mi terapia?

«No. Pero para mí, sí».

—Sí —mintió Viktor.

—A decir verdad, no oí nada. Absolutamente nada. El silencio era tan completo como en la cima de una montaña a dos mil metros por encima del nivel del mar.

Viktor asintió con la cabeza, aunque en realidad hubiera querido agitarla como en un concierto de rock. Era exactamente la respuesta esperada. Sabía adonde había llevado Anna a Charlotte. El silencio en el bosque de Sacrow, entre Spandau y Potsdam, era casi tangible, tan impresionante que era lo primero que notaban los visitantes de la ciudad.

Parecía como si Anna fuera capaz de leerle el pensamiento.

—Claro que le pregunté a Charlotte dónde estábamos, pero se limitó a mirarme enfadada. «Pero si tú conoces este lugar —dijo, perpleja—. Es la casa de fin de semana de mi familia. Todos los veranos venía aquí con mis padres, y aquí pasé el último día bonito de mi vida. Antes de que empezara todo».

—¿Que empezara qué? —preguntó Viktor.

—Su enfermedad, supongo. Pero no quiso darme más detalles sobre eso. Al contrario. Señaló el bungalow casi con enfado y me dijo: «¿Quién es la escritora, tú o yo? ¡Dime tú qué ocurrió dentro del bungalow!».

—¿Usted lo sabía?

—No, por desgracia. Pero entretanto Charlotte me dijo que no dejaría de hurgar

en mi cabeza hasta que yo acabara el libro. Así que tuve que formarme una imagen del interior de la casa. Rompí un cristal de la puerta trasera y entré como una ladrona.

«Eso no tiene sentido —pensó Viktor—. Josy hubiera sabido dónde estaba la llave».

—Lo hice con la esperanza de encontrar un punto de referencia para la enfermedad de Charlotte.

—¿Y? ¿Tuvo éxito?

—No. Pero tampoco sabía qué debía buscar. Lo único que me llamó la atención de inmediato fue el tamaño del bungalow. Desde el exterior había calculado que el edificio de una sola planta como mucho tendría tres habitaciones, pero además de dos baños, una amplia cocina y un salón con chimenea, allí había al menos dos dormitorios.

«Tres», la corrigió Viktor mentalmente.

—Registré todas las cómodas, los armarios y las estanterías, incluso el depósito del inodoro. Por suerte me llevó muy poco tiempo, puesto que el mobiliario de la casa de fin de semana era espartano. Escaso, pero caro.

«Philippe Starck, algunos muebles estilo Bauhaus. Isabell se encargó de la decoración».

—¿Qué hizo Charlotte mientras usted registraba la casa?

—Aguardó fuera. Antes me dijo que jamás volvería a poner un pie en esa casa, que aquel día habían ocurrido demasiadas cosas malas. Pero no dejó de gritarme indicaciones desde la puerta principal.

«¿Cosas malas?».

—¿Por ejemplo?

—Eso fue muy curioso. Charlotte hablaba con acertijos. Decía cosas como: «No busques lo que está. Intenta encontrar lo que falta».

—¿Comprendió qué quería decir con eso?

—No. Pero en ese momento no tuve la oportunidad de seguir haciendo preguntas.

—¿Por qué?

—Porque de repente pasó algo que no me gusta recordar, doctor Larenz.

—¿Qué es?

En su mirada, Viktor reconoció la misma expresión desganada que ya había observado el día anterior cuando ella había querido dejar la conversación.

—¿Podemos hablar de ello mañana? No me encuentro muy bien.

—No. Será mejor que lo superemos cuanto antes —insistió Viktor. La facilidad con la que pronunció esa mentira lo atemorizó. Lo que estaba haciendo no tenía ninguna relación con una terapia normal. Era un interrogatorio.

Anna lo observó varios segundos, dubitativa. Al principio Viktor creyó que había vuelto a perderla, que se pondría de pie y abandonaría su casa. Pero entonces plegó las manos en el regazo y prosiguió con su historia.

—De repente el bungalow se quedó a oscuras, así que debían de ser alrededor de las cuatro y media de la tarde. A esa hora, a finales de noviembre, se pone el sol. Regresé al salón con chimenea y tomé un mechero para iluminar el pasillo. Entonces, a la pálida luz de la llama, vi que al final del pasillo había otra habitación. Creo que era un trastero.

«O la habitación de Josy».

—Quise comprobarlo, pero entonces oí voces.

—¿Qué clase de voces?

—En realidad una sola. Y tampoco era la de alguien que hablaba. Oí el llanto de un hombre. Era muy suave. No sollozaba, más bien gemía, y provenía de la habitación del final del pasillo.

—¿Cómo lo sabía?

—Porque aumentaba de volumen cuanto más me acercaba.

—¿No tenía miedo?

—Sí. Pero no sentí pánico hasta que de pronto oí gritar a Charlotte delante de la casa.

—¿Por qué gritaba? —dijo Viktor, llevándose las manos a la garganta: hablar le ocasionaba un intenso dolor.

—Quería advertirme. «Él viene —gritó—. Viene».

—¿Quién?

—No lo sé, pero noté que los gemidos se habían apagado y que el picaporte de la puerta bajaba lentamente. Y cuando la corriente de aire apagó la llama del mechero y comprendí lo que ocurría, me quedé paralizada.

—¿Qué comprendió?

—Que aquello de lo que Charlotte quería advertirme ya estaba junto a mí.

El teléfono sonó e impidió que Viktor pudiera hacerle otra pregunta. Decidió contestar desde el otro teléfono, el que estaba en la cocina. Isabell había insistido en instalar al menos un teléfono moderno de teclado en la casa de Parkum.

—Larenz.

—No sé si mis noticias son buenas o malas —dijo Kai, sin un saludo previo y yendo directamente al grano.

—Dímelo sin rodeos —susurró Viktor, que quería impedir que Anna oyera la conversación.

—Puse a trabajar a uno de mis mejores colaboradores y yo también seguí investigando, por supuesto. Y he comprobado dos cosas. Punto uno: aquel día hubo un accidente de tráfico en la Uhlandstrasse.

Viktor sintió cómo se aceleraban los latidos de su corazón.

—Punto dos: es imposible que ese accidente guardara relación con el secuestro.

—No comprendo cómo podéis estar tan seguros...

—Porque en aquel momento un borracho tropezó, cayó a la calzada y estuvieron a punto de atropellarlo. Las declaraciones de varios testigos lo confirman. Y ningún niño se vio implicado en el accidente.

—Eso significa que...

—Que puede que tu paciente esté enferma, pero no cabe duda de que no tiene ninguna relación con el caso.

—¡Josy no es un caso!

—Perdona. Por supuesto que no. He dicho una tontería.

—Vale, de acuerdo. Yo también lo lamento. No quería gritarte. Sólo que creía que por fin había encontrado un punto de referencia.

—Lo comprendo.

«No, no lo comprendes —pensó Viktor—. Y ni siquiera te lo reprocho, porque tú no has experimentado lo que yo tuve que experimentar. Nunca has estado tan desesperado como yo, y nunca te has aferrado a un clavo ardiendo».

—¿Encontraron a ese hombre?

—¿A cuál?

—Al borracho. ¿Lo detuvieron?

—No. Pero eso no cambia el hecho de que en aquel entonces nadie viera a una mujer ni a un niño. Todos los testigos coincidieron y declararon que el hombre se tambaleó hasta el parking del Kudamm-Karree. Pero allí no lo encontraron. Puede que desapareciera entre la multitud que rodeaba un mercadillo, qué sé yo...

—Bien, Kai. Gracias por la información. Ahora debo colgar.

—¿Está contigo?

—Sí. Está sentada en la habitación contigua y me espera.

—Y, si te conozco bien, has seguido hurgando.

—Sí.

—Vale. Ahórrame los detalles. Supongo que volverás a encargarme algo más. Has descubierto un nuevo paralelismo, ¿verdad?

—¡Eso es!

—Pues entonces escúchame. Te daré un buen consejo: sea quien sea esa mujer, te está haciendo daño. ¡Dile que se marche! Querías estar a solas en la isla y es hora de que sea así. Hay otros psiquiatras que pueden ayudarla.

—No puedo echarla así, sin más. Es imposible abandonar la isla. Han suspendido el servicio de transbordador debido a la tormenta.

—Entonces al menos deja de verla.

Viktor sabía que Kai llevaba razón. Había ido a Parkum con la intención de distanciarse y en cambio ahora sus pensamientos únicamente giraban en torno a Josy. Aquel día, durante la sesión, sólo había insistido en los detalles que le interesaban y pasado por alto aquellos que no encajaban en el rompecabezas: que Charlotte tenía

nueve años, no doce, que jamás se hubiera escapado de casa y que habría sabido dónde estaba la llave del bungalow.

—¿Y bien?

Viktor no había prestado atención a las palabras de Kai.

—¿Y bien qué?

—Me prometiste que pondrías fin a la búsqueda si cumplía con este último encargo. En cuanto comprobara los detalles del accidente, dejarías de hurgar en las viejas heridas.

—Sí, lo sé. Pero...

—No hay pero que valga.

—Pero todavía debo aclarar algunas cosas —prosiguió Viktor, imperturbable.

—¿Qué?

—No son viejas heridas. Están frescas. Desde hace cuatro años.

Viktor colgó el auricular con suavidad y regresó con paso inseguro, como si estuviera en la cubierta de un barco navegando por un mar agitado, a la sala de la chimenea.

—¿Malas noticias?

Anna estaba de pie junto al sofá, dispuesta a marcharse.

—No lo sé —contestó él, sin mentirle—. ¿Se marcha?

—Sí. La sesión ha vuelto a suponer un esfuerzo mayor de lo esperado. Creo que descansaré una hora en la hostería. ¿Podemos continuar mañana?

—Sí. Tal vez.

Tras la conversación telefónica, Viktor ya no estaba seguro de lo que quería.

—Será mejor que primero me llame por teléfono. Llevo retraso en el trabajo y además ya no ejerzo como terapeuta, como usted sabe.

—De acuerdo.

A Viktor le pareció que Anna intentaba descubrir un cambio en la expresión de su rostro. En todo caso, simuló no notar su repentino cambio de humor.

Cuando Anna por fin se marchó, Viktor intentó comunicarse con su mujer en Nueva York, pero antes de que encontrara el número de teléfono de su hotel de Nueva York en la agenda electrónica, el teléfono volvió a sonar.

—Olvidaba decirte una cosa, Viktor.

«Kai».

—No tiene nada que ver con nuestro... esto... con Josy, pero creo que será mejor que te lo diga de inmediato, antes de que el tiempo sea todavía más invernal y el daño sea todavía peor.

—¿De qué se trata?

—Tu servicio de vigilancia privado me llamó por teléfono porque no logró comunicarse contigo ni con Isabell.

—¿Han entrado ladrones en casa?

—No, no entraron a robar. Sólo han causado algunos desperfectos. Y no te preocupes, no ha sido en tu mansión.

—Entonces, ¿dónde?

—En tu casa de fin de semana. El bungalow de Sacrow. Algún vagabundo rompió el cristal de la puerta trasera.

Podía verlo. Aunque se encontraba a más de cuatrocientos sesenta y dos kilómetros de distancia en línea recta y a unas quince millas marítimas, podía verlo. A él y al bungalow. Le bastaba con los ruidos que oía por el auricular para visualizar al detective privado en la casa de fin de semana del bosque de Sacrow. Después de la última llamada telefónica, Viktor le rogó que fuera derecho allí para comprobar que todo estuviera en orden. Y para comprobar la veracidad de lo dicho por Anna.

—Ahora estoy en la cocina.

Las suelas de caucho de las zapatillas de Kai chirriaban y las ondas transmitían el sonido hasta Parkum.

—¿Y bien? ¿Hay algo que te llame la atención? —preguntó Viktor, y se acercó al sofá con el auricular pegado al oído. Como el cable era demasiado corto no pudo sentarse y permaneció de pie en medio del salón.

—No veo nada de particular. Por los olores y el polvo, hace mucho que no celebráis una fiesta aquí.

—Hace cuatro años —fue el breve comentario de Viktor, y sabía que Kai se estaba mordiendo la lengua.

—Lo siento.

Con sus ciento veinte kilos de peso corporal, los escasos metros de recorrido por el bosque desde el coche hasta el bungalow habían hecho sudar al detective. Sostenía el móvil junto a la boca y sus jadeos hacían vibrar el auricular pegado a la oreja de Viktor.

—Bien, el único desperfecto es el cristal roto de la puerta trasera, pero dudo que tenga algo que ver con la desaparición de Josy, haya dicho lo que haya dicho Anna.

—¿Por qué?

—Porque las huellas son demasiado recientes. El cristal se rompió hace escasos días y no hace meses, por no hablar de años.

Mientras Viktor planteaba la siguiente pregunta, Kai abría todos los armarios y la nevera.

—¿Cómo es posible que los trozos de cristal revelen cuándo se rompió?

—No son los trozos de cristal los que lo indican sino el suelo. Junto a la puerta trasera es de parqué. Si el cristal se hubiera roto hace mucho tiempo, la madera del parqué se hubiese estropeado. El agujero es muy grande y dejaría pasar la lluvia, la nieve o la suciedad. Pero toda la zona alrededor de la puerta está seca y tan polvorienta como el resto de la casa. Además, no veo ningún bicho y eso...

—Vale, vale. Te creo.

Viktor regresó a la mesilla del teléfono, delante de la chimenea, porque el aparato empezaba a resultarle pesado.

—Anna dijo que, en su alucinación, Charlotte le ordenó que entrara al bungalow para comprobar si faltaba algo. ¿Puedes comprobarlo?

—¿Cómo quieres que lo haga, Viktor? No dispongo de un inventario completo del contenido. A lo mejor falta una espumadera en la cocina. O un Picasso en el salón. ¿Cómo quieres que lo sepa? En todo caso, en la nevera no queda cerveza, si te refieres a eso.

—Por favor, empieza por la habitación de Josy —dijo Viktor, haciendo caso omiso de la broma—. Está al final del pasillo, frente al baño.

—A la orden.

Las suelas de caucho de Kai dejaron de chirriar, puesto que el suelo del pasillo era de piedra. Viktor cerró los ojos y contó mentalmente los quince pasos que separaban al detective de la puerta.

Antes de abrirla vio, a la luz de la linterna, que había un cartel que ponía: «Los amigos son bienvenidos». El chirrido de los goznes indicó a Viktor que era la puerta correcta.

—Ya he llegado.

—¿Y?

—Estoy en el umbral de la puerta y miro hacia dentro. Todo está correcto.

—Describe lo que ves.

—Una habitación infantil normal. Una cama de una plaza con un dosel amarillento, paralela a la ventana. Delante de la cama hay una alfombra de lana que se ha convertido en un albergue de ácaros, si me permites el comentario, y que es el origen del olor a moho.

—¿Qué más ves?

—Un cartel de Epi y Blas. Es enorme, está enmarcado y el marco es negro, colgado justo frente a la cama.

—Es...

Viktor se restregó una lágrima con el dorso de la mano izquierda y se tragó el resto de la frase para que Kai no oyera que se le quebraba la voz.

«Un regalo mío».

—Son los personajes de *Barrio Sésamo*, los reconozco.

Y justo a la izquierda de la puerta se encuentra la obligatoria estantería de Ikea con los peluches. Un elefante, unos personajes de Disney...

—Espera, espera, espera —lo interrumpió Viktor.

—¿Qué pasa?

—Vuelve a la cama. Tiéndete encima.

—¿Por qué?

—Hazme el favor, tiéndete.

—Tú mandas.

Tres pasos, un ruidito, toses. Después Kai volvió a hablar a través del móvil.

—Espero que la cama aguante. Los resortes ya han protestado.

—Vale. Volvamos a empezar. ¿Qué ves?

—A la izquierda está el bosque, al menos supongo que lo es: el cristal está sucio.

Y lo dicho: justo delante está el cartel colgado de la pared.

—¿Eso es todo?

—A la derecha está la estantería...

—No, no —lo interrumpió Viktor—. Justo delante de ti. ¿No hay algo más?

—No. Y te propongo algo... —Una breve interferencia apagó las dos palabras siguientes—. Ahora... vuelvo... cama. ¿Vale?

—Vale.

—Y ahora se han acabado los juegucitos y me dirás qué es lo que he de buscar en esta habitación. —De acuerdo. Dame un momento.

Viktor cerró los ojos, intentando volver al pasado. A Sacrow. Sólo le llevó una fracción de segundo: abrió la puerta principal, se quitó los zapatos y los dejó en el zapatero indio del pasillo. Saludó a Isabell con la mano; ella estaba tumbada en el sofá blanco modelo Rolf-Benz delante de la chimenea, leyendo la revista *Gala*. Percibió el aroma de las ramas de pino quemadas y la calidez que irradiaba la casa cuando quienes la ocupaban estaban contentos. Y oyó la música que surgía de la habitación trasera. Se quitó el abrigo y, al dirigirse a la habitación de Josy, la música aumentó de volumen. Bajó el picaporte y cuando abrió la puerta la luz que entraba por la ventana lo deslumbró unos instantes. Y entonces la vio. Josy estaba sentada ante su tocador, pintándose la uñas con la nueva laca de color amarillo anaranjado que le había prestado su mejor amiga. El volumen de la música era tan alto que no se percató de la presencia de su padre. La cadena de televisión que estaba emitiendo era la...

—¿Qué falta? —Kai interrumpió su ensimismamiento y Viktor abrió los ojos. «MTV».

—Un televisor.

—¿Un televisor?

—Sí, un Sony.

—Aquí no hay ninguno.

—Y un tocador con un espejo redondo.

—Aquí no están.

—Eso es lo que falta.

—¿Un tocador y un televisor? No te enfades, Viktor, pero esto no parece un robo convencional.

—¡Claro! Porque no se trata de un robo convencional. «Porque de algún modo la historia de Anna está relacionada con Josy. Y yo descubriré cómo».

—De acuerdo, pero ¿por qué no llamas a la policía, Viktor? A fin de cuentas, han robado algo.

—No, todavía no. Ahora te ruego que repases las otras habitaciones. A lo mejor hay algo más en la habitación de Josy que te llama la atención.

—Bien... —Viktor oyó otro ruidito y supuso que Kai se rascaba la nuca, el único lugar donde aún tenía pelo.

—¿Qué?

—Puede que te parezca una tontería...

—Habla de una vez.

—Creo que en la habitación falta algo más que un par de muebles.

—¿Qué más?

—Atmósfera —dijo Kai, soltando una tosecita nerviosa.

—¿Qué quieres decir?

—No se me ocurre una palabra mejor, pero me fío de mi buen olfato y de mi instinto, y me dicen que ésta no es la habitación de una niña de doce años.

—¡Explícate!

—Es verdad que no tengo una hija, pero mi sobrina Laura cumple trece la semana que viene. La última vez que fui de visita a su casa, su habitación era un reino muy privado. En la puerta no había un cartel que pusiera: «Los amigos son bienvenidos». El suyo decía: «Prohibida la entrada».

—Josy no era así. No era nada rebelde.

—Lo sé. Pero las paredes de la habitación de Laura estaban forradas de carteles de grupos de rock. En el marco del espejo tiene las entradas de los conciertos de música pop a los que ha asistido y las postales que le han enviado los chicos mayores desde Mallorca. ¿Comprendes lo que quiero decir?

«Algo falta».

—No.

—Ésta no es la habitación de una adolescente que emprende un lento camino para descubrir el mundo. Aquí no hay fotos de actores sino animalitos de peluche en la estantería. Y *Barrio Sésamo*... Por favor, Viktor. En la pared de la habitación de mi sobrina hay una foto de Eminem, no de Epi.

—¿Quién es Eminem?

—¿Lo ves? A eso me refiero. Es un rapero y no querrás saber lo que dicen las letras de sus canciones.

—Sigo sin comprender a qué te refieres.

—Que es verdad que aquí falta algo. Aquí no hay velas en viejas botellas de vino tinto, ningún cofre para guardar las primeras cartas de amor y, en efecto, falta el tocador.

—Pero al principio has dicho que era una habitación infantil completamente normal.

—Sí, pero la de una niña de ocho años. Josy tenía doce.

—Olvidas que sólo es una casa de fin de semana. No estaba permanentemente instalada ahí.

—Puede ser. —Kai tomó aire y volvió a ponerse en movimiento—. Me has preguntado si algo me llamaba la atención; me limito a contestarte.

Viktor oyó que la puerta de la habitación volvía a cerrarse y de pronto la imagen mental de ésta desapareció. Al igual que en una vieja película, la conexión

atmosférica con Kai y el bungalow se interrumpió.

—¿Adónde vas?

—Perdón, pero he de ir a mear. Ahora mismo vuelvo a llamarte.

El contacto telefónico con Kai también se interrumpió antes de que Viktor pudiera protestar. Había cortado. Viktor se quedó clavado junto al teléfono, delante de la chimenea, y trató de comprender cómo se relacionaban los hechos.

¿Qué significaba la información que Kai le había proporcionado? La puerta, cuyo cristal se había roto hacía poco; la habitación, que no se correspondía con la de una adolescente... Pero no pudo seguir reflexionando porque Kai, como le había prometido, volvió a llamar, aunque antes de lo esperado.

—¿Viktor?

A juzgar por los ruidos de fondo, que eran diferentes, Kai había salido del bungalow y estaba delante de la casa del bosque.

—¿Qué pasa? ¿Por qué has salido? Aún no había...

—¡Viktor! —lo interrumpió el otro. Esta vez su voz denotaba una urgencia mayor. Era casi descontrolada, y eso le asustó.

—¿Qué te ocurre?

—Ahora sí que sería mejor llamar a la policía.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

«Josy».

—Alguien ha estado en tu cuarto de baño, hace sólo unas horas porque las huellas son muy frescas.

—Por amor de Dios, Kai, ¿qué huellas?

—De sangre. En los azulejos, en el lavabo, en el inodoro —dijo Kai, jadeando—. Todo el baño está lleno de sangre.

Hoy. Habitación 1245. Wedding

El busca del doctor Roth sonó justo después de la primera pausa prolongada en el relato, de una hora de duración, de Larenz.

—No olvide lo que iba a decirme, doctor —dijo el médico jefe y cerró la pesada puerta que daba al pasillo.

«¿Olvidar? —pensó Larenz, mientras el doctor Roth se dirigía apresuradamente al teléfono de la sección—. Pero si mi problema es ése: que no puedo olvidar, aunque es lo que más ansío».

El doctor Roth regresó al cabo de un par de minutos y volvió a sentarse en una de las incómodas sillas blancas plegables situadas junto a todas las camas de la clínica y destinadas a los visitantes, y que allí no cumplía con ninguna función puesto que casi nadie visitaba a los pacientes internados en esa sección.

—Hay una buena y una mala noticia —le dijo a Viktor.

—¡La mala primero!

—Han preguntado por mí. El profesor Malzius quería saber dónde estaba.

—¿Y la buena?

—Han anunciado que vendrían a visitarlo, pero no antes de las seis de la tarde.

Viktor asintió con la cabeza. Imaginaba quiénes lo visitarían y la expresión del rostro del doctor Roth confirmó sus sospechas.

—Entonces disponemos de cuarenta minutos más, ¿verdad?

—Cuarenta minutos para narrar el resto de su historia.

Larenz procuró estirarse en la cama cuanto pudo.

—Tengo cuarenta y siete años, y ya me han atado a una cama —bromeó. Pero el doctor Roth hizo caso omiso de su insinuación. Sabía lo que Larenz pretendía, pero no podía hacerle ese favor.

—¿Por qué no llamó a la policía tras el descubrimiento en su casa de fin de semana? —dijo en cambio, retomando la conversación.

—Porque durante cuatro años la policía no me sirvió de ayuda y como yo mismo encontré la primera pista no quise que se apropiaran de la información.

El doctor Roth le lanzó una mirada comprensiva.

—Así que se quedó en la isla y Kai era su único contacto con el exterior.

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo duró aquello? Me refiero al momento en el que por fin descubrió quién era Anna y qué había ocurrido con Josy.

—Dos días. Ni yo mismo comprendo por qué tardé tanto, porque a esas alturas en realidad ya todo estaba claro. Si mi vida fuera un vídeo y hubiera tenido la oportunidad de rebobinarlo, podría haberlo descubierto antes. Tenía todas las piezas del rompecabezas ante mí, pero estaba ciego.

—Dijo que el baño estaba lleno de sangre, ¿no?

—Sí.

—¿Qué ocurrió después?

—Ese día no ocurrió casi nada. Hice las maletas con la intención de abandonar la isla; quería regresar a Berlín de inmediato para formarme mi propia idea y encontrarme con Kai. Pero fue imposible. La tormenta había empeorado, al igual que mi gripe. Conoce esa sensación, ¿verdad?, cuando uno siente que ha sufrido una tremenda insolación.

El doctor Roth hizo un gesto afirmativo.

—Profesionalmente, siempre hablan de «dolor de cabeza y muscular». ¿Alguna vez ha reflexionado acerca de lo que le queda a uno cuando le duelen la cabeza y los miembros?

—¿El juicio?

—Exacto. Tomé un Valium para aturdirme y recé, rogando que al día siguiente el transbordador volviera a entrar en servicio.

—Pero no fue así, ¿verdad?

—No. El huracán Antón me convirtió en un prisionero en mi propia casa. Los guardacostas aconsejaron a todos los habitantes de la isla que no abandonaran sus hogares salvo en caso de absoluta necesidad. Por desgracia, en mi caso ésta se presentó en cuanto me levanté de la cama a la mañana siguiente.

—¿Qué ocurrió?

—Alguien más volvió a desaparecer ante mis propios ojos.

—¿Quién?

Larenz alzó la cabeza y frunció el ceño.

—Antes de proseguir con mi historia, doctor Roth, quisiera hacerle una proposición: yo le cuento mi historia y usted...

—¿Yo qué?

—Me deja en libertad.

El doctor Roth rio con los labios apretados. Era un asunto que ya habían discutido con anterioridad.

—Usted sabe que eso es imposible. No puedo, dado lo que ha hecho. No sólo perdería el empleo y la posibilidad de ejercer, además cometería un delito.

—Sí, sí. Ya me lo ha dicho. No obstante, le hago una proposición y estoy dispuesto a correr el riesgo.

—¿Qué riesgo?

—Le contaré toda la historia. Mi historia. Y cuando haya acabado, usted podrá decidir si me deja en libertad o no.

—Le he dicho muchas veces que no estoy en condiciones de hacerlo. Puedo escucharlo y acompañarlo, pero no puedo proporcionarle la libertad que hace días que me pide.

—¿No? Entonces preste mucha atención, porque estoy convencido de que

cambiará de parecer en cuanto haya escuchado lo que le contaré.

—Lo dudo.

De no haber estado atado a la cama, Larenz hubiese hecho un gesto tranquilizador.

—Yo en su lugar no estaría tan seguro... —dijo, y volvió a cerrar los ojos. El doctor Roth se inclinó hacia atrás, disponiéndose a escuchar el resto de la historia. El resto de la tragedia.

Parkum, dos días antes de la verdad

El efecto del medicamento se disipó lentamente y Viktor despertó. No había soñado. Hubiera preferido permanecer en aquel vacío indoloro creado por el Valium, pero el principio activo casi se había metabolizado por completo y ya no bloqueaba sus oscuros pensamientos.

«Anna. Charlotte. Josy. ¡La sangre!».

Viktor se incorporó despacio de la cama y tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse caer en las almohadas una vez más. Levantarse le recordó una inmersión en las Bahamas, hacía años, con Isabell. Llevaba un chaleco de plomo cuyo peso era casi imperceptible en el agua, pero cuando quiso subir por la escalerilla del bote después de bucear, notó que las botellas de oxígeno y los pesos volvían a arrastrarlo al agua. Ahora el Valium tenía el mismo efecto opresor. O tal vez fuera un virus.

«Genial —pensó Viktor, haciendo un gran esfuerzo para incorporarse—. Lo que faltaba. Ahora no sabes si lo que te ha dejado hecho una piltrafa es la gripe o si son los efectos secundarios del medicamento».

Con el pijama empapado de sudor tuvo un escalofrío y se puso una bata de seda que colgaba de un perchero. Después se arrastró hasta el baño, que afortunadamente estaba en la misma planta que su habitación, lo que le evitaba tener que bajar la escalera. De momento.

Cuando se vio la cara en el espejo se asustó. No cabía duda: estaba enfermo. Párpados hinchados, palidez, frente sudorosa, mirada vidriosa... y algo más.

«Algo es diferente de lo habitual».

Viktor clavó la vista en su imagen y trató de enfocar la vista, pero no lo logró. Cuanto más se esforzaba tanto más borrosa se volvía.

—Condenadas píldoras —murmuró y giró hacia la izquierda y tiró hacia arriba del monomando de la ducha. Dejó correr el agua un buen rato. Como siempre, el viejo calentador tardaba bastante en caldearla, pero aquel día su mujer no estaba allí para quejarse del derroche.

Mientras tanto, Viktor volvió a clavar la vista en el gran espejo colgado encima del lavabo de mármol y sintió un pesado cansancio. El murmullo constante del agua acompañaba sus pensamientos.

«Algo es diferente, pero no logro darme cuenta de qué. Es tan... confuso».

Desvió la mirada del espejo y preparó la toalla antes de abrir la mampara de cristal y dejarse envolver por el vapor. El aroma seco del Acqua di Parma le hizo bien y, después de ducharse, se sintió bastante más relajado. El chorro de agua caliente había eliminado los dolores más superficiales, pero por desgracia no sus pensamientos.

«Algo es diferente. Algo ha cambiado. ¿Qué es?».

En el vestidor, Viktor se calzó unos viejos téjanos 501 y se puso un jersey azul de cuello de cisne. Sabía que Anna se presentaría, incluso deseaba que lo hiciera para que le narrara el resto de la historia, pero se sentía tan mal que decidió que ella tendría que conformarse con su atuendo informal. En caso de que lo notara.

Viktor bajó la escalera sujetándose a la barandilla de madera, por si las moscas. Fue a la cocina, llenó el calentador eléctrico de agua y sacó las bolsitas de té del armario. Después descolgó la taza de un gancho de madera que había entre el fregadero y la cocina. Intentó concentrarse en el desayuno y evitó mirar por la ventana mojada de lluvia para no ver el cielo de Parkum, negro como una tumba. Pero esas actividades rutinarias no lograron distraerlo.

«¿Qué pasa aquí? ¿Qué no encaja?».

Al ir a la nevera para sacar la botella de leche, su mirada recorrió la pulida superficie de la encimera y volvió a ver su imagen reflejada. Esta vez era aún más borrosa, casi deforme. Y de repente lo comprendió: «¿Dónde está...?».

Su mirada recorrió la cocina y el suelo de piedra. De pronto volvió a tener la misma sensación desagradable del día anterior, cuando dirigía telefónicamente los pasos de Kai por el bungalow.

Algo faltaba.

Viktor dejó caer la taza y corrió al pasillo, abrió la puerta del salón y miró su escritorio.

Sus documentos. El correo electrónico impreso con las preguntas de la revista *Bunte*. El portátil abierto. Todo estaba en orden.

«No, falta algo».

Viktor cerró los ojos, con la esperanza de que cuando los abriera todo volviera a estar en su lugar. Pero no se había equivocado y, al volver a mirar, nada había cambiado.

Debajo del escritorio.

«Nada».

Sindbad había desaparecido.

Viktor corrió a la cocina y volvió a repasar el suelo.

«Nada».

No había rastro de *Sindbad*. Y además faltaban el cuenco donde comía, el del agua, la comida para perros, y su manta tampoco estaba debajo del escritorio. Como si *Sindbad* jamás hubiera estado en la isla pero, dada su agitación, Viktor aún no lo hubiese notado.

Viktor bajó a la playa y dejó que las gotas de lluvia se deslizaran por su cara. Intentaba reflexionar. Lo que más lo asombraba era lo poco que le importaba que el perro se hubiera escapado. Claro que estaba triste y desconcertado, pero la sensación era menos intensa de lo que siempre había imaginado en sus pesadillas. Porque ése siempre había sido su mayor temor, que ocurriera precisamente eso. Primero Josy, después *Sindbad*. Desaparecidos sin dejar rastro.

Por ese motivo jamás le aconsejó a un paciente que lloraba la pérdida de un ser querido que se hiciera con una mascota, porque con demasiada frecuencia había acabado por comprobar que el perro —que debería haber servido de consuelo por la muerte de la pareja— sufría un accidente mortal poco después del entierro.

O desaparecía.

No logró encontrar a *Sindbad*, pero por algún motivo eso no le causó una crisis nerviosa, no corrió frenético y desesperado hasta el pueblo, no llamó a la puerta de todos los vecinos. Se limitó a dejarle un mensaje a Halberstaedt en el contestador, informándole de lo sucedido. En aquel momento recorría la playa llena de trozos de madera arrastrados por la marea, a unos doscientos cincuenta metros de la casa, intentando descubrir las huellas de las grandes patas del golden retriever. Pero fue inútil. Si alguna vez hubo huellas allí, ya no estaban.

—¡*Sindbad*!

Sabía que llamarlo era una tontería. Aunque el perro estuviera cerca, de momento no obedecería ninguna orden. *Sindbad* era un miedica. Incluso el crujido de los leños de madera de pino ardiendo en la chimenea lo hacía temblar y, en Nochevieja, Isabell tenía que añadir un tranquilizante a su comida para que no le diera un soponcio cuando estallaban los petardos. En cierta ocasión, paseando por el Grünewald, el disparo de un cazador hizo que *Sindbad* echara a correr y regresara a casa haciendo caso omiso de los gritos de su dueño.

El rugido de las olas debía de darle pánico. Por eso era tan incomprensible que se hubiera escapado y abandonado la protección de la casa. Además, ¿cómo lo había logrado, si todas las puertas estaban cerradas?

Viktor había registrado minuciosamente toda la casa, desde el sótano hasta el desván. Nada. Hasta lo había buscado en el viejo cobertizo del jardín donde estaba el generador, pero la puerta estaba cerrada con llave, así que era imposible que *Sindbad* se hubiera ocultado allí. «Tan imposible como desaparecer en una isla sin dejar rastro —pensó Viktor—. Además, *Sindbad* nunca habría salido de la casa solo, a menos que...».

Viktor se giró de golpe y recorrió la playa con la mirada. Durante un instante albergó una esperanza cuando, con el rabillo del ojo, vio que algo se movía a unos cien metros de distancia. Un animal que se acercaba, del tamaño de un perro. Pero su alegría se esfumó con la misma rapidez que había llegado, porque vio que el animal

no tenía el pelaje claro. Y que no era un animal sino una persona con un abrigo oscuro.

Anna.

—¡Qué bien que haya decidido dar un paseo! —exclamó la mujer cuando estaba a unos diez metros de distancia. Pese a la cercanía, Viktor tuvo que esforzarse por comprender lo que decía debido a que el viento arrastraba sus palabras—. Pero no ha elegido el día idóneo para andar por la playa.

—Y tampoco el motivo idóneo —respondió Viktor, y volvió a sentir el dolor de garganta, casi olvidado desde la desaparición de *Sindbad*.

—¿Qué quiere decir? —Ella se había aproximado y, por segunda vez, el estado impoluto de sus zapatos de charol tras recorrer el largo camino desde el pueblo lo asombró. No estaban sucios de barro ni de arena.

—Estoy buscando a mi perro. Se ha escapado.

—¿Así que tiene un perro? —preguntó Anna, sosteniéndose el pañuelo que llevaba en la cabeza con la mano derecha para que el viento no se lo llevara.

—Claro que tengo un perro, un golden retriever. Usted lo ha visto. Siempre estaba tendido a mis pies durante nuestras conversaciones.

—No —dijo Anna, sacudiendo la cabeza—. No noté su presencia.

Viktor sintió que sus inesperadas palabras lo afectaban aún más que las huracanadas ráfagas de viento que no dejaban de tironearle de la ropa. Percibió un zumbido en el oído derecho y, de pronto, el vacío interior fue reemplazado por un gran temor.

«Esta mujer no es trigo limpio».

Las gotas de lluvia le golpeaban los ojos y el rostro de Anna se volvió borroso. Al mismo tiempo recordó fragmentos de la última conversación con ella: «Pero seguí golpeándolo hasta que la sangre brotó de su boca y ya sólo era un guiñapo inerte».

—¿Cómo dice?

Era evidente que Anna le había dicho algo, pero Viktor sólo vio el movimiento de sus labios mientras intentaba asimilar su afirmación y el recuerdo del animal maltratado.

—Vayamos a su casa —repitió Anna—. Seguro que vuelve por su cuenta, con esta tormenta. —Indicó la casa de la playa con un movimiento de cabeza y trató de agarrarle la mano. Viktor la apartó y asintió con la cabeza.

—Sí. Tal vez tenga razón —dijo, y emprendió el camino a casa.

«¿Cómo es posible que no haya visto un perro tan grande? ¿Por qué ha vuelto a mentir? ¿Acaso no sólo está relacionada con la desaparición de Josy sino también con la de *Sindbad*?».

Debido a todas las preguntas que lo acosaban, Viktor había olvidado las enseñanzas del profesor Van Druisen, su amigo y mentor. «Escucha, no llegues a

conclusiones apresuradas; has de prestar la mayor atención a tus pacientes».

Pero en vez de prestar atención a sus palabras, Larenz despilfarró sus escasas fuerzas tratando de reprimir la torturante certeza que se abría paso desde su inconsciente. La verdad ya resultaba muy evidente. Yacía a sus pies, como alguien a punto de ahogarse en las heladas aguas a quien sólo una delgada capa de hielo separa de las manos de su salvador. Pero Viktor Larenz no estaba dispuesto a romperla. Todavía no.

—Huimos.

La conversación había empezado con lentitud. Viktor tuvo que obligarse a dejar de pensar en *Sindbad*. Durante los primeros minutos no había prestado atención a las palabras de Anna. Por suerte empezó allí donde había dejado la última conversación: había ido a la casa del bosque con Charlotte y había tenido que romper un cristal para entrar mientras que Charlotte se había negado a seguirla. Y había oído la voz de un hombre en la habitación situada al final del pasillo.

—¿De qué huyeron? —dijo Viktor, retomando el hilo.

—En aquel entonces aún no lo sabía. Sólo sentí que eso que me estaba esperando en la habitación nos perseguía. Así que agarré a Charlotte de la mano y eché a correr con ella por el sendero nevado hasta el coche. No nos dimos la vuelta porque teníamos miedo. Pero también por precaución, porque no queríamos resbalar.

—Una vez más: ¿quién estaba en la casa? ¿Quién la perseguía?

—No estoy segura, ni siquiera ahora. Se lo pregunté a Charlotte, una vez que ambas volvíamos a estar sentadas en el coche y regresábamos a Berlín lo más rápidamente posible tras echar el seguro de las puertas. Pero la pequeña volvió a hablar con acertijos.

—¿Qué quiere decir, con acertijos?

—Decía cosas como: «No puedo darte una respuesta, Anna. Sólo puedo indicarte las señales. Tú misma has de descifrar su significado. ¡Eres tú quien escribe la historia, no yo!».

Viktor no tuvo más remedio que reconocer que la historia de Anna se volvía cada vez más surrealista, lo que, dada su enfermedad, resultaba muy comprensible. Pero no dejaba de albergar la esperanza de que sus fantasías tuvieran un vínculo con la realidad, aunque fuera mínimo. Se negaba a pensar en lo patológica que resultaba su propia conducta.

—¿Adónde fueron?

—A la próxima señal que Charlotte quiso que descifrara. Dijo: «Acabo de mostrarte dónde empezó todo».

—¿La casa del bosque?

—Sí.

—¿Y entonces?

—Entonces Charlotte dijo algo que no olvidaré en la vida.

Anna apretó los labios e imitó la voz de una niña pequeña: «Ahora te enseñaré dónde vive mi enfermedad».

—¿Dónde vive mi enfermedad? —preguntó Larenz.

—Así lo expresó.

Larenz se estremeció. En realidad se moría de frío desde que habían regresado a la casa, pero cuando Anna fingió hablar con otra voz, el frío casi lo paralizó.

—¿Adónde fueron? —preguntó Viktor—. ¿Dónde vivía la enfermedad?

—Charlotte me condujo de vuelta a Berlín por el puente de Glienicke. A decir verdad, no sé exactamente cómo llegamos a esa inmensa propiedad. No conozco muy bien esa zona de Berlín. Además, me distraje durante el trayecto, porque de repente Charlotte se sintió muy mal.

Al oír esas palabras, Viktor se envaró.

—¿Qué le pasaba?

—Primero tuvo una hemorragia nasal, así que me detuve al borde de la carretera, creo que era a la altura de una cervecería, junto a la playa del lago Wannsee. Se tumbó en el asiento de atrás y, en cuanto se le pasó la hemorragia...

«... empezaron los escalofríos».

—Empezó a temblar violentamente. Tenía escalofríos, pero eran tan increíblemente intensos que en realidad debería haberla llevado al hospital —dijo Anna, soltando una risita falsa—. Hasta que se me ocurrió que era absurdo acudir a urgencias con un fantasma.

—¿Así que no hizo nada para ayudarla?

—Sí. Al principio no quería. Sentía un fuerte deseo de luchar contra la alucinación, pero el estado de Charlotte empeoró. Temblaba y me rogaba llorando que le comprara una medicina en la farmacia... —«... penicilina»—. Quería un antibiótico. Cuando le dije que no me lo venderían sin receta, sufrió el primer ataque de furia y me gritó.

—¿Gritó?

—Sí, pese a la debilidad de su voz. Fue espantoso. Una combinación de lloros, sollozos y gritos.

—¿Qué dijo?

—«Tú me inventaste. Tú hiciste que enfermara. ¡Ahora haz que sane!».

Y aunque sabía que estaba alucinando, aunque sabía perfectamente que Charlotte no existía, conduje hasta una farmacia y compré un paquete de Paracetamol para el dolor de cabeza. Y puse en juego toda mi capacidad de seducción para convencer al farmacéutico de que me vendiera la penicilina sin receta. «Es para mi hija enferma», dije, y prometí llevarle la receta al día siguiente. Pero la verdad es que lo hice por mí, puesto que sabía que las voces y las imágenes sólo desaparecerían cuando obedeciera las órdenes de Charlotte.

—¿Qué pasó después?

—Las cosas mejoraron tras la visita a la farmacia. No para Charlotte, pero sí para mí. —Viktor aguardó a que siguiera hablando—. Charlotte tomó dos píldoras, pero no surtieron efecto. Al contrario, casi diría que empeoró. Parecía aún más pálida y apática, pero al menos dejó de hacerme reproches y guardó silencio. No obstante, el ataque me había impresionado tanto que no sé cómo llegamos a esa gran casa junto al agua.

—Describala, por favor.

—Jamás había visto una mansión tan maravillosa en Berlín. No sabía que pudiera haber algo así en una metrópoli. El terreno, de alrededor de mil metros cuadrados, estaba en una pendiente y poseía su propia playa y un embarcadero. La casa era más grande que un chalet, de estilo clásico pero con detalles renacentistas. Poseía numerosos aleros, torrecillas y elementos decorativos. No es de extrañar que Charlotte la llamara «el castillo».

«Schwanenwerder».

Ahora Viktor estaba seguro. La abundancia de detalles que encajaban en su relato ya no podía ser una casualidad.

—Pero lo más llamativo de la casa no era su ubicación ni el estilo —prosiguió—. Lo que resultaba realmente curioso era la gran cantidad de personas que pululaban por todas partes. Habíamos dejado el coche delante de un puentecito porque numerosas furgonetas de reparto nos cerraban el paso.

—¿Furgonetas de reparto?

—Sí, más grandes y más pequeñas. Todas iban... —«... a la isla»—. Todas iban en la misma dirección que nosotras y ocupaban el estrecho camino. Muchas personas corrían de un lado para otro. La mayoría aguardaba junto a la gran entrada de la casa, en la acera. Cuando nos aproximamos, nadie nos hizo caso. Todos observaban la gran puerta del castillo con mucha atención. Algunos llevaban prismáticos, otros cámaras fotográficas. Por todas partes sonaban los móviles y la gente tomaba fotos. Y dos hombres se habían subido a uno de los árboles de la avenida para obtener una vista mejor de la propiedad. Y por encima de nuestras cabezas se oía el zumbido de un helicóptero.

Viktor sabía exactamente dónde habían estado y también cuál era la escena descrita por Anna: el tremendo circo mediático montado delante de su casa durante los primeros días, tras la desaparición de Josy, que tan insoportable había sido para la familia.

—De repente la multitud se agitó, porque la puerta se abrió y alguien salió.

—¿Quién era?

—Ni idea. No pude verlo, porque la puerta estaba a unos ochocientos metros de distancia de donde yo me encontraba. Pero le pregunté a Charlotte de quién era la casa, y ella dijo: «Es mi hogar. Te he traído a la casa de mis padres». Entonces le pregunté por qué estábamos allí. Y ella dijo: «Lo sabes perfectamente. Yo vivo aquí. Pero no vivo sola, aquí también vive lo malo».

—¿La enfermedad?

—Sí. Al parecer quiso darme a entender que la causa de su misteriosa enfermedad se encontraba en su casa, y que por ese motivo abandonó el castillo. No sólo para descubrir la causa de su dolencia, sino para huir.

«¿La causa de la enfermedad de Josy se encontraba en Schwanenwerder?».

—De pronto Charlotte me tiró de la mano y quiso regresar al coche. Al principio me negué a acompañarla. Quería esperar y ver quién había salido a la puerta y se

acercaba a la multitud atravesando el jardín. Estaba demasiado lejos y no pude ver si era un hombre o una mujer. Pero sus andares me resultaron familiares. Entonces Charlotte me dijo algo que me indujo a seguirla de inmediato.

—¿Qué le dijo?

—«Será mejor que nos marchemos. Lo malo, eso que estaba en la habitación de la casa del bosque, nos ha dado alcance y se acerca directamente a nosotras».

—¿Me permitiría utilizar el cuarto de baño? Anna se había puesto de pie; por lo visto había decidido interrumpir su relato en aquel punto.

—Desde luego. —No era la primera vez que a Viktor le llamaba la atención su rebuscada manera de expresarse. Casi era como si con ello procurara distanciarse de sus terroríficas experiencias. El trató de ponerse de pie a su vez, pero un peso plomizo en los hombros se lo impidió y volvió a dejarse caer en el sillón—. El baño está...

—Arriba, junto al dormitorio, lo sé.

Lo dijo al salir de la sala y por eso no vio la mirada estupefacta de Viktor.

«¿Cómo lo sabe?».

Entonces, haciendo un esfuerzo supremo, se levantó lentamente del sillón y la siguió. Cuando llegó a la puerta vio el abrigo negro de cachemira que ella había dejado doblado encima de una silla, junto al sofá. Aún estaba húmedo de la lluvia y debajo de la silla se había formado un charquito en el parqué.

Viktor lo recogió para colgarlo en el armario del pasillo. Pesaba mucho, demasiado para sólo estar mojado, porque la lluvia había empapado el tejido exterior pero no el forro de seda.

Viktor oyó una puerta que se cerraba con llave en la primera planta. Anna había encontrado el baño.

Agitó el abrigo y algo tintineó en el bolsillo derecho. Sin pensárselo dos veces, cedió al impulso de meter la mano dentro. Era curiosamente profundo. Cuando estaba a punto de sacar la mano, sus dedos rozaron un pañuelo y, después, una cartera de cuero de tamaño mediano. La extrajo con un rápido movimiento. Era pesada, una cartera de hombre marca Aigner, y no pegaba con la ropa de Anna, elegante y femenina, de tonos en perfecta combinación.

«¿Quién es esta mujer?».

En el piso de arriba se vació la cisterna. Una parte del baño estaba directamente encima del salón y Viktor oyó el taconeo de los zapatos en el suelo de mármol. Tal vez se acercaba al lavabo para lavarse las manos. Se lo confirmó el ruido del grifo que se abría y el agua que bajaba por la vieja tubería de cobre.

Debía darse prisa. Abrió la cartera y clavó la vista en el compartimiento del documento de identidad: estaba vacío. Durante un instante los latidos de su corazón se aceleraron. Había esperado descubrir por fin la identidad de Anna, pero sólo encontró compartimientos vacíos para las tarjetas de crédito y la cartera tampoco contenía dinero. En todo caso, no contenía billetes.

De pronto Viktor se inquietó y las manos empezaron a temblarle, ligera pero incontrolablemente, como unos meses antes, cuando el nivel de alcohol en sangre descendía y su sistema nervioso reclamaba una nueva dosis. Pero ahora no era la necesidad de alcohol lo que lo hacía temblar sino el silencio. El agua del lavabo había

dejado de correr.

Viktor cerró la cartera y quiso volver a guardarla en el bolsillo, pero entonces sonó el teléfono. Se sobresaltó, dejó caer la cartera de la que se había apropiado sin permiso y ésta cayó al parqué con estrépito, justo durante la pausa entre dos timbrados del teléfono. Para su horror, Viktor vio por qué la cartera era tan pesada: como arrojadas por una mano fantasmal, innumerables monedas rodaron por el suelo.

«¡Maldita sea!».

En el piso de arriba se abrió la puerta del baño. En unos segundos, Anna regresaría y vería el contenido de su monedero desparramado por el suelo.

Viktor se arrodilló y trató de recoger las monedas con manos temblorosas, mientras el teléfono no dejaba de sonar. Debido a que llevaba las uñas muy cortas y a su agitación apenas logró recoger unas cuantas.

Empezó a sudar y un viejo recuerdo se sumó a su sensación de pánico. Hacía mucho tiempo, su padre le había enseñado que la mejor manera de recoger monedas del suelo era con un imán. En aquel momento su mayor deseo era disponer de aquella herradura roja y negra para salir airoso de aquella incómoda situación.

—Puede usted contestar al teléfono, doctor Larenz. —La voz de Anna resonó desde la primera planta. Aparentemente se disponía a bajar por la escalera, pero debido a los sonoros timbrados Viktor no logró precisar dónde estaba.

—Sí —exclamó Viktor, consciente de que ésa era una respuesta bastante absurda. Aún quedaban unas diez monedas en el suelo, delante y debajo del sofá. Una había rodado hasta la pantalla de la chimenea.

—Conteste la llamada, doctor. Interrumpir la sesión durante unos minutos no supone un problema para mí.

La voz de Anna sonaba muy próxima y, mientras seguía preguntándose por qué todavía no había bajado al salón, miró las monedas que había recogido. Lo que tenía en la mano no era dinero de curso legal, eran antiguas monedas de un marco que, desde la introducción del euro, habían perdido todo su valor. Isabell también poseía un viejo marco que utilizaba para el carrito del supermercado. Pero el monedero de Anna contenía al menos cuatro docenas de viejas monedas sin valor.

«¿Por qué?».

¿Quién era? ¿Para qué quería todas esas viejas monedas? ¿Por qué no disponía de documentos de identidad ni de tarjetas de crédito? ¿Qué relación tenía con Josy? ¿Y por qué no regresaba al salón?

Viktor actuó con rapidez y sin reflexionar. Volvió a meter la cartera en el bolsillo del abrigo y empujó el resto de las monedas debajo del sofá. Sólo le quedaba esperar que no las hubiera contado y que no echara un vistazo debajo del sofá de cuero.

Al darse la vuelta para comprobar si había olvidado alguna moneda, vio un trozo de papel plegado que debía haber caído al suelo junto con las monedas y aterrizado

en el charco, debajo de la silla del abrigo negro de cachemira. Como en trance, Viktor se guardó el trozo de papel en el bolsillo de los téjanos y se dispuso a incorporarse.

—¿Qué ocurre?

Viktor giró la cabeza y clavó la mirada en el rostro de Anna, que debía de haber entrado en el salón de puntillas; tampoco había oído el chirrido de la puerta, aunque solía ser bastante sonoro.

—Yo... yo... sólo estoy...

De golpe comprendió que a Anna la situación debía de parecerle muy extraña. Estaba arrodillado delante del sofá, sudoroso, y ella sólo había estado tres minutos en el baño. No se le ocurrió ninguna explicación plausible.

—Estoy...

—Me refiero a la llamada telefónica. Espero que no hayan sido malas noticias.

—¿La llamada? —Y entonces supo por qué no había entrado en el salón. En medio de todo el jaleo, no se había dado cuenta de que el teléfono había dejado de sonar. Por lo visto Anna había supuesto que porque había contestado y por eso había aguardado amablemente en el pasillo.

—Ah, sí, el teléfono —dijo Viktor, sintiéndose como un estúpido.

—Sí.

—Se habían equivocado de número —dijo, y se puso de pie, trémulo. Inmediatamente después volvió a sobresaltarse cuando el teléfono sonó por segunda vez.

—Pues debe de ser alguien muy terco —dijo Anna con una sonrisa, y se sentó en el sofá—. ¿No piensa contestar?

—¿Qué? Sí. Ahora mismo... —tartamudeó Viktor, tratando de recuperar el control—. Contestaré la llamada en la cocina. Por favor, discúlpeme un momento.

Anna le dedicó otra sonrisa despreocupada y Viktor abandonó el salón.

En la cocina, al levantar el auricular, supo que había olvidado algo. Algo importante. Algo que podía costarle la confianza de Anna.

La moneda. Delante de la chimenea.

Pero no disponía de mucho tiempo para reflexionar acerca de lo que pasaría si Anna descubría la moneda. Si hacía unos segundos había creído imposible que su estrés aumentara más, la persona que lo llamaba por teléfono le demostró lo contrario en cuanto pronunció las primeras palabras.

—No cabe duda de que se trata de la sangre de alguien del sexo femenino, Viktor.

—¿De qué edad?

—Eso ya no lo sé —contestó Kai; su voz sonaba extrañamente lejana.

—¿Por qué?

—¡Porque soy un sabueso, no un experto en genética!

Viktor se masajeó la nuca, pero no logró mitigar el dolor de cabeza.

—¿Dónde estás? —le preguntó al detective privado.

—Estoy en el hospital Westend, en el pasillo, delante del laboratorio de un buen amigo. En realidad, aquí está prohibido usar el móvil, porque los aparatos electrónicos sufren interferencias.

—Sí, sí, lo sé. Date prisa y cuéntame.

—Bien. Mi amigo es bioquímico y ha analizado la muestra de sangre durante la hora del almuerzo. La del baño de tu bungalow. Dado el estropicio, no resultó difícil obtener una muestra.

—Sí, sí. ¿Y? ¿Qué ha descubierto?

—Lo dicho: que con toda seguridad se trata de la sangre de una mujer de más de nueve años y menos de cincuenta. Más bien de alguien bastante más joven.

—Josy tenía doce años cuando desapareció.

—Lo sé. Pero definitivamente no es la sangre de tu hija, Viktor.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque está demasiado fresca. Las huellas no tienen más de dos días, tres como máximo. Tu hija desapareció hace cuatro años.

—No hace falta que me lo recuerdes —siseó Viktor, y entreabrió la puerta de la cocina. La del salón estaba cerrada, sin embargo no podía descartar que Anna oyera lo que decía y habló en voz aún más baja—. Bien. No es la sangre de Josephine, pero entonces dime qué he de pensar de Anna y sus cuentos. Hasta ahora, me ha proporcionado una descripción perfecta de mi hija, de nuestra casa de fin de semana de Sacrow y, hace unos minutos, de nuestra mansión de Schanenwerder. Todo encaja, Kai. Ella estaba allí. En mi casa. Incluso ha descrito a los periodistas que se plantaron delante de la mansión el día del secuestro.

—¿Anna? —preguntó Kai.

—Sí.

—¿Y qué más?

Viktor inspiró profundamente y sufrió un ataque de tos.

—Se llama... —Antes de poder seguir hablando, tuvo que alejar el auricular de la boca—. Lo siento, he pillado la gripe. Bien, presta atención, te daré sus datos. Se llama Anna Spiegel, es una autora de libros infantiles, por lo visto de mucho éxito, sobre todo en Japón. Su padre trabajaba en el American Forces NetWork y murió bastante joven de una trombosis debido a un error médico. De niña vivió en Steglitz y

ha pasado los últimos cuatro años internada en la clínica Park de Dahlem.

El detective privado repitió las últimas palabras con lentitud y tomó apuntes.

—Bien. Lo haré investigar.

—Pero antes has de hacer otra cosa.

Kai suspiró.

—¿Qué?

—¿Todavía tienes la llave de la mansión de Schwanenwerder?

—¿Te refieres a la tarjeta digital que abre la puerta de entrada?

—Sí.

—Sí, la tengo.

—Bien. Tienes que ir a mi despacho. Abre la caja fuerte. El código es la fecha de nacimiento de Josy invertida. Saca todos los CD-ROM. En cuanto la abras verás el montón.

—¿Qué contienen?

—En aquel entonces, la policía nos pidió que guardáramos todas las cintas de las cámaras de seguridad exteriores correspondientes al primer mes del secuestro.

—Lo recuerdo. Tenían la esperanza de que el secuestrador se encontrara entre los mirones.

—Exacto. Hazte con las tomas correspondientes a la primera semana del secuestro y visionálas.

—Pero si ya las estudiaron sin éxito diversos expertos.

—Porque buscaban a un hombre.

—¿Y a quién debo buscar?

—A Anna. Busca una mujer rubia y menuda que aguarda delante de la propiedad con los periodistas. Seguro que ahora que dispones de sus datos personales, encontrarás una foto suya en Internet.

A medida que Kai hablaba la comunicación mejoró. Quizás había abandonado el pasillo del hospital y regresado al laboratorio.

—Bien, por ser tú. Comprobaré la identidad de Anna y revisaré las cintas. Pero no albergues demasiadas esperanzas. Es verdad que sus cuentos resultan interesantes, pero tienen grandes lagunas. No olvides que hasta la semana pasada no entraron a robar en tu bungalow.

—De acuerdo. Sé lo que estás pensando. Pero entonces explícame lo siguiente: si todo este asunto no está relacionado con Josy, ¿qué fue lo que ocurrió en el bungalow? Dijiste que el cuarto de baño estaba bañado en sangre. ¿Acaso pretendes decirme que mataron a otra chica en mi casa de fin de semana, no a Josy?

—En primer lugar, no está demostrado que se trate de la sangre de una chica. Y en segundo lugar, no.

—¿Cómo que no?

—No mataron a nadie en tu baño, Viktor, porque la sangre no provenía de una herida.

—Es imposible embadurnar todo el baño de sangre si uno no está herido —gritó Viktor. Estaba tan agotado y al mismo tiempo tan nervioso que dejó de pensar en que Anna pudiera estar escuchándolo.

—Eso es lo que intentaba decirte. La sangre contenía células de membrana mucosa.

—¿Y eso qué diablos significa? —preguntó Viktor, y entonces se le ocurrió la respuesta—. Quieres decir que alguien...

—Sí. Cálmate, por favor. El informe del laboratorio es inequívoco. Es sangre menstrual.

Hoy. Habitación 1245. Clínica Wedding

Fuera había oscurecido. En los pasillos de la clínica se había encendido la iluminación automática y, a la luz amarillenta de los focos, el doctor Roth parecía aún más pálido que de costumbre. Por primera vez, Viktor Larenz notó que el médico tenía grandes entradas. Hasta entonces las había disimulado con un peinado que le cubría la frente, pero hacía una hora que el doctor no dejaba de pasarse los dedos por el pelo mientras escuchaba el relato de su paciente y su incipiente calva había quedado al descubierto.

—¿Está nervioso, doctor Roth?

—No, sólo siento curiosidad. Quiero saber cómo sigue la historia.

Viktor le pidió un vaso de agua y el médico se lo alcanzó junto con una pajita, para que pudiera beber sin tener que usar las manos sujetas por las cintas.

—Pero quisiera hacerle varias preguntas —prosiguió el doctor Roth mientras Viktor bebía un trago.

—¿Cuáles?

—¿Por qué no buscó a *Sindbad* por todas partes? Si mi perro se escapara, no me quedaría tranquilamente sentado en casa.

—Tiene razón. Yo mismo me asombraba de mi conducta indiferente, pero creo que ya me había quedado sin fuerzas y sin capacidad para sentir emoción alguna en la búsqueda de mi hija. Me sentía como un veterano de guerra que ha oído tantos estallidos de granadas que el silbido de las balas ya no logra sobresaltarle y permanece tranquilamente sentado en su trinchera. ¿Comprende?

—Sí. Pero ¿por qué al menos no informó a su mujer de los acontecimientos de Parkum? Cuando el perro se escapó, debería haberla llamado por teléfono.

—Lo hice. Intenté comunicarme con ella prácticamente todos los días. Confieso que al principio no sabía si debía comunicarle la presencia de Anna. Ella se había opuesto a que concediera la entrevista en la que ahora ya ni siquiera trabajaba. Si se hubiera enterado de que, en cambio, volvía a las sesiones de terapia, habría regresado de Nueva York ese mismo día. Pero nunca me comunicaron con su habitación de hotel. Lo único que pude hacer fue dejarle varios mensajes en la recepción.

—¿Y ella jamás le devolvió la llamada?

—Sí. Una vez.

—¿Y?

Viktor ladeó la cabeza indicando que quería beber otro trago de agua, y el doctor Roth le tendió el vaso.

—¿Cuánto tiempo...? —Viktor se interrumpió para beber otro sorbo de agua—. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Me parece que de unos veinte minutos. Sus abogados ya han llegado a la clínica y ahora consultan con el doctor Malzius.

«Abogados».

Viktor trató de recordar cuándo había sido la última vez que había necesitado asesoramiento jurídico. En las semanas siguientes, el larguirucho experto en problemas de tráfico que en 1997 había evitado que le retiraran el permiso de conducir no le sería de ninguna utilidad. Esta vez necesitaba la ayuda de auténticos profesionales. Esta vez no se trataba sólo de unos daños en la carrocería.

Se trataba de su vida.

—¿Y de verdad son buenos?

—¿Los abogados? Sí. Que yo sepa, son los mejores criminalistas que uno puede contratar en Alemania.

—¿Y quieren que les diga lo que ocurrió con Anna?

—Entre otras cosas. Es necesario, si han de defenderlo. A fin de cuentas, se trata de un asesinato.

«Asesinato».

Era la primera vez que se pronunciaba esa palabra. Hasta entonces habían evitado hablar de la patata caliente, aunque ambos sabían que al doctor Viktor Larenz le aguardaba la cárcel. A menos que el final de la historia convenciera al juez de que no le había quedado otro remedio que matar.

—Asesinato sí o asesinato no. No creo que hoy tenga la fuerza suficiente para volver a repetirlo todo. Además, sigo albergando la esperanza de que dentro de veinte minutos ya no tenga que permanecer aquí.

—Olvídelo. —El doctor Roth apartó el vaso y se pasó la mano por el cabello—. Será mejor que me cuente qué pasó después. ¿Qué significa lo de la sangre menstrual? ¿Y qué más le contó Anna cuando usted regresó al salón?

—Nada.

El doctor Roth lo contempló con expresión dubitativa.

—Durante mi conversación con el detective ella había abandonado la casa sin que yo me percatara. «No quiero molestar. Usted está muy ocupado. Mañana volveremos a hablar», fue lo que apuntó en la nota que dejó encima del escritorio. Me puse muy nervioso. Puesto que se había marchado, me vi obligado a esperar a que transcurriera otra noche antes de que ella me diera más información.

«Acerca de Charlotte. Acerca de Josy».

—¿Así que se fue a dormir?

—No. Todavía no. Antes recibí otra visita completamente inesperada.

Diez minutos después de finalizar la conversación con Kai, Viktor oyó que llamaban a la puerta. Tuvo la momentánea esperanza de que Anna hubiera regresado, pero esa esperanza se esfumó al comprobar que sólo se trataba de Halberstaedt, que había vuelto a abrirse paso hasta su casa a través de la tormenta y aguardaba en el umbral con expresión seria. El burgomaestre se negó a entrar un vez más y le tendió un paquetito.

—¿Qué es esto?

—Una pistola.

Viktor retrocedió un paso, como si Halberstaedt sufriera una enfermedad contagiosa.

—¿Qué pretende que haga con esto, por amor de Dios?

—Acéptela, es por su propia seguridad.

—¿De qué se supone que he de protegerme?

—De ella. —Halberstaedt señaló detrás de su espalda—. He visto que ha vuelto a visitarlo.

Viktor sacudió la cabeza; estaba atónito.

—Oiga, sabe que usted me cae bien —dijo, tras sonarse la nariz con un pañuelo—. Pero soy psiquiatra. No puedo permitir que me espíe a mí ni que espíe a mis pacientes.

—Y yo soy el burgomaestre de esta isla y usted me preocupa.

—Sí, se lo agradezco. Y lo valoro, de verdad, pero sólo aceptaré esa cosa a condición de me dé un motivo convincente —dijo Viktor, tratando de devolverle el paquete. Halberstaedt no sacó las manos de los bolsillos de su desgastado pantalón de pana.

—Hay un motivo —murmuró.

—¿Cuál?

—Hay un motivo por el que debería tener un arma en la casa. He hecho averiguaciones sobre esa mujer, he hablado con todos quienes la han visto aquí, en la isla.

—¿Y? —De pronto Viktor sintió un sabor metálico en la boca. Así que Kai Strathmann no era el único que estaba investigando a Anna.

—La mujer le dio un buen susto a Burg.

—¿A Michael Burg? ¿El barquero? ¿Qué podría meterle miedo a ése?

—Ella le dijo que tenía que saldar una cuenta con usted, doctor.

—¿Cómo dice?

—Sí. Y que le costaría sangre.

—No me lo creo.

«Hay sangre por todas partes».

Halberstaedt se encogió de hombros.

—Me da igual. Crea lo que quiera. Yo dormiré más tranquilo si sé que usted está armado. Ella también lo está.

Viktor no sabía qué contestar. Entonces se le ocurrió algo más, algo igual de importante y retuvo a Halberstaedt, que estaba a punto de marcharse, agarrándolo del brazo.

—Una pregunta más. ¿Ha visto a mi perro, por casualidad?

—¿*Sindbad* está muerto?

La brutal pregunta lo pilló completamente desprevenido, como los primeros temblores de un terremoto, aunque se sentía muy próximo a su epicentro.

—¿Por qué dice eso? Quiero decir... No. Espero que no. Sólo se ha escapado. También le dejé un mensaje en el contestador al respecto.

—Comprendo —dijo Halberstaedt en voz baja, y asintió con la cabeza—. Le dije que esa mujer no es trigo limpio, ¿verdad?

Viktor quiso decirle que no había ningún indicio de que Anna estuviera relacionada con la desaparición de *Sindbad*, pero se tragó la réplica.

—Me mantendré atento —le prometió Halberstaedt, pero no parecía decirlo en serio.

—Gracias.

—Y usted debería hacer lo mismo. No sólo a causa del perro. Esa mujer es peligrosa —añadió, y se marchó sin despedirse.

Después de seguirlo durante unos minutos con la vista, Viktor sintió tanto frío que los dientes empezaron a castañetearle como a un niño pequeño que ha estado demasiado tiempo en la piscina. Cerró la puerta con rapidez, antes de que entraran más frío y humedad en la casa.

En el vestíbulo consideró si debía arrojar la pistola al cubo de la basura. Las armas lo inquietaban y no quería tener ninguna al alcance de la mano. Por fin depositó el paquete cerrado en el cajón inferior de la cómoda de caoba del pasillo y decidió devolvérsela a Halberstaedt al día siguiente mismo.

Después se quedó mirando los rescoldos de la chimenea que se extinguían lentamente y se preguntó qué significado dar a los últimos acontecimientos.

Sindbad había desaparecido.

Alguien, una joven, tal vez una niña, había irrumpido en su bungalow de fin de semana, donde había tenido la menstruación.

Y el burgomaestre de la isla le había traído un arma de fuego.

Viktor se quitó los zapatos y se tumbó en el sofá. Metió la mano en el bolsillo y se tragó el último Valium, que en realidad había guardado para tomar esa noche. Después esperó a que surtiera el efecto relajante habitual, con la esperanza de que

también le aliviara los síntomas de la gripe. Cerró los ojos y trató de deshacerse de la presión que notaba en toda la cabeza, como si llevara una cinta apretada en la frente. Durante unos instantes lo logró, e incluso se le destapó una fosa nasal, momento en que volvió a percibir el aroma intenso del perfume de Anna, que hacía media hora aún estaba sentada en ese mismo lugar.

Viktor reflexionó. Ignoraba qué le preocupaba más en aquel preciso momento: si la inquietante conducta de Anna o el enigmático pronóstico del burgomaestre.

Aún no lo había decidido cuando la pesadilla se apoderó de él.

Desde la desaparición de Josy, el sueño no dejaba de regresar a intervalos irregulares. Daba igual que la pesadilla se presentara varias veces a la semana o una vez al mes: la estructura siempre era la misma. Siempre era en plena noche, Viktor estaba sentado al volante del Volvo y Josy junto a él, en el asiento del acompañante. Viktor había oído hablar de un nuevo especialista que vivía en el norte de Alemania, que quizá pudiera ayudar a su hija. Hacía dos horas que habían emprendido el viaje para acudir a su consulta, situada a orillas del mar. El coche avanzaba con demasiada rapidez, pero Viktor no lograba reducir la velocidad aunque Josy le rogaba que frenara. Por suerte la carretera que llevaba a la costa era recta, sin curvas ni salidas. No había semáforos ni cruces. De vez en cuando otro vehículo circulaba en dirección contraria, pero la carretera era bastante ancha y, pese a la velocidad exagerada, nunca corrían peligro. Al cabo de un rato Viktor le preguntaba si no tendrían que haber llegado al mar, pero Josy se limitaba a encogerse de hombros, aunque ella también parecía asombrada de que el trayecto fuera tan largo. Dada la velocidad a la que circulaban, hacía rato que deberían haber alcanzado el paseo marítimo. No se veía ningún otro vehículo. Y había otra cosa extraña: la oscuridad era cada vez mayor. Cuanto más avanzaban, tanto menor era el número de farolas de la carretera y, en cambio, la arboleda que la flanqueaba se espesaba. Al final todas las farolas acabaron por desaparecer y a ambos lados de la carretera, cada vez más estrecha, se extendía un bosque espeso e impenetrable.

Llegado a ese punto del sueño, Viktor siempre se veía invadido por el espanto. No era miedo ni temor lo que sentía, sino una especie de horror indefinible, cuando se daba cuenta de que no podía aminorar la velocidad y de que pisar el freno resultaba inútil. El coche aceleraba cada vez más por la recta carretera. Viktor encendía la luz interior del Volvo y Josy buscaba la dirección en un plano, pero no podía encontrar el camino en el que se encontraban.

Por fin soltaba una carcajada de alivio y señalaba hacia delante.

—Allí, allí hay una luz. Debe de haber una casa.

A lo lejos, Viktor también vislumbraba el tenue rayo de luz que se volvía más claro a medida que avanzaban.

—Ha de ser el cruce, o un pueblo. Tal vez la playa. Debemos seguir en línea recta.

Viktor asentía y el corazón se le calmaba un poco. Allí estarían a salvo; incluso aceleraba. Quería salir del bosque y de la oscuridad cuanto antes.

Pero entonces el horror y el espanto regresaban repentinamente, porque reconocía perfectamente todo lo que lo rodeaba. De repente sabía qué era esa luz que los aguardaba allí delante. Comprendía el error de Josy y el suyo propio, que había comenzado al emprender aquel viaje en plena noche. Y Josephine también se asustaba cuando miraba por la ventanilla. Lo que flanqueaba la carretera en medio de

la oscuridad no eran árboles. Allí no había absolutamente nada, sólo agua. Agua negra, fría, oscura y terriblemente profunda.

Pero ya era demasiado tarde y Viktor sabía que comprenderlo no le servía de nada: habían estado circulando todo el tiempo por un muelle, por encima del agua. Durante casi una hora habían tratado de encontrar el camino al mar sin darse cuenta de que estaba justo debajo de ellos. Habían recorrido varios kilómetros alejándose de la costa y se aproximaban a toda velocidad a las últimas farolas del embarcadero y no podían frenar para impedirlo.

Viktor trataba de dar un volantazo, pero no podía porque no era él quien conducía: el coche se conducía a sí mismo.

El Volvo se precipitaba hacia el final del camino a una velocidad vertiginosa, despegaba y volaba varios metros por encima de las olas del mar del Norte hasta que por fin el morro se inclinaba hacia abajo. Viktor mantenía la mirada clavada en el parabrisas, intentando ver algo a la pálida luz de los faros, pero lo único que veía era el inmenso océano que acabaría por devorarlos, a él, al coche y a Josy.

Viktor siempre despertaba un segundo antes de que el coche golpeará la superficie del agua y ése era el momento más terrible del sueño. No porque supiera que estaba a punto de ahogarse junto con su única hija sino porque, justo antes del golpe, cometía el error de mirar por el retrovisor y lo que veía lo hacía gritar y su grito siempre lo despertaba, a él y a quien se encontrara a su lado. Era una visión terrorífica porque no veía nada: el espejo estaba vacío.

El embarcadero que había recorrido durante tanto tiempo por encima del mar se había disuelto en el aire y había desaparecido.

Al incorporarse bruscamente en la cama, Viktor notó que tenía el pijama empapado de sudor; la sábana también estaba bastante mojada y, durante la pesadilla, su dolor de garganta había empeorado aún más.

«¿Qué demonios me ocurre?», se preguntó, tratando de calmarse. Ni siquiera recordaba haberse levantado del sofá la noche anterior y haber subido al dormitorio, por no hablar de haberse quitado la ropa. Y también otra cosa le resultaba inexplicable: la temperatura de la habitación. Viktor tanteó a oscuras y encendió la luz del despertador que tenía en la mesilla: eran las cuatro de la madrugada y el termómetro digital del reloj indicaba que la temperatura era de sólo ocho grados. Era evidente que el generador había dejado de funcionar y, para confirmarlo, la luz del velador no se encendió cuando pulsó el interruptor. La habitación permaneció a oscuras.

«¡Maldita sea!», pensó. Primero *Sindbad*, después Anna, la gripe, la pesadilla y ahora aquello. Viktor apartó las mantas, agarró la linterna que siempre tenía a mano para esos casos y bajó a la planta baja. Aunque no era un hombre miedoso, sintió cierta inquietud cuando el haz de luz de la linterna iluminó las fotografías colgadas de la pared del hueco de la escalera: su madre, en la playa con los perros, riendo; su padre fumando en pipa delante de la chimenea; toda la familia admirando la pesca de su padre.

Al igual que alguien bajo los efectos de la anestesia, durante una fracción de segundo unos recuerdos relampaguearon en su cerebro y volvieron a hundirse en la oscuridad.

Cuando Viktor abrió la puerta principal el viento le azotó la cara, arrastrando gotas de lluvia y algunas hojas secas. «Estupendo —pensó—. Ahora en lugar de gripe tendré pulmonía».

Se calzó las zapatillas deportivas, se puso un chubasquero azul con capucha por encima del pijama de seda y echó a correr hacia el cobertizo del generador, situado a unos veinte metros de la terraza, detrás de la casa. La lluvia había encharcado el sendero de arena y la escasa luz de la linterna no alcanzaba a iluminar los charcos, así que cuando hubo recorrido dos tercios del trayecto llevaba las zapatillas y las perneras empapadas. Pese a la lluvia que le golpeaba la cara Viktor se obligó a aminorar el paso para no resbalar y caer en medio de la oscuridad. Su botiquín de viaje sólo contenía lo necesario para combatir la gripe, pero nada para curar heridas, así que una fractura abierta en una pierna en una isla en medio de la tormenta no resultaba un panorama deseable en absoluto.

El cobertizo metálico del generador estaba justo en el límite del terreno, junto a la playa, de la que sólo lo separaba una destartalada verja blanca de madera.

Viktor recordaba el esfuerzo cada vez que la familia decidía que había que reparar la verja. Primero había que lijar la madera, después barnizarla con protector y, por último, pintarla con una pintura blanca que olía muy mal. Y cada vez había tenido que ayudar a su padre en la tarea. Pero debido a su negligencia durante las últimas décadas la verja estaba en tan mal estado como el generador, que Viktor esperaba poder poner en marcha una vez más.

Se quitó con la mano las gotas de lluvia de la frente y los ojos y se detuvo. ¡Dios! En cuanto bajó el picaporte de plástico recordó las llaves: colgaban de un llavero, junto a la caja fuerte del sótano, y las había olvidado.

«¡Mierda!».

Viktor le pegó una patada a la puerta de metal y el ruido lo sobresaltó.

—Da igual. Aquí fuera nadie me oír y aún menos en medio de esta tormenta. — Volvía a hablar solo y, pese al frío, volvía a sudar. Viktor se quitó la capucha de la cabeza y todo a su alrededor se desaceleró. Se vio invadido por una sensación irracional, como si su reloj interno se hubiera atascado y el tiempo se hubiera detenido. En realidad sólo duró una fracción de segundo, pero registró los acontecimientos a cámara lenta.

Tres cosas se abrieron paso en su conciencia. La primera era un ruido que sólo oyó cuando se quitó la capucha: el zumbido del generador.

«¿Por qué zumba, si ha dejado de funcionar?».

La segunda fue la luz. Viktor se giró y vio que había luz en su dormitorio; el velador que hacía escasos minutos había tratado de encender inútilmente bañaba la habitación con su suave luz.

Y la tercera era la presencia de una persona. Estaba en su dormitorio y miraba por la ventana. Lo miraba directamente.

«¿Anna?».

Viktor arrojó la linterna al suelo y echó a correr, pero ése fue su error. Cuando hubo recorrido la mitad del trayecto hasta la terraza la luz del dormitorio se apagó. La casa y los alrededores volvieron a sumirse en la oscuridad más absoluta y tuvo que buscar la linterna antes de aventurarse a subir los peldaños y entrar en el vestíbulo. Todavía envuelto en una fantasmal negrura sólo interrumpida por el haz de luz cada vez más débil de la linterna, subió apresuradamente al primer piso y entró al dormitorio. Nada.

Resollando, Viktor iluminó cada rincón de la habitación: nada encima del banco de madera de teca, bajo la ventana; nada en la antigua cómoda que había junto al tocador de Isabell, sobre el que reposaban unos CD; y nada en la cama de matrimonio de sus padres. No había nadie, tampoco cuando Viktor encendió la luz cenital. Por lo visto el generador volvía a funcionar.

«¿Realmente ha dejado de funcionar en algún momento?».

Viktor se sentó en el borde de la cama, procurando tranquilizarse y dejar de jadear. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Acaso las cosas empezaban a superarlo? ¿Anna,

Josy, *Sindbad*? Había salido de su casa, en medio de la tormenta, pese a estar enfermo, y se había arrastrado hasta el generador supuestamente estropeado, que de pronto volvía a funcionar, y después había corrido detrás de un fantasma como perseguido por los malos espíritus.

Viktor se puso de pie, rodeó la cama y, atónito, comprobó la temperatura que indicaba su despertador: veinte grados. Todo estaba en perfecto orden.

«Todo menos mi conducta —pensó y sacudió la cabeza—. ¿Qué me está pasando?».

Bajó a cerrar la puerta principal.

«Quizá todo se deba a la pesadilla, a lo de *Sindbad* o a la gripe», pensó, tratando de calmarse y cerrando la puerta con llave. Sin embargo, un instante después volvió a abrirla, se agachó y sacó la llave de repuesto de debajo del tiesto. «Por si las moscas», pensó, e inmediatamente después se sintió mejor tras haber comprobado que los postigos de la planta baja también estaban cerrados.

Volvió a acostarse, bebió un buen trago de jarabe y durante unas pocas horas cayó en un sueño inquieto.

Esa noche, el vendaval cumplió con lo anunciado por el parte meteorológico y azotó el mar del Norte alrededor de la isla con ráfagas cada vez más violentas. Levantó olas de más de un metro, las lanzó contra la costa y recorrió las dunas sin que su intensidad menguara en ningún momento. El viento huracanado rompió las ramas de los árboles, hizo que se estremecieran los marcos de las ventanas de las casas y borró cualquier huella de la arena. También las pequeñas huellas de una mujer que se perdían en la oscuridad delante de la casa del doctor Larenz.

Parkum, un día antes de la verdad

Poco después de las ocho, el teléfono sonó y despertó a Viktor, que se arrastró escaleras abajo y descolgó el auricular con la esperanza de que fuera Isabell que por fin le devolvía la llamada, pero no era ella.

—¿Leyó la nota que le dejé?

«Anna».

—Sí. —Viktor carraspeó y volvió a toser. Retomar la conversación le llevó varios segundos.

—Ayer no quise molestarlo, pero estuve pensando toda la tarde y también por la noche.

«¿Y diste un paseo, quizá por mi dormitorio?».

—Finalmente he reunido el valor suficiente para contarle el final.

«El final de Josy».

—Muy bien —graznó Viktor, y se asombró de que ella no comentara nada acerca de su empeoramiento. A lo mejor se debía a que ella tampoco se encontraba muy bien, por lo que parecía, pero eso podía deberse al mal estado de la línea. El teléfono emitía un zumbido, como en las conversaciones transatlánticas de los años setenta del siglo pasado.

—Si no le importa, me gustaría hablarle de ello ahora, por teléfono. Hoy no me siento muy bien y prefiero no ir a visitarlo, pero quisiera quitármelo de encima.

—Desde luego.

Viktor se miró los pies desnudos, irritado por no haber pensado en ponerse un albornoz y un par de pantuflas.

—Le dije que tuvimos que huir del hogar de Charlotte, ese castillo de la isla, ¿verdad?

—Del mal, como dijo usted. Sí, me lo dijo.

Viktor había acercado la alfombrilla persa, que normalmente estaba debajo de la mesa, delante del sofá, con el pie. Así que al menos no estaba descalzo sobre el parqué.

—Corrimos al coche y partimos rumbo a Hamburgo. Charlotte no me dijo por qué nos dirigíamos allí. Sólo me dijo cómo llegar y yo conduje.

—¿Qué pasó en Hamburgo?

—Nos instalamos en el Hyatt de la Mönckebergstrasse. Ella me dejó elegir el hotel y opté por ese alojamiento de lujo porque en tiempos mejores había mantenido fructíferas conversaciones de negocios con mi agente en el vestíbulo de ese hotel. Esperaba que el perfume elegante que se percibía en él me despertara recuerdos antiguos más placenteros.

Viktor asintió con la cabeza. El mismo se había alojado con frecuencia en ese cinco estrellas, de preferencia en la suite de lujo.

—Por desgracia, ocurrió lo contrario. Me sentía cada vez más deprimida e irritada, y a duras penas lograba pensar con claridad. Además, Charlotte se convirtió en una carga cada vez mayor. Se encontraba bastante mal y no dejaba de hacerme reproches, así que volví a administrarle los medicamentos y, cuando se durmió, empecé a trabajar.

—¿En la continuación de su libro?

—Sí. Tenía que terminar de escribirlo si no quería quedarme atrapada para siempre en aquella pesadilla. Al menos eso pensé. Y tras cavilar un buen rato, encontré algo parecido a un hilo conductor para el siguiente capítulo.

—¿En qué consistía ese hilo?

—Debía escribir sobre la causa de la enfermedad de Charlotte teniendo en cuenta los indicios que ella me había proporcionado. Ella decía que todo había empezado en el bungalow. Por eso al principio consideré que debía contar la historia de manera que los primeros síntomas de la enfermedad se manifestaran en la casa del bosque.

«No —pensó Viktor—. Todo empezó con el médico de urgencias que vino a casa el segundo día de las vacaciones navideñas. No empezó en Sacrow. Empezó en Schwanenwerder».

—Pero entonces comprendí que, al hablar del «comienzo», Charlotte se refería a otra cosa. Me había dicho que fuera a la casa de fin de semana para comprobar si algo faltaba.

«¿El tocador? ¿El televisor? ¿El cartel del grupo de rock?».

—Me había dicho que tratara de ver si algo había cambiado. Además, en el bungalow tenía que haber ocurrido algo, algo tan atroz que Charlotte no osaba poner un pie en la casa. Y tenía que estar vinculado a la persona que estaba en aquella habitación cuando yo había querido entrar.

Viktor aguardó hasta convencerse de que Anna no proseguiría por su cuenta.

—¿Y entonces?

—¿Y entonces qué?

Viktor estaba a punto de gritarle, de decirle que no estaba dispuesto a sacárselo todo con pinzas, pero conservó la calma para que ella no interrumpiera la conversación en el punto culminante, como había hecho cada vez.

—¿Qué escribió finalmente?

—¿Y aún me lo pregunta? Pero si la historia ya es obvia.

—¿En qué sentido?

—¿No lo sabe? Usted es analista, límitese a combinar los elementos.

—No soy escritor.

—No empiece a argumentar como Charlotte —intentó bromear Anna, pero Viktor no le hizo caso y se quedó esperando a que contestara.

En esa situación se encontraba desde hacía cuatro años: esperando. Aterrado,

buscando respuestas, sopesando cientos de miles de posibles variantes. Se había imaginado cien mil muertes diferentes para su hija y al final se había convencido de que estaba muerta. Por tanto, debía estar preparado para cualquier dolor. Pero cuando Anna por fin le contestó, resultó que se había equivocado.

—¡Es obvio que Charlotte fue envenenada! —dijo Anna.

Para esa afirmación no había preparación posible. Viktor tomó aire y casi agradeció que el frío, que durante la llamada había ido invadiendo su cuerpo, fuera la sensación dominante, que mitigara el espanto. Hubiese preferido colgar el auricular, correr escaleras arriba hasta el baño y vomitar, pero no tenía fuerzas.

—¿Doctor Larenz?

Sabía que tenía que decir algo, cualquier cosa que le permitiera seguir simulando que era el analista neutral y no el padre de su alucinación. Charlotte era una alucinación, un fallo químico del cerebro de Anna.

Por fin optó por la fórmula estándar de todos los psicólogos cuando quieren ganar tiempo.

—Continúe —dijo.

Pero eso fue otro error, porque las siguientes palabras de Anna fueron todavía más insoportables.

—¿Envenenada? —La voz del detective privado se había vuelto casi estridente. Cuando Viktor lo llamó estaba en el coche, regresando de Schwanenwerder a su despacho en el centro de Berlín—. ¿De dónde saca eso esa Spiegel?

—Yo tampoco lo comprendo. Inventa una historia posible echando mano de los hechos.

—¿Hechos? Querrás decir alucinaciones.

Viktor oyó un bocinazo y supuso que Kai volvía a circular por la autopista sin el manos libres.

—Sí. Dijo que algo tuvo que ocurrir en el bungalow. Que lo que ocurrió seguramente agravó los síntomas de Josy.

—De Charlotte —lo corrigió Kai.

—Sí, eso quería decir. Pero, por favor, simulemos durante un momento que realmente se trata de mi hija. En ese caso, Josephine habría experimentado algo en la casa de fin de semana que le provocó un trauma emocional. Fue algo terrible. Eso fue el desencadenante.

—¿De qué? ¿De que alguien fuera allí y la envenenara? —Sí.

—¿Quién?

—Josy.

—¡Repite eso!

El zumbido telefónico disminuyó. Al parecer, Kai se había detenido al borde de la autopista.

—La misma Josy. Ella misma se envenenó. Ese es el punto culminante de la historia de Anna. Su experiencia tuvo que ser tan terrible que decidió poner fin a su vida tomando veneno. En secreto y en pequeñas dosis. A lo largo de varios meses, para que los médicos no lo notaran.

—Un momento. ¿Qué estás diciendo? ¿Por qué, por amor de Dios?

—Aunque tú no eres psiquiatra, tal vez hayas oído hablar del síndrome de Münchhausen.

—¿Los que lo sufren son mentirosos patológicos?

—Algo parecido. Un paciente que sufre el síndrome de Münchhausen es una persona que se hace daño a sí misma para que los demás le hagan caso. Una persona que ha descubierto que le prestan más atención si está enferma.

—¿Y que por ese motivo se envenena? ¿Para que la visiten en su lecho de enferma?

—Para que alguien le lleve regalos y comida sabrosa. Para que alguien sienta compasión por la supuesta persona enferma y la cuide. Exactamente eso.

—Eso es enfermizo de veras.

—Son personas muy enfermas. Tratarlas resulta increíblemente difícil porque los pacientes con síndrome de Münchhausen son actores de mucho talento, capaces de

simular las peores enfermedades de forma muy convincente y engañar incluso a los mejores médicos y psicólogos. En vez de tratar la auténtica enfermedad, es decir, la dolencia psíquica, en general esos pacientes reciben tratamiento para sus síntomas fingidos. O verdaderos, si por ejemplo han ingerido herbicida para que el cuento del tumor de estómago parezca más creíble.

—Un momento, tú... tú mismo no creerás que tu propia hija... ¡Cielos, sólo tenía once años cuando cayó enferma!

—O cuando empezó a envenenarse. Yo tampoco sé qué pensar. De momento me aferró a las fantasías de una enferma mental. Como puedes ver, por ahora me conformo con cualquier explicación, a condición de que arroje un poco de luz al capítulo más oscuro de mi vida. Y sí: podría ser una respuesta. La primera de todas, por más cruel que sea.

—Bien. Olvidemos por un momento que todo lo que estamos diciendo es un disparate —dijo Kai, que había vuelto a la autopista—. Supongamos que esta Anna realmente está hablando de Josy. Y supongamos que tiene razón y que tu hija se envenenó. Entonces sólo quiero saber una cosa: ¿con qué? Y ahora no me salgas con que una chica de doce años sabe qué tomar para matarse y tardar casi un año en morir sin que ningún médico la descubra.

—Yo tampoco lo sé, pero te diré una cosa: me da igual si la historia de Anna se ajusta a la verdad o si tiene algún sentido. Lo único que quiero saber es si ella tiene algo que ver con la desaparición de mi hija. Y te ruego que sigas investigando esa posibilidad.

—Bien. Estoy dispuesto a ayudarte, sobre todo porque yo también he descubierto algo interesante.

—¿En los vídeos?

Viktor sintió que las gotas de sudor le bajaban por la espalda, ya fuese debido al temor o a la gripe.

—Sí. Cumplí tu último encargo y me hice con las tomas de vigilancia del exterior de tu mansión. Y ahora, agárrate.

—¿Han desaparecido?

—No. Pero los CD de las primeras semanas han sido borrados.

—Pero eso es imposible. Estaban protegidos, no se pueden borrar. Sólo destruir.

—Aun así. Ayer mismo los saqué de la caja fuerte y los he puesto esta mañana. No aparece nada en el CD.

—¿En ninguno?

—No. Y eso es lo extraño: en los únicos en los que no aparece nada es en los de la primera semana. Acabo de volver de tu casa; he ido a comprobar si me había dejado alguna copia.

Viktor se agarró de la repisa de la chimenea, tenía miedo de perder el equilibrio.

—¿Qué te dice eso? —le preguntó al detective—. ¿Aún sigues creyendo que no existe un vínculo? ¿Que todo es producto de la casualidad?

—No, pero...

—No hay pero que valga. Es la primera pista en cuatro años y no dejaré que me convenzas de lo contrario —exclamó Viktor.

—Esa no es mi intención, pero existe un «pero» del que debo informarte.

—¿Y cuál es ese «pero»?

—El «pero» se llama Anna Spiegel.

—¿Qué pasa con ella?

—Hay algo que no encaja.

—¡Tonterías!

—No lo entiendes. He hecho los deberes. La hemos investigado a fondo.

—¿Y?

—Nada.

—¿Qué quieres decir?

—No hay ninguna información acerca de esa mujer. Nada.

—¿Y eso es malo?

—Sí. Es muy malo. Porque significa que esa mujer no existe.

—¿Cómo dices?

—Lo dicho. No existe una autora con ese nombre, por no hablar de una de éxito, ni aquí ni en Japón. No ha vivido en Berlín y tampoco tuvo un padre que trabajó como moderador del American Forces NetWork y tampoco vivió en Steglitz.

—Maldita sea. ¿Has comprobado si estuvo internada en la clínica?

—Allí siguen sin darme información. Hasta ahora no he encontrado a nadie dispuesto a revelar datos sobre esa clínica de lujo por algo de dinero, pero estoy en ello. Lo primero que pensaba hacer era llamar a tu sucesor, el profesor Van Druisen.

—No.

—¿Cómo que no?

—Deja que yo me encargue de eso. Soy médico. Obtendré información con mayor rapidez que tu equipo, tanto de Van Druisen como de la clínica. Tú continúa ocupándote del asunto y vuelve a registrar la habitación de Josy. Como sabes, no la hemos pisado desde su desaparición. A lo mejor encuentras algunas pistas.

«¿Veneno? ¿Píldoras?».

Viktor debía evitar decirle lo que había que buscar.

—Vale.

—También intenta averiguar si en el hotel Hyatt de Hamburgo recuerdan a una mujer rubia acompañada de una niña enferma que se alojó allí hace cuatro años, en invierno.

—¿Para qué?

—Tú hazlo.

—Pero ¿hace cuatro años? Me extrañaría bastante si encontrara a alguien que trabajó allí en esa época.

—Hazlo.

—Bueno, pero entonces hazme un favor.

—¿Cuál?

—Cuídate. No te encuentres con ella. No permitas que esa Anna Spiegel entre en tu casa, al menos hasta que averigüemos quién es. Tal vez sea peligrosa.

—Ya lo veremos.

—¡Eh! Lo digo en serio. Ese es el trato: yo hago lo que me pides pero tú evitas verte con esa persona.

—Sí, vale, lo intentaré —dijo Viktor y, al colgar el auricular, lo único que le vino a la cabeza fueron las siguientes palabras: «Ten cuidado. Esa mujer es peligrosa».

En las últimas veinticuatro horas, dos personas diferentes las habían pronunciado. Y él mismo empezaba a creérselas.

—Clínica Park, Dahlem, mi nombre es Karin Vogt, ¿en qué puedo ayudarle? —gorjeó la voz.

—Hola, soy Viktor Larenz, el doctor Viktor Larenz. En la actualidad, soy el médico de una antigua paciente suya. Quisiera hablar con el colega que la atendió con anterioridad.

—¿Cómo se llama su colega? —respondió Karin.

—Hay un pequeño problema: ignoro el nombre de ese médico. Sólo le puedo decir cómo se llama mi paciente.

—En ese caso lo siento mucho, señor. Los datos de los pacientes son materia reservada y están sujetos al secreto profesional. Eso también incluye el nombre del médico que los trató. Pero si ella es su paciente, ¿por qué no le pregunta el nombre de su médico a ella?

«Porque ignoro dónde se encuentra. Porque no quiero que descubra que la estoy investigando. Porque tal vez secuestró a mi hija muerta».

Viktor optó por la respuesta menos sospechosa:

—Porque debido a su enfermedad, es imposible comunicarse con ella.

—Entonces compruebe los documentos relacionados con la derivación, doctor Larenz —dijo Karin en tono bastante menos melifluo.

—No hay tales documentos. Ella vino a verme por cuenta propia. Oiga, de verdad, valoro mucho que usted proteja el ámbito privado de sus pacientes y no quisiera hacerle perder el tiempo. Por eso sólo le ruego que me haga un pequeño favor. ¿Podría comprobar si el nombre que le diré figura en su ordenador? Y si fuera así, límitese a comunicarme con la sección en la que estuvo internada. En ese caso, no romperá el secreto profesional y nos ayudará a mí y a mi paciente.

Viktor se imaginó a la recepcionista de la clínica privada, cabeceando indecisa.

—Dígame —dijo. Estaba sonriendo y parecía que, gracias a su tono amable, estaba a punto de tener éxito. Viktor oyó que la mujer tecleaba ante la pantalla del ordenador.

—¿Cómo se llama?

—Spiegel —soltó de golpe—, Anna Spiegel.

El tecleo se interrumpió y el tono melifluo se desvaneció por completo.

—Se trata de una broma de mal gusto, ¿verdad?

—¿Por qué?

—¿Qué nombre pretende que teclee ahora? ¿Elvis Presley?

—Me temo que no comprendo...

—Oiga... —suspiró la mujer al otro lado de la línea telefónica—, si se trata de una broma, es de muy mal gusto. Y debo informarle de que la ley prohíbe hacer llamadas sin el permiso correspondiente.

El giro que había adoptado la conversación desconcertó a Viktor, que decidió

pasar al contraataque.

—Escúcheme con mucha atención. Soy el doctor Viktor Larenz y no suelo hacer bromas telefónicas. Si usted no me proporciona inmediatamente una información coherente, me quejaré de su conducta al profesor Malzius la próxima vez que juegue al golf con él.

Era mentira, puesto que Viktor detestaba tanto al director de la clínica como a ese deporte, pero al menos la mentira surtió efecto.

—Vale, lamento haberle hablado en ese tono, doctor Larenz, pero su pregunta resulta macabra, en todo caso para mí.

—¿Macabra? ¿Qué tiene de macabro que pregunte por la señora Spiegel?

—Porque fui yo quien la encontró. ¿Acaso no lee los periódicos?

«¿Encontró?».

—¿Dónde estaba?

—Tendida en el suelo. Fue horroroso. Por favor, ahora debo colgar. Hay tres llamadas en espera.

—¿Qué quiere decir con eso de que «fue horroroso»? —preguntó Viktor, tratando desesperadamente de encontrar sentido a lo que acababa de oír pero sin lograrlo.

—¿Cómo describiría usted la imagen de una mujer ahogada en su propia sangre?

«¿Muerta? ¿Anna estaba muerta? Eso era imposible».

—Eso es imposible. Ayer estuvo aquí, conmigo.

—¿Ayer? ¡Qué disparate! Encontré a Anna hace un año, cuando fui a relevarla en la sala de enfermeras, y ya no se podía hacer nada.

«¿Hace un año? ¿Relevar? ¿En la sala de enfermeras?».

—¿Qué estaba haciendo una paciente en la sala de enfermeras? —fue la primera pregunta de todas las que quería plantear que se le ocurrió.

—Bueno, vale, correré el riesgo de que usted pretenda burlarse de mí: Anna no era una paciente, era una alumna de intercambio que hacía prácticas en la clínica. Y ahora está muerta y yo sigo viva, así que he de seguir trabajando. ¿Está claro?

—Sí.

«No, no lo está, en absoluto».

—Una sola pregunta más, por favor. ¿Qué le causó la muerte? ¿Cómo murió?

—Un veneno. Anna Spiegel fue envenenada.

Viktor dejó caer el auricular y contempló el mar por la ventana. A cada minuto que pasaba todo se volvía más confuso y tenebroso, como el encapotado cielo de Parkum.

Cuando además de la gripe le dieron náuseas, tuvo diarrea y visión borrosa, Viktor se vio obligado a admitir que no se trataba de una gripe normal. Ni la aspirina ni el aerosol para la garganta surtieron el efecto benéfico habitual. E incluso el té de Assam, que siempre le aliviaba el dolor de garganta, parecía tener el efecto contrario. Cada taza que bebía sabía más amargo, como si Viktor hubiera olvidado quitar las hojas de té de la tetera a tiempo.

El principio del fin empezó con la penúltima visita de Anna. Llegó a su casa sin previo aviso y lo despertó de una afiebrada siesta.

—¿Todavía no se encuentra mejor? —fue la primera pregunta que le hizo cuando se arrastró hasta la puerta envuelto en su albornoz. No sabía cuánto hacía que llamaba. En algún momento se dio cuenta de que el martillo neumático de su sueño era en realidad el insistente martilleo en la puerta de la casa de la playa.

—Estoy bien. ¿No habíamos concertado una cita telefónica para esta tarde?

—Sí, lo siento. No pasaré, sólo he venido a traerle esto.

Viktor vio que sostenía algo en las manos y entreabrió la puerta un poco más. El aspecto de Anna lo asustó. Había cambiado mucho y su porte ya no era tan deslumbrante como antes. Iba despeinada, llevaba la blusa arrugada y su mirada erraba mientras sus dedos largos y delgados tamborileaban nerviosamente en un sobre de papel marrón que sostenía con ambas manos.

—¿Qué es eso?

—El final de la historia. Los últimos diez capítulos, cómo los viví junto a Charlotte. Como no lograba tranquilizarme, los he escrito esta mañana, de memoria.

«¿Cuándo? ¿Antes de que habláramos? ¿Después de que irrumpieras en mi casa?».

Ella alisó el sobre con los dedos, como si se tratara de un regalo.

Viktor titubeó. La voz de la sensatez le aconsejó que no la dejara entrar.

«Esa mujer es peligrosa».

Todo lo que sabía indicaba que aquella mujer no era quien decía ser. Al fin y al cabo, había adoptado el nombre de una alumna de intercambio asesinada, pero por otra parte sostenía la clave del destino de Josy en sus manos. Podía invitarla a pasar y hacerle todas las preguntas que lo estaban sacando de quicio.

«Cómo se llama en realidad. Cuál es la cuenta por saldar entre nosotros».

No quiso correr el riesgo de no enterarse jamás del fin de la historia de Charlotte.

—¡Un momento! —Viktor había tomado una decisión y abrió la puerta—. Al menos pase y entre un poco en calor.

—¡Gracias! —Anna agitó la cabeza para desprenderse de las gotas de lluvia que le mojaban la rubia cabellera y entró.

De camino al salón, dejó que pasara delante de él y se detuvo junto a la cómoda, abrió el cajón donde guardaba el paquete que le había dado Halberstaedt, rasgó el papel arralado con los dedos y desató el cordel que cerraba la caja.

—¿Sería tan amable de prepararme un té?

Al ver a Anna de pie en el umbral, Viktor se alarmó y soltó el paquete. Se había quitado el abrigo y llevaba una falda pantalón negra y una blusa transparente gris azulada mal abrochada.

—Claro —dijo Viktor; sacó un pañuelo del cajón y lo cerró. Tal vez ella hubiera visto el paquete, pero en todo caso no dijo nada. Viktor la hizo pasar al salón y la siguió al cabo de pocos minutos con una tetera medio llena. Estaba tan exhausto que hubiera sido incapaz de transportar una tetera llena hasta el salón.

—Gracias.

Anna hizo caso omiso de Viktor y no pareció sorprendida cuando él se secó las gotas de sudor de la frente con el pañuelo, antes de arrastrarse hasta el escritorio.

—Supongo que será mejor que me marche —dijo Anna, en cuanto él tomó asiento.

—Pero si aún no se ha tomado el té.

Viktor extrajo una página del sobre y leyó el título: *La travesía*.

De inmediato notó que la página estaba impresa con una impresora láser; por lo visto ella disponía de un ordenador portátil y Trudi, la dueña de la hostería, le había permitido usar la impresora del despacho de la Ankerhof.

—He de irme, de verdad.

—Vale. Lo leeré después —dijo Viktor, y volvió a meter la página en el sobre con manos temblorosas—. Pero antes de que se marche, debo hablarle de ayer... —Al contemplarla, Viktor se interrumpió en medio de la frase.

Ella miraba al techo, parecía nerviosa y apretaba los puños. Había cambiado mucho; era como si desde su interior algo intentara furiosamente abrirse paso hacia la superficie. Viktor sintió la tentación de preguntarle si lo había visitado esa noche y por qué mentía con respecto a su nombre, pero su estado lo hizo desistir: no quería aumentar su nerviosismo. Pese a lo apremiantes que resultaban esas preguntas, Anna seguía siendo su paciente y no quería provocarle un brote esquizofrénico. Además, el médico que habitaba en su interior le ordenó que aceptara de una vez el motivo por el que ella había acudido a él: por su esquizofrenia.

—¿Cuánto falta? —le preguntó con suavidad.

—¿Para mi próximo brote?

—Sí.

—¿Un día? ¿Doce horas? No lo sé. Los primeros síntomas ya se han hecho presentes —contestó Anna; su voz era muy débil.

—¿Los colores?

—Sí. De repente todo lo que hay en la isla me parece más multicolor. Es como si los árboles estuvieran barnizados, el mar tiene un brillo oscuro. Pese a la lluvia, los

colores son tan intensos y resplandecientes que no siento ganas de cerrar los ojos, nunca más. Y hay otra cosa diferente. El olor. Percibo la fragancia salada de la espuma con una intensidad mucho mayor. La isla está envuelta en una fragancia maravillosa y sólo yo soy capaz de percibirla.

Viktor lo había sospechado, pero sentía cualquier cosa menos satisfacción. Era posible que Anna fuera peligrosa, pero no cabía duda de que estaba enferma. Pronto tendría que vérselas con una paciente esquizofrénica a punto de sufrir alucinaciones. Aislado y solo en aquella isla solitaria.

—¿Ya oye voces?

Anna inclinó la cabeza.

—Aún no. Pero sólo es cuestión de tiempo. Todo lo que me ocurre es de manual. Primero llegan los colores, después las voces y por fin las visiones. Pero durante el próximo ataque al menos no tendré que preocuparme de que Charlotte vuelva a torturarme.

—¿Por qué?

—Porque Charlotte no volverá. No volverá nunca más.

—¿Por qué está tan segura?

—Lea lo que he escrito, entonces...

Viktor no oyó sus últimas palabras porque empezó a sonar el teléfono y Anna se interrumpió.

—¿Qué ocurre con Charlotte?

—Conteste la llamada, doctor Larenz. Ya me he acostumbrado a que lo llamen por teléfono cuando estoy aquí con usted. Además, quiero irme a casa enseguida.

—No. Todavía no. No puedo dejar que se marche en este estado. Está a punto de sufrir un colapso. Necesita ayuda. —«Y yo necesito información. ¿Qué hay de Charlotte?»—. Al menos espere a que cuelgue el teléfono —dijo Viktor. Anna clavó la vista en el suelo y se frotó la uña del pulgar derecho con el índice. Viktor vio que se había lastimado de tanto frotársela.

—De acuerdo. Me quedaré —consintió por fin—. Pero por favor conteste y haga que se acaben esos horribles timbrazos.

Viktor descolgó el auricular en la cocina.

—Bueno, por fin. ¡Oye, ha pasado algo increíble! —dijo la voz impaciente de Kai.

—Un momento —susurró Viktor, apoyando el auricular junto al fregadero. Después se quitó las pantuflas y regresó sigilosamente al vestíbulo simulando que hablaba por teléfono.

—Sí, sí, de acuerdo... Lo haré.

Al espiar por la puerta entreabierta, vio con satisfacción que Anna aún seguía en el mismo lugar.

—Vale, ¿qué ocurre? —preguntó cuando volvió a la cocina.

—¿Está ahí contigo?

—Sí.

—¿No habíamos hecho un trato?

—Ha venido sin avisar y no he podido echarla, con el huracán que azota la isla.

Bien, ¿por qué has llamado?

—Hoy he recibido un fax en la agencia.

—¿De quién?

—No estoy seguro. Deberías verlo tú mismo.

—¿Qué significa eso? ¿Qué pone en el fax?

—Nada.

—¿Me estás diciendo que has recibido un fax en blanco?

—Claro que no. No he dicho que estuviera en blanco. Es un dibujo.

—¿Un dibujo? ¿Y por qué quieres que lo vea?

—Porque creo que lo dibujó tu hija. Creo que es obra de Josy.

Viktor apoyó la espalda en la nevera y cerró los ojos.

—¿Cuándo?

—¿El fax?

—Sí. ¿Cuándo lo has recibido?

—Hace una hora, y ha llegado a mi número particular, y es un número que conocen muy pocas personas.

Viktor inspiró profundamente y volvió a toser.

—No sé qué decirte, Kai.

—¿Tienes fax en Parkum?

—Sí, está en el salón.

—Bien. Te lo enviaré dentro de diez minutos. Entretanto, deshazte de Anna. Después te volveré a llamar y me dirás qué opinas.

Viktor le dio el número de fax de Parkum y colgó el auricular.

Cuando salió de la cocina al pasillo, vio que la puerta del salón estaba cerrada. «Mierda», maldijo mentalmente, y supuso lo peor. ¿Se habría largado otra vez? Abrió la puerta y sintió alivio al ver que se había equivocado. Anna estaba de pie delante del escritorio, de espaldas a él.

—Hola —dijo; pero el dolor de garganta impidió que dijera nada más. Y entonces el alivio se convirtió en espanto, porque Anna no lo había oído regresar y no se dio la vuelta. Estaba disolviendo una sustancia blanca en la taza de té de Viktor.

—¡Salga inmediatamente de mi casa!

Anna se giró lentamente y contempló a Viktor, atónita.

—¡Me ha dado un susto de muerte, doctor! ¿Qué mosca le ha picado?

—Eso es lo que debería preguntarle a usted. Hace días que me pregunto por qué el té tiene un sabor tan extraño y, desde que usted llegó a la isla estoy cada vez más enfermo. Y ahora sé por qué.

—Dios mío, doctor Larenz, siéntese. Está muy nervioso.

—Tengo motivos para estarlo. ¿Qué es eso que ha mezclado con el té?

—¿Cómo dice?

—¿Qué es? —gritó Larenz y soltó un gallo; cada palabra pronunciada le provocaba un dolor agudo en la irritada garganta.

—No sea ridículo —contestó ella tranquilamente.

—¿QUÉ ES ESO? —gritó él.

—Paracetamol.

—¿Para...?

—Sí. Para los síntomas de la gripe. Tenga. Ya sabe que desde aquel asunto con Charlotte siempre lo llevo encima —dijo, y abrió el bolso negro de diseño—. Me ha parecido tan enfermo que he querido hacerle un bien. Desde luego se lo habría dicho antes de que bebiera el primer sorbo. ¿Acaso cree que pretendía envenenarlo?

Viktor ya no sabía qué pensar. *Sindbad* había desaparecido. Él tenía fiebre, diarrea y escalofríos. Síntomas todos ellos de una gripe. «O de envenenamiento». Los medicamentos no surtían efecto.

Y dos personas le habían dicho varias veces que se cuidara de Anna.

«Cuídate. Es peligrosa».

—¿Acaso cree que quiero matarlo y después suicidarme? —quiso saber Anna—. Mire. Yo también he disuelto un poco en mi taza, porque hoy no me encuentro muy bien y ya he bebido un buen sorbo.

Viktor siguió contemplándola; estaba estupefacto y no encontraba las palabras adecuadas.

—No sé qué pensar —gritó—. Y tampoco sé si anoche irrumpió en mi casa. No tengo ni idea de por qué trató de comprar un arma en la tienda de la isla y después se conformó con un cuchillo y sedal. Y tampoco sé cuál es esa cuenta sin saldar que ambos tenemos. —Viktor comprendió que, aunque se había limitado a hacer preguntas más que justificadas, debían de resultar muy extrañas para alguien al margen del asunto—. ¡Pero si ni siquiera sé quién es usted, por amor de Dios!

—Y yo no sé qué quiere de mí, doctor Larenz. ¿De qué está hablando? ¿Qué es esa cuenta?

—Ni idea. Esa que supuestamente me costará sangre y de la que le habló a Michael Burg.

—¿Tiene fiebre?

«Sí, tengo fiebre —pensó él—. Y acabo de descubrir la causa».

—No crucé ni una sola palabra con Burg durante el trayecto desde Sylt a la isla —dijo Anna, alzando la voz—. Realmente no sé de qué está hablando.

Anna se puso de pie y se alisó la falda pantalón.

«Otra mentira. Anna o Halberstaedt mienten».

—Pero si eso es lo que piensa de mí, no creo que esta terapia siga teniendo sentido. —Era la primera vez que una de sus pacientes se enfadaba.

Anna agarró el bolso y el abrigo y pasó junto a él, pero en cuanto llegó al pasillo, regresó y, antes de que Viktor pudiera evitarlo, hizo lo peor que podría haberle hecho.

Agarró el sobre de color marrón del escritorio y lo arrojó a la chimenea, donde las llamas empezaron a consumirlo de inmediato.

—¡No! —Viktor quiso correr hacia la chimenea, pero no pudo dar ni un solo paso.

—Dado que nuestras conversaciones han llegado a su fin, el sobre no debería tener ningún valor para usted.

—¡Espere! —exclamó Viktor a su espalda, pero Anna no se volvió y cerró la puerta de entrada con brusquedad.

Se había marchado. Y con ella también se habían esfumado sus esperanzas de averiguar la verdad sobre Josy. Las llamas la habían convertido en volutas de humo que escapaban por el tiro de la chimenea.

Con un gemido, Viktor se dejó caer en el sofá. ¿Qué ocurría? ¿Qué estaba pasando en la isla?

Viktor cruzó los brazos encima del pecho y encogió las rodillas.

¡Dios! Además del sudor que le bañaba el cuerpo volvía a tener escalofríos.

«¿Qué diablos me ocurre? Jamás volveré a averiguar algo acerca de Josy».

«Quiso envenenarte», le dijo una voz interior. «Era Paracetamol», respondió su mala conciencia.

Al cabo de un rato, los escalofríos remitieron y Viktor logró ponerse de pie.

Cuando por fin dejó las tazas llenas de té frío en la bandeja, las llevó a la cocina y las examinó, se quedó completamente perplejo. Tan absorto estaba que tropezó en el umbral y dejó caer la bandeja y las tazas al suelo. Ya no podía verificar sus sospechas, pero estaba seguro de lo que había visto antes de que el té se derramara en el parque: las tazas, ambas llenas. Hubiese jurado que Anna no había bebido un solo sorbo de la suya.

Antes de ir a la cocina a buscar la bayeta oyó el chasquido característico del anticuado fax.

Dejó la bandeja y los fragmentos de taza en el suelo, regresó al salón y, aunque se encontraba a cierta distancia, comprobó que algo iba mal. Agarró la página que surgió del aparato y la examinó a la luz de la lámpara del escritorio. Por más que la diera vuelta de un lado y de otro, ni un microscopio le habría proporcionado más información. En el fax no había nada. Ningún dibujo de su hija. Sólo una única raya negra alargada.

Cuando Halberstaedt acudió para informarle de la pavorosa noticia, Viktor estaba tan acabado que ni siquiera recordaba su propio número de teléfono, por no hablar del de Kai. El detective no había vuelto a llamarlo. Tras aguardar unos veinte minutos, Viktor intentó comunicarse con él, pero era evidente que la fiebre cada vez más alta le había afectado la memoria. Era como si alguien hubiera transformado todos los números de teléfono almacenados en su cerebro en una sopa de letras que hacía olas en su cabeza con cada paso que daba. Por eso no pudo decirle a Kai que la transmisión del fax había sido defectuosa.

De momento, sin embargo, aquello era lo que menos le preocupaba. Sentía pánico de haber sido envenenado. La espalda le ardía como si hubiera sufrido una insolación y la migraña se había extendido desde la nuca hasta la frente. Él era el único médico de la isla. Dada la violencia del viento que barría el mar, incluso un helicóptero del Ejército sólo acudiría en caso de emergencia. Y Viktor ni siquiera sabía si el suyo era un caso de emergencia. ¿Anna había dicho la verdad? ¿O había mentido y llevaba días envenenándolo?

«¿Como a Charlotte? ¿O a Josy?».

¿Acaso había tenido la oportunidad de hacerlo?

Viktor decidió esperar unas horas. En ningún caso quería poner en peligro la vida de los médicos de urgencias en medio de la tormenta del siglo. A lo mejor al final resultaría que habían atravesado un huracán por una vulgar gripe.

Y por suerte tenía píldoras de carbón y otros remedios para combatir el envenenamiento, además de antibióticos fuertes, todo lo cual tomó por precaución.

Más adelante, Viktor consideró que quizá su estado físico excepcional había sido el más indicado para enfrentarse a la espantosa noticia de Halberstaedt. La enfermedad y los efectos secundarios de los medicamentos lo habían atontado hasta tal punto que no hubiera sido capaz de reaccionar de un modo adecuado ante la visión de la muerte tirada en su terraza.

—Lo siento, doctor —dijo el burgomaestre. Sostenía una gorra negra en las manos y la hacía girar entre los dedos.

Al inclinarse por encima de su perro muerto, Viktor tropezó.

—Encontré a *Sindbad* detrás de la Ankerhof, junto a un cubo de basura.

Viktor oyó las palabras como a través del pesado telón de un escenario. Se agachó y acarició el cadáver de su golden retriever. Incluso un profano hubiese comprendido de inmediato que alguien había torturado al animal hasta la muerte. Tenía rotas las patas, la mandíbula y quizás el espinazo.

—Sabe quién se hospeda allí, ¿verdad?

—¿Qué? —Viktor se secó las lágrimas y le lanzó una mirada al burgomaestre.

Además, *Sindbad* había sido estrangulado. Alrededor del cuello llevaba un sedal hundido en la piel.

—Ella. La mujer. Se hospeda en la Ankerhof. Y opino que quien hizo esto fue ella.

El primer impulso de Viktor fue asentir y decirle que esperara, que iría en busca del arma para pegarle un tiro. Pero se obligó a contestar con sensatez.

—Ahora no puedo hablar de la conducta de mi paciente.

«Esa no es de fiar. Sedal».

—¿Acaso sigue siendo su paciente? La vi salir corriendo de su casa, llorando y fuera de sí.

—Eso tampoco es asunto suyo —graznó Viktor.

—De acuerdo, doctor. Tranquilo. No tiene buen aspecto, dicho sea de paso.

—No me diga. ¿Acaso le sorprende?

—Supongo que no, puesto que han matado a su perro. ¿Puedo serle de ayuda en algo?

—No. —Viktor volvió a contemplar el cadáver del animal y entonces vio los profundos cortes en el estómago.

«Parecen hechos con un cuchillo de trinchar».

—Quiero decir sí, hay algo que puede hacer —dijo, poniéndose de pie—. ¿Podría enterrar a *Sindbad*? Soy incapaz. «Tanto física como psíquicamente».

—Por supuesto. —Halberstaedt se puso la gorra y se llevó el índice a la visera—. Sé dónde guarda la pala, doctor —dijo, mirando hacia el cobertizo—. Pero antes tengo que enseñarle una cosa. Tal vez entonces comprenda la gravedad de la situación.

—¿Qué es?

—Tome. —Halberstaedt le tendió una nota de color verde embadurnada de sangre—. Estaba entre las fauces de *Sindbad* cuando lo encontré.

Viktor alisó el papel.

—¿No es un...?

—Sí, un extracto de cuenta y, si no me equivoco, es suyo.

Viktor limpió la sangre de la esquina superior derecha y vio el nombre de su banco. Era un extracto de su depósito a plazo fijo, en el que tenía sus ahorros y los de Isabell.

—Échele un vistazo —le aconsejó el burgomaestre.

Arriba, a la izquierda, figuraban la fecha y el número del extracto.

—¡Pero si es de hoy!

—Así es.

«¿Cómo es posible?», se preguntó Viktor. En la isla no había cajero automático de aquel banco, donde alguien hubiera podido imprimir el extracto. Pero el pánico lo invadió cuando vio el estado de la cuenta.

Dos días antes había 450.322 euros en el depósito a plazo fijo.

Pero el día anterior alguien había retirado todo el dinero.

Hoy. Habitación 1245. Clínica Wedding

—¿Fue ésa la primera vez que pensó en Isabell? —Contraviniendo las reglas, el doctor Roth había encendido un cigarrillo en la habitación del enfermo y se lo acercaba a Larenz para que diera una calada entre una frase y la siguiente.

—Sí. Pero la idea de que pudiera tener algo que ver con el asunto era tan aterradora que la reprimí de inmediato.

—Además de usted, ¿era la única que podía manejar la cuenta?

—Sí. Tenía acceso a todas mis cuentas. Si no se trataba de un error del banco, era ella quien había sacado el dinero. Al menos eso fue lo que pensé.

El busca del doctor Roth volvió a sonar, pero esta vez se limitó a apagarlo sin abandonar la habitación.

—¿Por qué no contesta la llamada?

—No tiene importancia.

—¿Es su mujer? —bromeó Larenz. Pero Roth no le hizo caso.

—Será mejor que siga hablando de su esposa, doctor. ¿Por qué no le encargó a Kai que investigara a Isabell?

—¿Recuerda los diarios de Hitler? —dijo Larenz, cambiando de tema—. ¿Las falsificaciones que la revista Stern dio por auténticas?

—Claro.

—Hace mucho tiempo mantuve una conversación con un periodista que en aquel entonces trabajaba en la revista y que se vio directamente envuelto en el escándalo.

—Estoy en ascuas.

—Bien. Lo conocí entre bastidores, durante un programa de entrevistas en el que yo era el invitado. Al principio se negó a hablar del asunto, pero tras la grabación del programa, dos o tres cervezas en el bar de la emisora le aflojaron la lengua y me confesó algo que nunca he olvidado.

—¿Qué era?

—Dijo: «Nos expusimos hasta tal punto con los diarios que, sencillamente, tenían que ser auténticos. Lo que no puede ser verdad no es verdad, según el dicho, y por eso jamás intentamos encontrar indicios de que nos hubieran encajado una falsificación. Sólo buscamos pruebas para demostrar que los diarios eran auténticos».

—¿Qué pretende decirme con eso?

—Que en cuanto a Isabell, me ocurría lo mismo que con los diarios de Hitler: lo que no debe ser así, no es así.

—¿Y por eso no la hizo investigar?

—La hice investigar. Pero no enseguida. Primero debía ocuparme de otras cosas muy distintas. —Viktor dio otra calada al cigarrillo que le tendió el doctor Roth—. Debía ingeniármelas para salir vivo de la isla.

—¡Ayúdame!

Una sola palabra, y lo primero que se le pasó por la cabeza a Viktor fue trivial: era la primera vez que Anna lo tuteaba.

El horizonte se había aproximado peligrosamente a la casa. Una gran masa de nubes densa y gris oscuro se cernía sobre la isla y se acercaba como un muro de cemento. La tormenta se había desencadenado. Cuando Viktor se había levantado de su lecho de enfermo para ver quién llamaba ruidosamente a la puerta, el servicio meteorológico acababa de anunciar que la velocidad del viento ya había alcanzado entre diez y once nudos, pero Viktor no había notado esa manifestación de la violencia de la naturaleza. Poco antes había tomado un fuerte somnífero para escapar durante unas horas tanto de su enfermedad como de sus preocupaciones. Pero cuando abrió la puerta, todos sus sentidos aún despiertos a pesar del barbitúrico se vieron monopolizados por otra catástrofe: en contra de lo esperado, Anna había regresado y Viktor nunca hubiera creído que en un lapso tan breve la salud de alguien pudiera sufrir semejante deterioro. Sólo había pasado una hora y media desde que había abandonado colérica su casa. La palidez de su rostro era cadavérica, iba desgredada y tenía los ojos desorbitados. Su ropa empapada y mugrienta daba todavía más lástima.

—¡Ayúdame!

Esa palabra fue la última que pronunció aquel día. Anna se desplomó ante sus ojos, y al caer se aferró del jersey azul de Viktor. Primero creyó que había sufrido un ataque epiléptico; a menudo la epilepsia era la causante de los brotes de esquizofrenia. Pero luego vio que no sufría temblores espásticos y que sus movimientos no eran agitados. Y Viktor comprobó que tampoco tenía otros síntomas típicos, como espuma en la boca o un vaciado involuntario de la vejiga. No había perdido el conocimiento por completo, pero estaba muy aturdida y era incapaz de reaccionar, como si estuviera bajo la influencia de una droga.

Rápidamente, Viktor decidió llevarla en brazos adentro. Cuando la levantó del suelo de madera de la terraza su peso lo desconcertó, porque no encajaba con su aspecto frágil.

«Realmente estoy en baja forma», pensó y, jadeando, cargó con Anna hasta la habitación de huéspedes.

A cada peldaño que subía el latido de su cabeza aumentaba. Además notó que su cuerpo absorbía el cansancio provocado de manera artificial por el somnífero como si fuera una esponja y se volvía más pesado por momentos.

La habitación de huéspedes se encontraba en el primer piso, frente al dormitorio de Viktor, en el extremo del pasillo. Por suerte había hecho preparar todas las habitaciones antes de su llegada, así que en ésta la cama también estaba hecha.

Tras dejar a Anna sobre la blanca sábana de hilo le quitó la mugrienta chaqueta de cachemira y el pañuelo de seda que llevaba alrededor del cuello para poder tomarle el

pulso.

«Todo bien».

Dejándose llevar por un impulso repentino, le levantó los párpados y examinó sus pupilas a la luz de una pequeña linterna. No cabía duda: Anna no se encontraba bien. Las pupilas tardaron bastante en reaccionar al estímulo luminoso. No era alarmante y podía deberse a la ingesta de ciertos medicamentos. Pero sirvió para confirmar que Anna no estaba simulando. Estaba enferma, o como mínimo exhausta. Igual que él. Pero ¿a causa de qué?

Antes de seguir reflexionando, Viktor decidió quitarle la ropa mojada y, aunque era médico y sus actos estaban médicamente justificados, le pareció indecente desbrocharle el pantalón y la blusa y quitarle la elegante ropa interior de seda. Tenía un cuerpo perfecto. Con rapidez la envolvió en un albornoz blanco que fue a buscar al baño de al lado y después la tapó con un ligero edredón. Por lo visto Anna estaba tan agotada que se durmió incluso antes de que la tapara.

Viktor continuó observándola un rato más, escuchó su respiración pesada y regular, y llegó a la conclusión de que Anna debía de haber sufrido un desmayo y que de momento no corría peligro.

Sin embargo, la situación le resultaba muy desagradable. Él mismo estaba enfermo y completamente extenuado, y ahora una paciente esquizofrénica ocupaba la habitación de invitados, una paciente que tal vez quería asesinarlo y a la que era imprescindible que interrogara acerca de Josy, *Sindbad* y la retirada de fondos de su cuenta en cuanto despertara.

Viktor reflexionó unos instantes, tomó una decisión y bajó a pedir ayuda por teléfono.

En el preciso momento en que descolgó el auricular un rayo iluminó toda la playa. Viktor colgó y empezó a contar a partir de uno; sólo había contado hasta cuatro cuando un trueno ensordecedor sacudió la casa. La tormenta estaba a menos de dos kilómetros de distancia. Recorrió la casa con rapidez, desconectando todos los enchufes para que no se vieran afectados por las tremendas descargas eléctricas. Cuando desconectó el pequeño televisor de la habitación de Anna, vio que la mujer se revolcaba pero sin despertar. Le pareció que Anna se encontraba mejor por momentos y que en una o dos horas volvería a estar en pie.

«Maldita sea. A lo mejor se despierta cuando yo me haya dormido».

Tenía que evitarlo fuera como fuese. No quería exponerse a quedar indefenso en su propia casa. Volvió a bajar para hablar por teléfono, pero tuvo que sentarse a mitad de la escalera para no rodar peldaños abajo.

Cuando llegó al teléfono estaba tan agotado que tardó unos segundos en notar que no había línea. El teléfono estaba muerto. Golpeó la horquilla del anticuado aparato numerosas veces, pero siguió sin haber tono.

—Condenada tormenta. Condenada isla.

Era obvio que el vendaval había cortado las comunicaciones. Desesperado, Viktor se sentó en el sofá y reflexionó. Una paciente peligrosa ocupaba su habitación de invitados. Él no tenía fuerzas para ir hasta el pueblo. El teléfono había dejado de funcionar y un somnífero se abría paso por sus venas.

¿Qué debía hacer?

En cuanto se le ocurrió la solución, se quedó dormido.

Esta vez fue diferente. La pesadilla no se desarrolló como siempre, algo había cambiado. Tal vez la diferencia principal consistía en que ya no conducía el coche en compañía de Josy hacia el mar embravecido. Al principio, Viktor no reconoció a su acompañante. En el sueño no dejaba de pensar quién sería la joven sentada junto a él en el coche, que tamborileaba con los dedos en el salpicadero. Hasta que por fin la reconoció y quiso gritar su nombre: «Anna».

Pero no pudo pronunciarlo porque una mano le cubría la boca e impedía que hablara.

«¿Qué...?».

Muerto de miedo, Viktor comprobó que la pesadilla había sido reemplazada por una realidad aún más horripilante. Estaba tendido en el sofá, pero ya no dormía. Había despertado y la mano que le cubría la boca era real.

«No puedo respirar», pensó Viktor, y quiso apartar a su agresor con los brazos, pero el somnífero y la enfermedad se convirtieron en cómplices mudos del ataque. Apenas podía mover las manos, como si un peso invisible tirara de ellas hacia abajo.

«Me asfixio. Ha ocurrido. Halberstaedt tenía razón».

Haciendo un esfuerzo tremendo Viktor se arrojó a un lado y lanzó una patada. Al principio el peso que le oprimía el torso aumentó, pero luego su pie golpeó algo blando y oyó un crujido anormal y un grito apagado. De pronto la mano dejó de cubrirle la boca y Viktor tosió. El peso también había desaparecido.

—¿Anna? —Viktor gritó su nombre y agitó los brazos como alguien a punto de ahogarse, intentando levantarse del sofá—. ¡Anna! —rugió.

«¿Estoy soñando o esto es real?».

Por debajo del aturdimiento del somnífero y del estado febril a floraba el pánico. «¡Socorro! ¡Luz! ¡Que alguien encienda la luz!».

—¡Aaaaaaaa!

Viktor oyó su propio alarido y se sintió como un buzo que regresa lentamente a la superficie.

«¿Dónde está el condenado interruptor?».

Entretanto, se había puesto de pie, tambaleándose y tanteando desesperadamente la pared en busca del interruptor. Por fin lo encontró y cuatro focos cenitales inundaron el salón con una luz cegadora. Cuando sus ojos se acostumbraron, echó un vistazo a su alrededor.

«Nada. Estoy solo. Aquí no hay nadie».

Se acercó a la ventana con lentitud, pero estaba cerrada. En cuanto llegó al escritorio, una puerta se cerró a su espalda con estrépito. Se volvió y oyó que alguien subía la escalera con los pies descalzos.

—¡Ayúdame!

La palabra pronunciada por su inesperada visita hacía escasas horas surgía ahora

de su propia boca. Había regresado el espanto absoluto que antes ya lo había invadido con tanta alevosía. Dejó pasar un segundo de pánico y después fue a trompicones hasta la puerta.

«¿Qué ocurre aquí? ¿Ha sido ella o sólo lo he soñado?».

Viktor abrió el cajón inferior de la cómoda del pasillo y buscó la pistola. ¡Había desaparecido!

En el pasillo del piso de arriba resonaron pasos pesados.

Aterrado, volvió a rebuscar en el cajón y por fin encontró el paquetito a medio abrir en el fondo del todo, oculto debajo de sus pañuelos de hilo. Con manos temblorosas cargó el arma con dos balas. Después corrió escaleras arriba impulsado por la adrenalina.

Cuando alcanzó el último peldaño, la puerta de la habitación de invitados, situada al fondo del pasillo, se cerró de golpe. Viktor recorrió el pasillo a toda prisa.

—Anna ¿qué significa...?

Cuando abrió la puerta de la habitación y apuntó con el arma, a la que había quitado el seguro, hacia la cama, Viktor se quedó sin aliento. No disparó por los pelos, pero lo que vio era tan inesperado que lo dejó sin fuerzas y bajó el arma.

«No puede ser —pensó, volviendo a cerrar la puerta a sus espaldas—. ¡Esto es imposible, absolutamente imposible!».

Algo no encajaba y no sabía qué. Sólo sabía una cosa: la habitación, en la que hacía escasas horas Anna dormía plácidamente y en la que acababa de oírla entrar corriendo, estaba vacía. Y Anna tampoco estaba en ningún otro lugar de la casa.

Media hora después, cuando Viktor volvió a comprobar todas las puertas y las ventanas, su cansancio había desaparecido. Los escalofríos y la fiebre habían podido con el principio activo del somnífero. Y las actividades de Anna le habían impedido conciliar el sueño. Lo había atacado y después huido de la casa en medio de la tormenta y el chaparrón. ¡Y desnuda!, puesto que su ropa, incluso el albornoz, seguían tirados en el suelo de la habitación de invitados. No se había llevado nada.

Mientras Viktor se preparaba un café muy cargado, las mismas preguntas no dejaban de acosarlo por turnos, como los corredores de una carrera de relevos: «¿Qué pretende de mí Anna? ¿Acaso el ataque sólo ha sido un sueño? Pero entonces ¿por qué desaparecer? ¿Dónde está?».

Ya eran las cinco de la mañana cuando tomó dos Tylenol y un Aktren para recuperar fuerzas. Y para él, el día acababa de empezar.

Parkum, el día de la verdad

De vez en cuando, hasta las personas más inteligentes actúan de un modo extravagante y ridículamente ilógico. Prácticamente todos los que usan un mando a distancia, por ejemplo, tienen la inveterada costumbre de pulsar las teclas con más fuerza en cuanto las pilas empiezan a gastarse. Como si se pudiera exprimir la energía eléctrica como el zumo de un limón.

Para Viktor, el cerebro humano era como uno de esos mandos a distancia. En cuanto se desaceleraba el funcionamiento neuronal debido al cansancio, la enfermedad o por algún otro motivo, era inútil devanarse los sesos. Resultaba imposible exprimir ciertas ideas, por más que uno se esforzara.

Viktor llegó a esa conclusión con respecto a los acontecimientos de la noche anterior. Le resultaban incomprensibles. Y daba igual que se esforzara: por más que cavilaba y rumiaba, no encontraba una explicación satisfactoria y mucho menos se calmaba.

«Charlotte, *Sindbad*, Josy, veneno».

Todo dependía de la respuesta a una única pregunta. ¿Quién era Anna Spiegel? Debía averiguarlo antes de que fuera demasiado tarde. Claro que al principio sopesó la idea de llamar a la policía, pero ¿qué podía contar? Su perro estaba muerto, se sentía muy enfermo, alguien había tratado de asesinarlo y su cuenta bancaria estaba vacía. Pero carecía de pruebas concluyentes que demostraran que Anna estaba relacionada con esos hechos.

Como era domingo, hasta el día siguiente no podría ponerse en contacto telefónico con el servicio de atención al cliente de su banco para anular la última operación. Pero no quería ni podía esperar hasta entonces. Debía entrar en acción ya, y solo. Por suerte se encontraba mejor pese al ataque nocturno. Pero eso lo inquietaba todavía más, porque también podía deberse a que desde el día anterior no había tomado té y las píldoras contra el envenenamiento empezaban a surtir efecto.

Se encontraba en el cuarto de baño cuando un sonido desacostumbrado volvió a sobresaltarlo. Provenía de la planta de abajo. Había alguien en la entrada cuyos pasos no sonaban igual que las botas de goma de Halberstaedt o los zapatos de tacón de Anna. Presa de un temor repentino e irracional, volvió a agarrar la pistola, que ya llevaba siempre encima, y se acercó sigilosamente a la puerta de entrada para mirar por la mirilla. ¿Quién podía ser a esas horas?

Nadie.

Viktor se puso de puntillas, se agachó..., pero no vio a nadie, mirara desde el ángulo que mirara. Cuando estaba a punto de bajar el pesado picaporte de la puerta principal para entreabrirla, oyó un ruidito junto a su pie derecho. Bajó la mirada, se

agachó y recogió un sobre que alguien había pasado por debajo de la puerta.

Era un telegrama. En otra época, cuando todavía no existían el fax y el correo electrónico, Viktor solía recibir telegramas. Pero en unos tiempos en que uno podía comunicarse con todo el mundo a través del móvil, consideraba aquel método de comunicación prácticamente extinguido. Cierto era que en la isla estaba fuera del alcance de la red satelital y, por lo tanto, no podían comunicarse con él por teléfono móvil, pero normalmente su teléfono fijo funcionaba y podía recibir noticias importantes a través de Internet. Entonces ¿quién le enviaba un telegrama a la isla?

Viktor guardó la pistola en el bolsillo del albornoz y abrió la puerta para comprobar si el mensajero aún estaba al alcance de la vista. Pero, excepto un gato negro completamente empapado que corría maullando en dirección al pueblo, no vio a nadie. Si un momento antes alguien estaba en su terraza, entonces debía de haberse escondido a toda prisa en el bosquecillo de pinos y abetos cuyas ramas ennegrecidas por la lluvia parecían devorar la luz.

Temblando, volvió a cerrar la puerta. No sabía si los dientes le castañeteaban de frío, de miedo o de fiebre. Se quitó el albornoz sudado y lo dejó caer al suelo. Después se puso un grueso jersey que sacó del armario y abrió el sobre blanco mientras recorría el pasillo. Extrajo el telegrama y vio que constaba de una única frase. Tuvo que leerlo tres veces para que el mensaje penetrara en su conciencia... Y lo dejó sin respiración.

¡DEBERÍAS AVERGONZARTE!, se leía en mayúsculas en el sencillo papel de correos. Y cuando vio quién era el remitente tuvo que sentarse; las letras se volvieron borrosas. El remitente era Isabell. ¿Qué significaba aquello, por amor de Dios? Viktor miró la hoja de papel desde todos los ángulos, pero el mensaje seguía sin tener sentido. ¿Por qué debía avergonzarse? ¿De qué? ¿Qué había averiguado su mujer, que hasta el día anterior se encontraba en Manhattan, acerca de él? ¿Y por qué le había enviado un telegrama en vez de llamarlo por teléfono? ¿Qué la había enfurecido tanto que evitaba un contacto directo? ¡Justo en aquel preciso momento, cuando la necesitaba tan desesperadamente!

Viktor decidió hacer otro intento de comunicarse con Nueva York. Descolgó el teléfono, pero seguía sin línea. La línea necesaria para comunicarse con Isabell seguía sin funcionar.

«¿Qué han estado haciendo los empleados de la empresa telefónica desde ayer? ¿Jugando a las cartas?», pensó Viktor, furioso. Supuso que el huracán había derribado los postes de teléfono de la isla o estropeado los cables subacuáticos. Pero entonces se le ocurrió una explicación mucho más sencilla. Primero sintió alivio y quiso remediar el problema, pero después sucumbió a una sensación espantosa, terrorífica: dos días antes el teléfono funcionaba, Kai lo había llamado. Después no había vuelto a sonar y el motivo era evidente: alguien lo había desconectado.

Cuando volvió a resultarle imposible comunicarse con Isabell decidió entrar en acción. No podía quedarse sentado en casa junto al teléfono, solo e inactivo, esperando a que su mujer, Kai o Anna dieran señales de vida. Era hora de reaccionar y hacer algo.

Sacar el cajón superior de la cómoda del pasillo le llevó varios minutos, pero por fin encontró el rojo y desgastado cuaderno de notas en el que hacía muchos años su padre apuntaba todos los números de teléfono importantes de la isla. Primero buscó en la «A», pero encontró el número que necesitaba en la «H» de hostería. Dejó que sonara veintitrés veces antes de resignarse a colgar el auricular.

«¿Qué tienen en común el hotel Marriot Marquise de Times Square y la hostería Ankerhof?», se preguntó con ironía. Viktor volvió a intentarlo, con la esperanza de haber marcado mal la primera vez, y esperó hasta que la señal de llamada se cortó. No había nadie.

Miró por la ventana y apenas vio las olas oscuras a través de la lluvia torrencial, las olas que no dejaban de romper interminablemente en la playa.

Hojeó el desgastado cuaderno con dedos temblorosos y esta vez fue más afortunado: a diferencia de Isabell y Trudi, Halberstaedt levantó el auricular.

—Por favor, discúlpeme si lo molesto en su tiempo libre, señor burgomaestre, pero he reflexionado sobre lo que me dijo y ahora creo que necesito su ayuda.

—¿Qué quiere decir? No le comprendo. —Halberstaedt parecía un tanto perplejo.

—Si no lloviera tanto, yo mismo emprendería el camino y como usted vive justo al lado, pensé que...

—¿Cómo dice?

—Tengo que hablar con Anna urgentemente.

—¿Con quién?

—Con Anna —respondió Viktor—. Ya sabe. Esa mujer. Anna Spiegel.

—Ese nombre no me dice nada.

Viktor notó un suave silbido en el oído derecho, que fue aumentando paulatinamente de volumen.

—Venga ya. Estos días hemos hablado de ella varias veces. La mujer que usted observaba, la que usted cree que mató a mi perro.

—No sé de qué me habla, doctor.

—¿Está de broma? Usted mismo me advirtió varias veces de que era peligrosa. La última ayer mismo, cuando me trajo el cadáver de *Sindbad*.

—¿Se encuentra bien, doctor Larenz? No he ido a verlo en toda la semana y no sé nada de su perro.

El silbido había aumentado de intensidad y también lo notaba en el oído

izquierdo.

—Oiga... —Al oír la otra voz conocida por el auricular, Viktor se interrumpió en medio de la frase.

—¿Es ella?

—¿Quién?

—Anna. ¿Está con usted?

—No conozco a ninguna Anna, doctor. Y estoy solo.

Viktor aferró el auricular, como alguien a punto de ahogarse que se agarra al último salvavidas.

—Eso es... —No sabía qué decir, pero de pronto se le ocurrió algo—. Un momento.

Corrió al pasillo, recogió el albornoz y, aliviado, comprobó que la pistola cargada aún estaba donde la había guardado: era la prueba de que no se había vuelto loco.

Viktor regresó corriendo al teléfono.

—Vale, Patrick. No sé qué juego es éste, pero tengo en la mano el arma de usted en este preciso instante.

—¡Ah!

—¿Qué significa «¡ah!»? —Viktor casi gritaba—. ¿Alguien podría decirme qué está ocurriendo aquí?

—Pues... yo... además... —Halberstaedt empezó a tartamudear y Viktor se convenció de que alguien le estaba dando instrucciones.

—Da igual. Oiga, Patrick. No sé qué significa todo esto. Ya lo aclararemos más adelante, pero ahora necesito hablar con Anna. Haga el favor de decirle que voy para allá y que quiero que me espere en su habitación de la Ankerhof, dentro de una hora como máximo. Y será mejor que usted también esté allí, así aclararemos este asunto todos juntos.

Al otro lado del auricular sonó un suspiro. Después el burgomaestre cambió de tono, el nerviosismo y la humildad se convirtieron en una arrogancia sin límites.

—Una vez más, doctor. No conozco a ninguna Anna. Y aunque la conociera, no puedo hacer lo que me pide.

—¿Por qué?

—Porque la hostería de Trudi lleva semanas cerrada. La hostería Ankerhof está cerrada. Allí no vive nadie.

Y se cortó la comunicación.

Para alcanzar una conclusión es necesario armar todo el rompecabezas con un montón de piezas cuya cifra se ignora. Y uno sólo alcanza a saberla tras armar toda la imagen.

Viktor ya había dispuesto un pequeño marco formado por preguntas y estaba a punto de completar toda la imagen con las respuestas. Respuestas a preguntas angustiosas como las siguientes: ¿quién había matado a *Sindbad*? ¿Por qué se sentía tan enfermo? ¿Qué tenía que ver Halberstaedt con Anna? Y: ¿quién era Anna Spiegel?

Viktor no llegó a realizar la llamada decisiva que tal vez le hubiera aportado la respuesta a esa última pregunta, puesto que el teléfono empezó a sonar en el preciso momento en que levantó el auricular.

—¿Quién es ella?

El alivio al oír su voz fue tan grande que al principio no pudo responder ni decir una sola palabra.

—¡Dime inmediatamente quién es!

—¡Isabell! —exclamó Viktor finalmente, sorprendido por el tono agresivo y airado de su voz—. Menos mal que me has llamado, hace días que intento comunicarme contigo, pero en la recepción me dijeron...

—¿Tú has intentado comunicarte conmigo?

—Sí. ¿Por qué estás tan enfadada? Ya no entiendo nada. ¿Por qué me enviaste un telegrama?

—¡Ja! —exclamó Isabell y después guardó silencio, un silencio acompañado del ruido de las interferencias transatlánticas.

—¿Qué ocurre, cielo? —preguntó Viktor en tono temeroso.

—No me llames cielo. No, después de lo ocurrido ayer.

Ahora el que empezaba a enfadarse era Viktor y pasó el auricular a la otra oreja.

—¿Quisieras tener la bondad de explicarme qué ocurre en vez de chillarme?

—Bien, si quieres jugar a tu juegucito, juguemos. Empecemos por una pregunta muy sencilla: ¿quién es esa guarra?

Viktor soltó una carcajada de alivio y el peso enorme que le oprimía el pecho desapareció. Era evidente que Isabell creía que aprovecharía la estancia en la isla para tener una aventura.

—No te rías como un tonto, Viktor. Y por favor, no me tomes por estúpida.

—Un momento, Isabell, por favor. No creerás que te estoy engañando, ¿verdad? ¡Eso es un disparate! ¿Cómo se te ocurre semejante cosa?

—Te he dicho que no me tomes por estúpida. ¡Limítate a decirme quién es la guarra!

—¿De quién estás hablando? —Viktor volvió a enfadarse.

—De la que ayer contestó al maldito teléfono cuando te llamé —gritó Isabell.

Viktor parpadeó, tratando de asimilar lo que había oído.

—¿Ayer?

—Sí, ayer. A las tres y media, hora de ahí, si quieres saberlo con exactitud.

«Anna. Ayer por la tarde estuvo aquí. Pero no pudo haber contestado...; ¿no?».

Las ideas se arremolinaban en su cabeza. Le pareció por unos instantes que le fallaba el equilibrio, como un pasajero tras un vuelo prolongado.

—¿Hace mucho que dura la cosa? ¿Eh? Simulas necesitar cierta distancia. Afirmas que trabajas en una entrevista. ¿Y aprovechas el recuerdo de nuestra hija para follarte a otra?

«Pero si no me separé de ella ni un momento. Hasta que... La cocina. El té».

Cuando el recuerdo lo golpeó como un bumerán, Viktor tuvo que sentarse.

«Pero si sólo dejé brevemente...».

—Anna.

—Vale, Anna. ¿Y qué más?

—¿Cómo dices?

Por lo visto había pronunciado su nombre sin querer.

—Oye, Isabell, todo esto es un gigantesco malentendido. No es lo que tú crees.

«¡Dios mío, parezco un marido que engaña a su mujer con la secretaria! “No es lo que tú crees, tesoro.”».

—¡Anna es mi paciente!

—¿Te follas a una paciente? —gritó Isabell, histérica.

—¡No, por amor de Dios! No tengo ninguna aventura con ella.

—¡Ja! —Otra vez la risa sarcástica de Isabell—. No, claro que no tienes una aventura con ella. Apareció en nuestra casa de la playa, así, sin más. Aunque tú ya no tratas a ningún paciente, ¡y aunque es imposible que supiera que te encontrabas en Parkum! ¡Mierda! Creo que voy a colgar. ¡Todo esto es demasiado humillante para mí!

—Por favor, Isabell. Te comprendo, pero dame la oportunidad de explicártelo todo.

Al otro lado de la línea reinó el silencio. Sólo se oía la sirena de un camión de bomberos de Nueva York.

—Escúchame. Yo mismo no tengo ni idea de lo que ocurre aquí. Pero sé exactamente lo que no ocurre: no me he acostado con la mujer con la que hablaste por teléfono ayer. Y tampoco tengo la intención de engañarte. Por favor, acéptalo como base para nuestra conversación, porque soy incapaz de explicarme todo lo demás. Los hechos son los siguientes: hace cinco días llamaron a la puerta y una mujer, que dice llamarse Anna Spiegel, me rogó que la tratara. Es supuestamente autora de libros infantiles y sufre alucinaciones esquizofrénicas. No consigo explicarme cómo descubrió que yo estaba aquí y ni siquiera sé dónde se aloja en la

isla. Sólo sé que la historia de su enfermedad es tan extraordinaria e interesante que decidí hacer una excepción y mantuve una conversación terapéutica previa con ella. En realidad, aún está en la isla, porque hubo una tormenta y el transbordador a Sylt no funciona.

—Una historia encantadora. Muy ingeniosa —siseó Isabell.

—No es una historia. Es la verdad. No sé por qué ayer contestó al teléfono. Estuve un rato en la cocina preparando un té y debe de haber aprovechado la oportunidad cuando sonó el teléfono.

—No sonó.

—¿Qué?

—Contestó enseguida. Estaba esperando junto al aparato.

Viktor sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Algo volvía a no encajar en absoluto. Algo que él no lograba explicarse.

—No sé por qué lo hizo, Isabell. Desde que apareció por aquí han ocurrido cosas muy extrañas. Estoy enfermo. Alguien me atacó y creo que esa Anna tiene información sobre Josy.

—¿Qué?

—Sí. He intentado comunicarme contigo infinitas veces. Quería decirte que quizás exista una pista. Kai ha vuelto a ocuparse del asunto. Y alguien ha vaciado nuestra cuenta bancaria. No entiendo nada de todo esto y quería consultarlo contigo, pero no logré comunicarme durante días. Y hoy he recibido un telegrama tuyo.

—Te envié un telegrama porque la que no lograba comunicarse contigo era yo.

«La línea telefónica».

—Lo sé. Anoche alguien desconectó el teléfono.

—Hazme el favor, Viktor. Deja de poner a prueba mi inteligencia. Dices que una mujer aparece de la nada, te proporciona información sobre nuestra hija, contesta a nuestro teléfono, se va de la lengua y después desconecta la línea... ¿Qué significa todo este disparate? Resultaría más convincente si me dijeras que has cometido adulterio con la puta de la isla una única vez, cuando estabas borracho.

Viktor no había oído el final de la frase porque, tras las primeras palabras, se había encendido una luz de alarma en su cabeza.

—¿De qué hablasteis? —preguntó Viktor.

«Se fue de la lengua».

—Al menos no me mintió. Dijo que estabas en la ducha.

—Mentira. Estaba en la cocina. Mantuve una breve conversación telefónica con Kai y después la eché de casa. —Viktor se estaba poniendo histérico—. No tengo una aventura con esa mujer. Apenas la conozco —gritó.

—Oh, pero ella te conoce muy bien.

—¿De qué estás hablando?

—Se refirió a ti por tu apodo, ese que aborreces y que, además de tu madre, se supone que sólo yo conozco.

—¿Diddy?

—Sí, Diddy. ¿Y sabes qué, Diddy? ¡Vete a la mierda!

Isabell colgó el auricular y Viktor sólo oyó un pitido continuo y penetrante.

Viktor no recordaba haber sentido una angustia como la que le atenazaba la garganta. No era la primera vez que una paciente contravenía las normas y lo acosaba, pero todas las intromisiones en su vida privada se habían basado en una pauta patológica identificable. No obstante, en el caso de Anna la amenaza provenía de lo oculto, de lo inexplicable. ¿Qué quería? ¿Por qué se hacía llamar como una alumna asesinada e incluso le había mentido a Isabell, su mujer? Y, la pregunta más importante, ¿qué relación guardaba todo eso con Josy?

Viktor sabía que debía de haber pasado algo por alto. Todos los acontecimientos de los últimos días estaban vinculados entre sí. Obedecían a un plan invisible que sólo comprendería cuando lograra ordenar correctamente los eslabones de la cadena de extraños eventos. Y no lo lograba.

Al menos se encontraba un poco mejor físicamente, puesto que desde ayer no había bebido más té. Tomó una buena ducha y se mudó de ropa.

«En algún momento tengo que poner la lavadora», pensó cuando quiso ponerse los tejanos Levis del día anterior. Volvió los bolsillos del revés y tiró los pañuelos acumulados a la basura. Una notita cayó al suelo y, al agacharse para recogerla, se dio cuenta de que la había olvidado durante días. Había caído del monedero de Anna y en aquel momento Viktor se la había guardado en el bolsillo y se había olvidado de ella. La notita estaba doblada, como una pequeña carta de amor, como esas que los adolescentes se pasan en secreto por debajo del pupitre. No sabía qué esperaba encontrar, pero al ver la hilera de números se desilusionó. Podía ser cualquier cosa: el código de una caja fuerte de un banco, un número de cuenta bancaria, una contraseña de Internet o, lo más obvio, un número de teléfono.

Viktor echó a correr escaleras abajo y descolgó el auricular. Marcó el número con cuidado y se preparó mentalmente para colgar de inmediato en cuanto alguien contestara.

—¡Cuánto me alegro de que por fin me llame, doctor Larenz! —Completamente sorprendido, Viktor olvidó colgar. No había contado con ese saludo. Entre otras cosas porque su aparato analógico de Parkum no disponía de identificador de llamadas. ¿Quién había contestado? ¿A quién había llamado? ¿Y por qué el otro aguardaba su llamada con tanta urgencia?

—¿Sí? —Viktor no quiso identificarse de inmediato y contestó con un monosílabo.

—Lamento mucho tener que molestarlo, después de todo lo que usted ha tenido que soportar. —La voz le resultaba conocida—. Pero consideraré que era muy importante que se enterara cuanto antes, para que el perjuicio no fuera mayor.

¡Van Druisen! Por fin reconoció la voz. Pero ¿cómo había ido a parar el número de su mentor al monedero de Anna?

—Estimado profesor, ¿por qué está tan alterado?

—¿No ha leído mi último correo electrónico?

¿Correo electrónico? Durante los últimos días Viktor había olvidado comprobar su correo. Los mensajes de la revista *Bunte* debían de estar amontonándose en su buzón, puesto que no había cumplido con la primera fecha de entrega de la entrevista que habían acordado.

—No, aún no he tenido tiempo de conectarme a Internet. ¿Qué pasa?

—Hace una semana entraron ladrones en mi consulta, doctor Larenz.

—Lo siento, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—Bien, la irrupción es lo que menos me inquietó, pero sí lo que robaron. Resulta que el delincuente rompió la cerradura de un único archivador y se llevó el historial de un paciente.

—¿De cuál?

—No lo sé. Pero era el archivador en el que estaban sus casos, ¿comprende? Los casos que usted me derivó cuando compré su consulta. Me temo que alguien la tiene tomada con uno de sus antiguos pacientes.

—¿Cómo sabe que falta un historial, si no sabe cuál es?

—Porque encontré una carpeta vacía en el pasillo. Habían arrancado la etiqueta, así que no me fue posible saber de quién, pero todos los documentos que contenía habían desaparecido.

Viktor cerró los ojos, como si así pudiera oír mejor. ¿Cuál de sus antiguos casos podía resultar de interés en el presente? ¿Y quién cometería un robo para apoderarse de un polvoriento historial? A Viktor se le ocurrió una idea y abrió los ojos.

—Escúcheme atentamente, profesor Van Druisen. Y por favor, dígame la verdad. ¿Conoce a una tal Anna Spiegel?

—¡Dios mío! Entonces, ¿usted lo sabe?

—¿Qué es lo que sé?

—Bueno, aquel asunto...

Viktor nunca había oído tartamudear al viejo y distinguido profesor de ese modo.

—¿Qué ha querido decir con eso de que yo lo sé?

—Bien, pues... En fin, usted acaba de preguntarme por ella.

—Sí. Por Anna Spiegel. ¿La envió aquí, a Parkum?

—¡Dios mío! ¿Está ahí con usted?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Lo sabía. Sabía que había sido un error. Nunca debí dejar que las cosas llegaran a este punto. —Van Druisen lo decía con desesperación, casi gimoteando.

—Con todos mis respetos, profesor, ¿qué diablos está ocurriendo?

—Usted corre peligro. Corre un peligro muy grande, mi querido amigo.

Viktor agarró el auricular con la misma fuerza con la que un jugador de tenis agarra la raqueta antes de dar un golpe.

—¿A qué se refiere?

—Anna Spiegel fue mi paciente. Al principio me negué a hacerme cargo de su caso, pero claro, vino recomendada.

—¿Es esquizofrénica?

—¿Es eso lo que le ha dicho?

—Sí.

—Ése es su truco, si me permite expresarlo de manera coloquial.

—Entonces ¿no está enferma?

—Sí, sí que lo está. Incluso muy enferma. Pero no es esquizofrénica, sino casi lo contrario. Su enfermedad consiste en afirmar que lo es.

—No comprendo.

—¿Le contó el cuento del perro que mató?

—Sí. Terry. Dijo que fue su primera alucinación.

—Es mentira. Lo mató de verdad. Eso ocurrió, en efecto. Ella sólo simula ser esquizofrénica para arreglárselas mejor con la realidad.

—Eso significa que todo lo que me ha contado...

—... ocurrió de verdad. Experimentó todas esas cosas espantosas de verdad. Después se evadió inventando una enfermedad imaginaria, para no tener que enfrentarse a la realidad. ¿Comprende lo que le digo?

—Sí.

«Todo es verdad: Charlotte, la irrupción en el bungalow, el viaje en coche a Hamburgo, el veneno...».

—Pero ¿por qué motivo me la envió a mí?

—No lo hice, doctor Larenz. Hace tiempo que me niego a tratarla. ¿Por qué habría de encajársele a usted, puesto que ha dejado de trabajar como psiquiatra? No: un buen día dejó de aparecer por mi consulta y eso es lo que hace que el asunto sea tan misterioso. Anna desapareció el día que entraron a robar y estoy seguro de que tiene algo que ver con eso.

—¿En qué sentido?

—Porque durante las últimas sesiones no dejó de hablar de usted, doctor Larenz. Dijo que le quedaba una vieja cuenta por saldar. Incluso llegó a decir que pensaba envenenarlo.

Viktor tragó saliva y comprobó que la garganta le dolía menos que durante los últimos días.

—Envenenarme. Pero ¿por qué? Yo no la conozco.

—Pero ella lo conoce muy bien.

Viktor recordó que hacía unos minutos Isabell le había dicho prácticamente lo mismo.

—La señora Spiegel no dejaba de hablar de usted. Dios mío, me hago muchos reproches. Creo que es muy peligrosa. No, no lo creo: lo sé. Siempre me contaba cosas horribles. Crueldades que había cometido con otros. Sobre todo con esa pobre chiquilla.

—¿Charlotte?

—Sí. Creo que se llamaba así. Lo siento muchísimo, doctor Larenz. Créame, por favor. Ojalá hubiera prestado atención a la voz interna que me decía que dejara el caso. Debería haberla encerrado en un psiquiátrico.

—¿Por qué no lo hizo?

—Es que... —El profesor volvió a interrumpirse—. Pero usted lo sabe, ¿verdad?

—¿Que sé qué?

—Que no podía suspender la terapia de Anna así como así.

—¿Por qué no?

—Porque se lo prometí a su mujer. Le di mi palabra.

—¿A mi mujer? —Viktor se tambaleó y tuvo que agarrarse de la puerta de la nevera.

—Sí. Isabell. Fue ella quien me rogó que siguiera tratando a Anna. ¿Qué podía hacer? A fin de cuentas, se trataba de su mejor amiga, ¿no?

Isabell. Anna. Josy. Lentamente, todo cobraba sentido: el motivo por el cual Isabell no había perdido la calma con la desaparición de Josy; el motivo por el cual sus emociones no se habían visto tan alteradas como las suyas. No había tenido problemas para seguir trabajando, mientras que él había tenido que vender su consulta. Siempre había admirado su fuerza, pero a lo mejor sólo se trataba de frialdad.

Los pensamientos de Viktor se convirtieron en un torbellino. A diferencia de él, Isabell nunca había pasado el duelo por su única hija. ¿Y sería cierto que había encontrado a *Sindbad*, o en realidad había ido a un albergue de animales para hacerse con un perro que reemplazara a Josy? ¿Conocía de verdad a su mujer? En todo caso, ahora que Viktor se encontraba en la peor situación de su vida no lograba comunicarse con ella.

Isabell había enviado a Anna a la consulta de Van Druisen.

Y además, estaba la cuestión del dinero.

Viktor abrió el ordenador portátil para conectarse a la página web de su banco a través de Internet. ¿Sería posible que Isabell hubiera vaciado su cuenta conjunta? ¿Habría hecho causa común con Anna para volverlo loco?

Cuando estaba a punto de abrir el Microsoft Internet Explorer echó un vistazo a la barra inferior de la pantalla y, completamente desconcertado, pulsó pero no obtuvo ningún resultado: todos los iconos habían desaparecido.

Abrió el explorador de Windows desde el menú de inicio, pero tampoco allí había nada. Su ordenador estaba vacío. No quedaba ni un solo archivo en el disco duro. Alguien se había tomado la molestia de borrar todas las notas, documentos e historiales de los pacientes. La entrevista empezada también había desaparecido y la papelera, en la que normalmente se almacenaban los archivos eliminados, estaba vacía.

Viktor se puso de pie tan bruscamente que el sillón de cuero cayó con estrépito al suelo junto a la estantería. ¡Aquello era demasiado! Ya no le daba igual hacer llamadas telefónicas y la cuenta de banco también podía esperar.

Viktor agarró la pistola que le había dado Halberstaedt, le quitó el seguro y se la guardó en el bolsillo interior de su impermeable, que también le sería muy útil para caminar bajo la tormenta hasta el pueblo, donde esperaba encontrar dos cosas: por una parte respuestas y, por otra, a Anna Spiegel.

Hay personas que tienen los pies fríos y a las que esto impide conciliar el sueño durante horas, porque aunque se los froten bajo las mantas, no entran en calor. A otras lo primero que se les congela en los días fríos es la nariz.

En el caso de Viktor, lo más sensible eran las orejas; bajaba la temperatura y empezaban a dolerle en cuanto salía al aire libre. Pero el dolor era aún peor cuando Viktor volvía a entrar en calor y las orejas se le «descongelaban». Entonces el dolor se convertía en una barrena que le taladraba la cabeza, se extendía desde la nuca por todo el cráneo, y no desaparecía ni siquiera tomando aspirina o ibuprofeno. Viktor había aprendido esa lección dolorosamente siendo niño y por eso se cubrió la cabeza con la capucha cuando se marchó al pueblo, no tanto para resguardarse de la lluvia como para protegerse las orejas.

La capucha y el estruendo del viento huracanado, que arrastraba un montón de arena y de hojas secas, impedían que Viktor oyera la metálica melodía que surgía del bolsillo de su chaqueta. Y si, camino del pueblo, que estaba medio inundado, no se hubiera detenido ante la vieja caseta de la aduana, jamás hubiese oído los timbrazos por una razón evidente: no tenía ningún motivo para prestar atención al móvil; era imposible que funcionara porque en la isla no había repetidores. Y sin embargo sonaba, como Viktor comprobó desconcertado cuando se bajó la capucha.

Echó un vistazo a la pantalla y el número le resultó vagamente conocido.

—¿Hola?

Viktor se tapó el oído izquierdo con un dedo para oír pese al viento que soplaba, pero no oyó nada.

—Hola, ¿quién es?

La tormenta amainó por un instante y creyó oír un sollozo.

—¿Anna? ¿Es usted?

—Sí, lo siento, yo...

Viktor no oyó el resto porque en ese instante una gruesa rama cayó encima de la caseta.

—¿Dónde está, Anna?

—... yo... Anker...

Los fragmentos eran incomprensibles, pero Viktor trató de mantener la comunicación.

—Sé que no está en la Ankerhof, Anna. Patrick Halberstaedt me lo dijo. Así que hágame un favor: envíeme un SMS indicándome su paradero exacto. En pocos minutos estaré ahí y hablaremos de todo. Cara a...

—¡Ha ocurrido algo! —gritó Anna mientras la tormenta concedía unos instantes de calma a la isla, pero después volvió a rugir con violencia máxima.

—¿Qué ha ocurrido?

—... ella... conmigo... Charlotte...

No fue necesario que Viktor oyera la frase completa. Sabía lo que trataba de decirle. Había ocurrido: sufría un brote esquizofrénico agudo y Charlotte había cobrado vida.

Tras reflexionar un par de minutos, Viktor comprendió que la comunicación había vuelto a interrumpirse.

Y aunque descubrió absolutamente perplejo que el móvil no tenía cobertura, el pitido le indicó que estaba recibiendo un SMS: «No venga a buscarme. ¡Yo lo buscaré a USTED!».

La mayoría de los conductores detestan los atascos porque les da la sensación de que han perdido el libre albedrío. En cuanto se encuentran con una hilera de luces traseras rojas y comprueban que los coches no avanzan, buscan instintivamente una vía de escape. Incluso si no conocen la zona ponen el intermitente y toman la primera salida.

En ese instante, Viktor se encontraba en una situación similar a la de un automovilista que, al regresar del trabajo, se ve en el dilema de dejar pasar la última salida o tomarla e internarse en terreno desconocido y, como muchos otros, optó por la acción en vez de por la espera pasiva. Debía encontrar a Anna, pese a que le había advertido que no lo hiciera. No quería esperar a que volviera a hacer acto de presencia, porque el peligro de que se elevara otro obstáculo entre ambos era demasiado grande.

Por eso siguió por el camino de la costa, se cubrió la cabeza con la capucha, trató de ofrecer la mínima resistencia al viento y procuró evitar los charcos. Aún estaba a unos quinientos metros de distancia del puerto deportivo y ya había dejado atrás el único restaurante de la isla cuando de pronto se detuvo y escudriñó en la distancia. Hubiera jurado que había alguien delante de él.

Viktor se quitó las gotas de lluvia del rostro y se protegió los ojos con la mano.

«Allí».

No se había equivocado. A unos veinte metros, una figura con un impermeable azul avanzaba en medio de la tormenta y parecía como si arrastrara algo.

Al principio no estaba seguro de si se trataba de un hombre o de una mujer, ni de si se acercaba de frente o de espaldas. Incluso a esa distancia, la tormenta impedía distinguir ningún detalle. Sólo cuando un relámpago cayó en el mar e iluminó brevemente el camino de la costa, Viktor reconoció la figura que avanzaba hacia él cuando retumbó el trueno, y también lo que sostenía.

—¿Es usted, Michael? —le gritó al barquero cuando éste se encontraba a escasos metros de distancia. El ruido del vendaval, sin embargo, no los dejó hablar hasta que estuvieron frente a frente estrechándose la mano.

Michael Burg tenía setenta y un años y, con mejor visibilidad, se notaba. El viento y el agua salada habían grabado profundas arrugas en su piel curtida, pero pese a su avanzada edad seguía teniendo el aspecto imponente de un hombre que ha trabajado duro toda su vida expuesto al saludable aire marino.

Michael le tendió la mano izquierda. En la derecha sostenía una correa en cuyo extremo temblaba un completamente empapado schnauzer.

—Mi mujer me obliga a sacar el perro, doctor Larenz —gritó el barquero, moviendo la cabeza con desagrado, como si quisiera expresar que una idea tan disparatada sólo podía ocurrírsele a una mujer. El recuerdo doloroso de *Sindbad* surgió en Viktor—. Pero, por todos los diablos, ¿qué lo ha impulsado a usted a salir de casa en medio de esta tormenta? —quiso saber Burg.

Cuando otro relámpago iluminó el cielo y Viktor logró echarle un vistazo al barquero durante una fracción de segundo, notó que éste lo contemplaba con una expresión de profunda sospecha.

Viktor optó por decirle la verdad. No tanto por honestidad como por el hecho de que no se le ocurrió una explicación plausible para su peligroso paseo bajo la peor tormenta de los últimos diez años.

—Estoy buscando a alguien. Tal vez usted pueda ayudarme.

—¿Ah, sí? ¿Y de quién se trata?

—Se llama Spiegel. Anna Spiegel. Es una mujer rubia y menuda de unos treinta y cinco años. Usted la trajo desde Sylt hace tres días.

—¿Hace tres días? Eso es imposible.

Imposible. Viktor trató de recordar en cuantas ocasiones había escuchado o pensado esa palabra durante las últimas horas.

El schnauzer negro temblaba cada vez más y tiraba de la correa; por lo visto tenía aún menos ganas de pasear que su dueño, sobre todo si se veía obligado a quedarse quieto.

—¿Qué quiere decir con que es imposible? —Viktor tuvo la sensación de que tenía que gritar cada vez más si quería que el barquero le entendiera.

—Hace tres semanas que el transbordador no zarpa. Usted fue el último pasajero. ¡Desde entonces, nadie más ha querido venir hasta la isla! —dijo Michael, encogiéndose de hombros.

—Pero eso no puede ser —protestó Viktor mientras Michael se disponía a marchar.

—A lo mejor llegó en otro barco..., aunque no lo creo porque nos hubiéramos enterado. ¿Cómo dice que se llama esa mujer?

—Spiegel, Anna —repitió Viktor, y vio que Michael negaba con la cabeza.

—Nunca he oído ese nombre, doctor Larenz. Lo siento. Ahora debo seguir mi camino o pillaré una pulmonía.

Otro trueno retumbó en la isla acompañando sus últimas palabras y una parte de Viktor se sorprendió de no haber visto el relámpago. La otra trataba de encajar la nueva pieza del rompecabezas en el lugar correspondiente. Si Anna no había tomado el transbordador, ¿cómo había llegado a la isla? ¿Y por qué también había mentido respecto a eso?

—Esto, doctor Larenz...

El viejo barquero interrumpió los pensamientos de Viktor y volvió a aproximarse un par de pasos.

—No es asunto mío, pero ¿qué quiere de esa mujer? —«Esta noche, en medio del diluvio y puesto que está casado». No lo dijo pero las palabras flotaron en el aire, en silencio.

Viktor se limitó a encogerse de hombros y se marchó.

«Quiero saber qué le ocurrió a mi hija».

La Ankerhof era una hostería de película, justo la idea que uno tiene de la posada en una isla solitaria del mar del Norte. Situada justo enfrente del puerto deportivo, la casa de tres plantas y paredes de vigas cruzadas era uno de los edificios más altos de la isla, a excepción del faro de Struder Eck. Desde la muerte de su marido, Trudi había logrado mantenerse a flote gracias a la escasa pensión y a los pocos huéspedes que, durante la temporada, aterrizaban en la isla. Pero tanto la casa como su propietaria eran una institución, parte indisoluble de la isla y por cuya conservación los habitantes hubiesen estado dispuestos a hacer cualquier cosa. En el peor de los casos, incluso pasar la noche en la hostería. En días buenos, cuando Parkum se convertía en el puerto de llegada de una regata, hasta veinte personas podían albergarse cómodamente en la pensión. Y cuando los escasos días soleados lo permitían, Trudi sacaba fuera las mesas y servía limonada casera o café con hielo a los huéspedes y conocidos en el jardín. En otoño, los viejos del pueblo se reunían alrededor de la estufa de hierro forjado del vestíbulo del pequeño hotel, contaban anécdotas de marineros y disfrutaban de los pasteles de Trudi. Menos cuando la mujer decidía visitar a sus parientes, que vivían en zonas más cálidas, y cerraba la hostería hasta la primavera. Como había hecho ese año. Tras la misteriosa conversación con Halberstaedt, Viktor, que se acercaba lentamente al edificio, no se asombró de que los postigos de la Ankerhof estuvieran cerrados y de que no saliera humo de la chimenea.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó echando un vistazo en torno, buscando a Anna.

Viktor tuvo que reprimir el momentáneo impulso de llamarla por su nombre, sólo para asegurarse de que no había forzado la puerta de la casa cerrada para poner en práctica sus inquietantes maniobras desde allí.

De repente su móvil volvió a sonar. Esta vez el tono de llamada era diferente, un tono que sólo utilizaban sus familiares y amigos más íntimos.

—¿Sí?

—Dime, ¿pretendes tomarme el pelo?

—¿Kai? ¿Qué pasa?

Viktor regresó al camino y se alejó unos pasos hacia el oeste, tratando de encontrar mejor cobertura.

—¿A qué estás jugando conmigo?

—¿Yo? ¿De qué hablas?

—Hablo del fax.

—Ah, sí. Menos mal que me has llamado. No había nada en el fax.

—¿Que no había nada? Tú mismo eres quien mejor sabe lo que no había en el fax, así que no me tomes el pelo.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué te pasa?

Viktor tuvo que ponerse de espaldas al viento porque una ráfaga le lanzó un chorro de agua a la cara. Desde aquella perspectiva, la cerrada hostería parecía formar parte de una destartalada escenografía.

—Hice comprobar el número desde el que me enviaron el dibujo infantil. Quise saber quién me envió el gato.

«Nepomuk, el gato azul».

—¿Y?

—Provenía de tu casa. Tú me lo enviaste desde Parkum.

«No puede ser», pensó Viktor.

—Kai, no sé qué... —Un doble pitido lo interrumpió, seguido de una anónima voz femenina.

—Se encuentra usted fuera de cobertura. Por favor, vuelva a intentarlo más tarde.

—Mierda —maldijo Viktor en voz alta, echando un vistazo al móvil. Su último contacto con el continente se había roto. Se dio la vuelta, se quedó quieto mirando en todas las direcciones y por fin alzó la vista, como si esperara que el cielo de color negro azulado le ofreciera una respuesta.

¿Con quién podía hablar ahora? ¿A casa de quién podía ir? Una gota de lluvia le golpeó el ojo y tuvo que parpadear, como cuando era un niño pequeño en la bañera y el champú le bajaba por la cara. Viktor se restregó los ojos y entonces le pareció que veía con mayor claridad. Como cuando la oftalmóloga colocaba la lente correcta y de pronto lograba leer las letras en la pared de enfrente. Pero tal vez sabía adónde ir sólo por pura casualidad.

Como había esperado, aún había luces encendidas en la casita del burgomaestre. Viktor subió los escalones hasta la terraza y llamó al timbre de la puerta principal.

En alguna parte ladró un perro, quizás el de Michael, y también oyó el ruido de la puerta de un jardín que se abría y se cerraba, aunque tal vez fuese un postigo mal cerrado. En todo caso, Viktor no oyó el sonido del timbre. Aguardó un par de minutos, por si Halberstaedt ya había reaccionado al primer timbrado y se disponía a abrir la puerta.

Pero cuando volvió a pulsar el timbre y nadie abrió, Viktor optó por la violencia: golpeó la enorme aldaba contra la puerta de cedro. Halberstaedt vivía solo. Su mujer lo había abandonado hacía un par de años a causa de su relación con una cualquiera de Munich a la que había conocido en Internet.

«A lo mejor no me oye debido al fragor de la tormenta», pensó Viktor, y rodeó la casa. Estaba muy bien situada, justo al lado de la Ankerhof y con vistas al puerto deportivo, pero no disponía de un acceso directo al mar ni de un muelle. Para llegar al agua primero había que atravesar el estrecho camino de la costa, algo que no suponía un problema en una isla tan pequeña como ésta. Pero Viktor opinaba que si uno opta por vivir junto al mar tiene que hacerlo como Dios manda, porque de lo contrario más le vale alquilar una bonita casa en el continente y conducir hasta el lago más próximo.

Las ráfagas provenían del mar y cuando Viktor estuvo detrás de la casa disfrutó durante unos segundos del cobijo de la fachada.

Durante todo el trayecto a lo largo de la costa nada lo había resguardado de las inclemencias, a excepción de unos abetos secos e inclinados por el viento, de manera que la violencia de la tormenta lo golpeaba de lleno. Ahora que el chaparrón había disminuido de intensidad, por fin logró tomar aliento y se dispuso a comprobar si el dueño de la casa daba señales de vida.

Por la gran ventana trasera se veía el despacho de Halberstaedt. Quizás en ese momento se encontrara en el primer piso. El escritorio estaba lleno de papeles escritos a mano y en un pequeño taburete había un ordenador portátil abierto, pero ni rastro del hombre. El fuego de la chimenea estaba casi apagado y, aparte de la luz cegadora de una lámpara de escritorio, nada indicaba que Halberstaedt hubiera estado trabajando allí hacía un rato.

«Ignoraba que Patrick necesitara un despacho, por no hablar de un ordenador», se sorprendió Viktor, y echó un vistazo en torno.

De la planta superior no surgía ni un rayo de luz, aunque eso no quería decir nada porque Halberstaedt podía haberse acostado o haber corrido las cortinas.

Viktor tuvo que reconocer que se le habían acabado las ideas. Hasta aquel

momento su excursión bajo la lluvia torrencial no le había dado ningún resultado, lo que no era de extrañar puesto que no sabía dónde buscar, por no hablar de qué haría si encontraba a Anna o a Halberstaedt.

«No venga a buscarme. ¡Yo lo encontraré a USTED!».

Viktor decidió volver a probar suerte con la aldaba, pero entonces vio el cobertizo situado al fondo del descuidado jardín.

En circunstancias normales, la tenue rendija de luz que surgía por debajo de la puerta de chapa ondulada no hubiese llamado su atención, pero la tensión había agudizado sus sentidos y percibió diversas cosas curiosas al mismo tiempo: que había luz en el cobertizo, que por algún motivo desconocido la única ventana estaba cegada por dentro con una gruesa tabla y que por una pequeña chimenea de hierro que sobresalía del techo salía humo.

¿Qué se le había perdido a Halberstaedt en el cobertizo en plena tormenta? ¿Y por qué estaba tan empeinado en que la luz no se viera desde el exterior, si su despacho estaba tan bien iluminado?

Viktor hizo caso omiso de la cada vez más intensa sensación de amenaza y se acercó al cobertizo cruzando el césped encharcado para ver qué estaba ocurriendo.

La puerta no estaba cerrada con llave. La abrió con precaución y lo golpeó una vaharada de olor a moho, aceite, madera mojada y trapos sucios, como el que suele inundar los almacenes de herramientas. A excepción de algunos insectos que huyeron cuando Viktor entró en el cobertizo, no vio bicho viviente. Halberstaedt tampoco estaba.

Pero faltaba algo, algo que Viktor hubiese esperado encontrar en semejante lugar: herramientas. No había aperos de jardinería ni tampoco los habituales restos de materiales de construcción y botes de barniz llenaban los estantes de plástico ni el suelo, cuyo tamaño era aproximadamente el de un garaje para dos coches. No había carretilla, ni bicicletas viejas o piezas de botes a remo. Pero no fue eso lo que le dio escalofríos. Por primera vez desde que emprendiera el largo camino desde su casa junto a la playa hasta ese oculto cobertizo en el jardín del burgomaestre de la isla, percibió un frío físicamente abrumador. Le rodeaba las caderas y ascendía por su espalda hasta la nuca y el cráneo. Se estremeció de pies a cabeza.

«¿Por qué la muerte siempre es tan fría?».

Viktor sacudió los hombros, tanto para demostrarse que no estaba soñando como para librarse de las disparatadas ideas que lo invadieron cuando comprendió lo que albergaba aquel cobertizo.

«Espeluznante».

¡Cuántas ganas tenía de estar en casa, estuviera donde estuviese! Junto a su mujer, delante de la chimenea o en un cuarto de baño tibio con velas encendidas en el borde de la bañera, con la casa asegurada, las puertas gruesas y las ventanas cerradas, protegido del maltrato del mundo. Quería estar en cualquier parte menos allí, rodeado de cientos de horripilantes fotos y artículos periodísticos.

Halberstaedt, Anna o quienquiera que hubiera estado en ese lugar en los últimos meses, había forrado las paredes con un espantoso collage de imágenes, trozos de revistas y letras recortadas. Las fotos no resultaban repugnantes porque fueran de perversiones sádicas, trozos de cadáveres o cosas repulsivas como las que sólo aparecen en las páginas prohibidas para menores de Internet. El horror que invadió a Viktor se debía a que el rostro que aparecía en ellas siempre era el mismo. En todos los recortes de periódicos, en todas las fotografías que colgaban de cuerdas tendidas de pared a pared y pegadas en los estantes sólo aparecía un rostro: el de Josy.

Se sentía aprisionado en un bosque de papel, obligado a encontrarse con la mirada de su hija mirara hacia donde mirara. Alguien debía de haber dedicado prácticamente todo su tiempo libre a retratar su secuestro. Viktor había encontrado un templo destinado a adorar la locura. Alguien había convertido a Josy en objeto de un culto descabellado, imposible de comprender aplicando criterios racionales.

Una vez pasada la primera impresión, empezó a reconocer los detalles del terrible collage a la tenue luz de la bombilla colgada del techo.

Primero creyó que se equivocaba, pero después comprobó que las fotos estaban parcialmente manchadas de sangrientas huellas. Huellas digitales que parecían de una mano pequeña, demasiado pequeñas para ser de las manazas de Halberstaedt.

Si Viktor hubiera necesitado una prueba definitiva de que estaba contemplando la obra de un demente, la habría descubierto en el contenido de los titulares de periódicos cuidadosamente recortados, marcados con rotulador y pegados encima de diversas fotos.

Viktor se envolvió la mano derecha con la bufanda y apartó la bombilla para leer mejor los textos del collage. «Desaparecida la hija de un prestigioso psiquiatra». «Curador de pesadillas atrapado en una». «Conocido psiquiatra es abandonado por su mujer». «¿Han envenenado a la pequeña Josy?». «¡Larenz nunca debe volver a ejercer!».

«¿Qué loco inventa estos disparates? —se preguntó Viktor. Algunos titulares eran auténticos, pero en su mayoría daban información falsa que se volvía más absurda a cada línea—. ¿O debería preguntarme quién es la loca?».

¡Cuánto esfuerzo! Alguien tenía que haber inventado los textos, después había tenido que imitar el diseño de un periódico con un ordenador para imprimirlos y forrar con ellos las paredes. Y ¿de dónde provenían todas esas fotos de Josy? Reconocía algunas, quizá descargadas de Internet; otras le resultaban completamente desconocidas.

¿Acaso en aquel entonces ella se había dedicado a vigilar a la familia? ¿Había tomado fotos de su hija en secreto? Aunque aún no disponía de una prueba definitiva, Viktor estaba seguro de que aquello era obra de Anna.

«Y puede que cada titular delate su objetivo. La pauta que sigue y que yo trataba de encontrar», pensó Viktor, inclinando la bombilla hacia la izquierda.

De no haberlo hecho en ese preciso momento, a lo mejor hubiera tomado otro derrotero. No hubiera soltado un grito de horror sino que habría oído el ruido de fuera. No hubiera estado tan concentrado en reconocer y comprender lo que colgaba de la pared sino que hubiese oído el crujido de las ramas en el jardín. Y quizá se hubiera dado la vuelta y visto el peligro un poco antes. A lo mejor.

Pero soltó la bombilla y agarró el trozo de papel colgado de un clavo oxidado en la pared posterior del cobertizo. No le interesaba lo que ponía en el papel. Supo de inmediato lo que sostenía en la mano y dónde había visto algo similar con anterioridad. Y hacía poco, escasos minutos. Era el mismo papel reciclado gris y la misma letra. Viktor no tuvo duda alguna: aquella hoja provenía del montón desparramado encima del escritorio de Patrick Halberstaedt, a un tiro de piedra de distancia. El que había creado aquel collage del horror no sólo trabajaba allí, en el

cobertizo de herramientas, sino también a escasos metros de distancia, en la casa del burgomaestre de la isla.

Armado de esa convicción y de la pistola sin el seguro, Viktor regresó corriendo al jardín.

Sólo le llevó dos minutos encontrar el escondite, porque Halberstaedt también guardaba una segunda llave de casa debajo de un tiesto, en la terraza.

Una vez abierta la puerta, Viktor primero llamó al propietario por su nombre y después recorrió todas las habitaciones para asegurarse de que su presentimiento era acertado. No había nadie. Viktor rogó que no le hubiera ocurrido nada a Halberstaedt. Pese a la conversación irracional que había mantenido con él y pese al inquietante cobertizo, se negaba a creer que el burgomaestre fuera el cómplice de Anna. Hacía demasiado tiempo que lo conocía. Pero entonces ¿qué era? La alternativa le infundía el mismo temor, sobre todo porque tenía que pensar en Isabell. Anna se había convertido en una amenaza concreta y sólo cabía esperar que su locura se limitara a su propia persona.

Se acercó rápidamente al escritorio embarrando con los pies la moqueta de color claro y clavó la vista en el montón de papeles que había junto al ordenador. ¿Qué ponía en ellos? ¿En qué habrían estado trabajando Halberstaedt o Anna? Estaba convencido de poseer la clave de todas las respuestas.

Antes de tomar asiento y leer las primeras páginas, Viktor se quitó el impermeable y dejó la pistola junto al montón de papeles, encima del escritorio.

Le bastó un vistazo para comprender que se trataba de un manuscrito y, cuando leyó rápidamente el principio, experimentó un *déjàvu* como nunca había experimentado hasta entonces.

BUNTE: ¿Cómo se sintió inmediatamente después de la tragedia?

L: Estaba muerto. Seguía respirando, incluso comía y bebía de vez en cuando y hasta dormía un par de horas al día. Pero ya no existía. Morí el día que desapareció Josephine.

Tuvo que leer aquellas líneas un par de veces e incluso así no estuvo completamente seguro si lo que leía era real. No era una de las historias de Anna, aquello era su entrevista, su primera respuesta a las preguntas de la revista *Bunte*.

Se preguntó cómo se habría hecho Anna con sus anotaciones, pero entonces recordó que casi todo el disco duro de su ordenador había sido borrado. Debía de haber aprovechado un momento de distracción, tal vez el día anterior, mientras él dormía, para robarle todos sus archivos.

Pero ¿por qué se había tomado la molestia de copiarlo todo a mano? ¿Por qué no se había limitado a imprimir las respuestas? ¿A qué se debían las innumerables páginas escritas a mano con un bolígrafo? ¿Y qué era esa letra extraña, de aspecto más bien masculino, que no le pegaba en absoluto a esa mujer menuda y delicada? ¿Sería la letra de Halberstaedt? No: el burgomaestre jamás había pisado su casa, no

tenía acceso a los archivos.

Viktor hojeó apresuradamente las páginas y comprobó que Anna lo había copiado todo a mano. Cada pregunta, cada respuesta, palabra por palabra, frase por frase. Todo lo que él había tecleado.

Echó una ojeada al portátil: estaba conectado. Era un Vaio como el que usaba él. El mismo modelo. Viktor pulsó el botón del ratón para hacer desaparecer el protector de pantalla. Quería... No, necesitaba ver en qué había estado trabajando Anna la última vez.

Volvió a pulsar, abrió un documento de Word y enseguida comprendió qué era: las preguntas originales de la redacción de la revista *Bunte*, exactamente el mismo correo electrónico que le había enviado la redactora jefa.

Viktor volvió a echar un vistazo al montón de papeles. Lo sabía: en teoría era posible que Anna le hubiera robado los archivos, incluso que se hubiera apoderado de su propio historial en Berlín. Pero la noche anterior estaba en su casa de la playa y en un estado físico lamentable, así que había dispuesto de un tiempo muy escaso para copiar sus notas a mano.

«¿Es posible?».

Viktor recordó uno de sus primeros encuentros con Anna. Cuando había recorrido el camino hasta la casa de la playa a pie, bajo la lluvia, pero sin ensuciarse los elegantes zapatos.

Y el factor tiempo no dejaba de acuciarlo. ¿Cómo podía haber escrito tantas páginas en tan pocas horas? Sobre todo porque el montón le parecía muy grueso para lo que él había tecleado en el ordenador durante los últimos días.

Viktor sacó las dos últimas páginas de debajo del montón y contuvo el aliento. En efecto: eso no lo había escrito él. Por lo visto la locura de Anna era todavía más acentuada de lo que parecía. No sólo había copiado sus palabras, además había añadido unas de su propia cosecha.

Esto fue lo que Viktor leyó:

Me siento culpable de la muerte de mi hija. Y me siento culpable de que mi matrimonio se haya roto. Hay muchas cosas que haría de un modo diferente si pudiera volver a empezar desde el principio. ¿Cómo pude engañar a Isabell hasta ese punto?

Viktor clavó la mirada en las líneas. Estaba completamente desconcertado. ¿Se trataba de la prueba de una conspiración entre Anna e Isabell? Pero ¿por qué? ¿Con qué fin? En vez de que una luz iluminara la oscuridad y la tormenta amainara, todo se volvía progresivamente más incomprensible.

Sin oír los pasos que se acercaban por detrás, Viktor siguió hojeando y leyendo:

Debería haber escuchado a mi mujer. Ella es la que siempre ha tomado las decisiones acertadas. ¿Cómo pude pensar en aquel entonces que era mi enemiga? ¿Cómo pude apartarme de ella? Ahora que es demasiado tarde comprendo el error que fue echarle la culpa de todo lo que le ocurrió a Josy. Y el peligro al que, debido a ello, expuse a nuestra hija.

Viktor leyó las dos últimas frases una y otra vez. Podrían haber estado escritas en chino, porque su significado le resultaba indescifrable. Entonces se le ocurrió agarrar el montón de papeles y abandonar la casa de inmediato.

Pero para eso ya era demasiado tarde.

—¿Ahora lo entiende?

Al oír la voz conocida, la alarma hizo que Viktor dejara caer las hojas de papel y el terror le atenazó la garganta. Como no logró encontrar la pistola entre los papeles desparramados encima del escritorio se volvió, completamente desarmado. Anna aferraba un largo cuchillo de trinchar con tanta violencia que tenía los nudillos blancos. Pese a su presencia amenazadora estaba tan guapa como el primer día. Muy bien peinada, con un traje negro que realzaba su figura sensual y sin una sola arruga. Incluso los zapatos de charol brillaban.

«No venga a buscarme. ¡Yo lo encontraré a USTED!».

—Escúcheme —dijo Viktor, optando por la huida hacia delante y haciendo caso omiso de que lo amenazaba con un cuchillo—. ¡Puedo ayudarla, Anna!

«No es esquizofrénica. Sólo simula serlo».

—¿Dice que usted quiere ayudarme? ¿Usted, que ya lo ha echado todo a perder con su propia familia? ¿Con su hija, su mujer y su vida?

—¿Qué relación tiene usted con mi mujer?

—Es mi mejor amiga. Vivo con ella.

Viktor deseó ver la locura brillando en su mirada, pero su cara bonita sólo incrementaba el horror de sus extrañas palabras.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó Viktor, procurando ver un rastro de emoción en su rostro.

—Usted sabe cómo me llamo, Viktor. Me llamo Anna Spiegel.

—Vale, Anna, sé que no es verdad. He telefoneado a la clínica Park de Dahlem.

Anna le dedicó una sonrisa cínica.

—¿Así que llamó a la clínica? ¿Manifestaron curiosidad?

—Sí, y me dijeron que usted jamás ingresó allí como paciente. Pero que había una alumna llamada Anna Spiegel. Y que está muerta.

—Una casualidad muy extraña, ¿no le parece? ¿Cómo la asesinaron? —Anna sostenía el cuchillo inclinado y el reflejo de la lámpara en la hoja deslumbró momentáneamente a Viktor.

—No lo sé —mintió—. Pero le ruego que sea sensata.

Viktor reflexionó; no había preparado ninguna estrategia para enfrentarse a aquella situación. Tras un incidente que no había pasado a mayores en Berlín, había hecho instalar un timbre de alarma debajo de su escritorio. «Y ése es el motivo por el cual antes nunca solía recibir pacientes fuera de la consulta», pensó y, desesperado, intentó poner en práctica otra estrategia.

—Bien, Anna. Usted me dijo que todos los personajes que usted inventa en sus libros se vuelven reales.

—Sí. Veo que me escuchó con atención, doctor.

«Debo conseguir que siga hablando. Hasta que Halberstaedt regrese a casa. Hasta

que pase algo. Da igual qué».

Viktor decidió seguir simulando que creía que ella era esquizofrénica.

—Existe una explicación muy sencilla. Cuando hace un rato me ha dicho que «había vuelto a ocurrir», quería decir que una vez más alguien que usted misma inventó ha hecho acto de presencia. ¿Es así?

Anna asintió con la cabeza y Viktor lo tomó como un sí.

—Eso ha ocurrido porque usted copió mi entrevista.

—No. —Anna negó violentamente con la cabeza.

—Copió mis respuestas y, mediante ellas, me creó a mí. Pero eso es algo natural, dado que yo realmente existo, ¿comprende?

—No. No es así.

—Por favor, Anna. Esta vez se trata de algo muy sencillo: yo existo. No soy un producto de su imaginación, no soy un personaje ficticio de sus libros. Lo último en lo que usted trabajó trataba de mi persona. ¡Y quien lo escribió fui yo, no usted!

—¡Eso son tonterías! —gritó Anna, gesticulando con el cuchillo en la mano. Viktor retrocedió unos pasos hasta chocar contra el escritorio situado delante de la ventana—. ¿De verdad no comprende lo que está ocurriendo aquí? ¿Acaso no ve las señales? —exclamó Anna; la ira brillaba en su mirada.

—¿Qué quiere decir? ¿De qué señales está hablando?

—Usted, doctor psicoprofesional, se considera muy astuto, ¿no? Afirma que le he robado algo, que irrumpo en su casa y hablo por teléfono con su mujer. Y cree que tengo algo que ver con la desaparición de su hija. No ha comprendido nada, ¿verdad? Realmente no ha comprendido nada en absoluto.

Después de la última frase Anna había recuperado la calma. La dureza y la severidad se borraron de su rostro y volvía a ser la mujer joven y bonita vestida con un traje anticuado que Viktor había conocido pocos días antes.

—Bien —prosiguió ella, y le sonrió—. En ese caso no queda más remedio que dar un paso más.

—¿Qué se propone?

El pánico le atenazaba la garganta y Viktor apenas logró tomar aire.

«¿Un último paso?».

—Acérquese y eche un vistazo al exterior —dijo ella, señalando la ventana que daba a la calle con el cuchillo. Viktor obedeció y miró por la ventana.

—¿Qué ve?

—Un coche. Un Volvo.

Viktor titubeó. Los coches particulares no estaban permitidos en la isla, pero el que veía era idéntico al modelo que había dejado en el parking de Sylt.

—¡Venga, vamos! —Anna ya estaba en la puerta.

—¿Adónde?

—Iremos a dar un paseo. El conductor está esperando. —Viktor vio que, efectivamente, alguien estaba sentado al volante y ponía el coche en marcha.

—¿Y si no me moviera de aquí? —protestó Viktor sosteniéndole la mirada.

Sin mediar palabra, Anna metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó la pistola que hacía sólo unos minutos Viktor había buscado en el escritorio de Halberstaedt.

Resignado, se conformó con su destino y se acercó despacio a la puerta principal.

El interior del Volvo olía a cuero recién lustrado con cera de abeja. Durante unos segundos Viktor se sintió tan abrumado por el recuerdo de su propio coche que olvidó el peligro que corría. Aquel vehículo era idéntico al modelo con el que tres semanas antes había conducido hasta la costa. Le resultaba muy familiar y, aunque desde un punto de vista práctico resultaba completamente imposible, hubiese jurado que alguien había transportado su propio Volvo a Parkum en avión en medio de la tormenta.

—¿Qué significa toda esta comedia? —preguntó, dirigiéndose tanto a Anna, que se había sentado junto a él en el asiento trasero, como al desconocido conductor, al que sólo veía de manera borrosa, puesto que estaba sentado detrás de él.

—Lo dicho, daremos un paseo. —Anna batió las palmas y el Volvo se puso en marcha.

«Vayamos a donde vayamos —pensó Viktor—, no puede ser muy lejos. Sólo hay dos caminos en la isla. A más tardar dentro de seis minutos llegaremos al faro, y después tendremos que dar la vuelta».

—¿Adónde vamos?

—Lo sabe perfectamente, Viktor. Sólo ha de sumar dos más dos, y habrá alcanzado la solución.

El coche aceleró y, aunque la lluvia azotaba la luna delantera con inusitada violencia, el conductor no conectó el limpiaparabrisas.

—¡Tenga, lea esto! —Anna le tendió tres páginas escritas a mano con bolígrafo azul. Era evidente que también eran obra suya y Viktor sospechó lo peor.

—¿Qué es esto?

—El último capítulo sobre Charlotte. El final. Eso es lo que quería leer, ¿no?

Viktor vio que los bordes de las páginas estaban ligeramente chamuscados, como si Anna hubiera regresado al pasado y rescatado las páginas del fuego de la chimenea justo a tiempo.

—¡Lea! —exclamó Anna, y golpeó las páginas con la culata de la pistola. Viktor les echó el primer vistazo: «La huida».

—¿Por qué no se limita a contarme lo que...?

—¡Lea! —lo interrumpió ella colérica, y Viktor empezó a leer.

La noche que pasamos en el hotel Hyatt fue horripilante. Las hemorragias nasales de Charlotte eran constantes y tuvimos que pedir sábanas y toallas limpias al servicio de habitaciones. No tenía más medicamentos pero Charlotte me rogó que no la dejara sola para ir a comprar más. Por eso no pude correr hasta una farmacia de noche. Cuando por fin se durmió, no quise arriesgarme a despertarla llamando a la recepción para pedir que me trajeran

paracetamol y penicilina. Llamando a la puerta hubiesen vuelto a despertarla.

En un bache lleno de agua una sacudida agitó el Volvo y Viktor alzó la vista. Hasta aquel momento nada de lo leído le había proporcionado un indicio que explicara la absurda situación en la que se encontraba: encerrado con una demente armada que lo obligaba a leer pruebas manuscritas de sus alucinaciones.

«No es esquizofrénica. Sólo simula serlo».

Y para más inri, el conductor sordomudo parecía decidido a superar un récord de velocidad en medio de la tormenta del siglo y con una visibilidad inferior a cuatro metros. Iba tan rápido que por las ventanillas mojadas resultaba imposible ver dónde se encontraban.

—¡Siga leyendo! —Anna había notado su breve distracción de inmediato y subrayó la orden quitando el seguro de la pistola.

—¡Un momento! Vale, vale, lo leeré, Anna, lo leeré —exclamó Viktor y volvió a conformarse con su destino.

Y también a sumirse en el pánico.

A la mañana siguiente, después de un desayuno ligero, Charlotte y yo dejamos el hotel para ir a la estación de ferrocarril. Allí tomamos el tren que nos llevaría a Westerland. Tardamos una hora en encontrar a un viejo pescador y convencerlo de que nos llevara a Parkum. Hasta que llegamos a la isla no supe por qué Charlotte me llevaba allí. Sólo barruntaba que pretendía poner fin al asunto y que por lo visto eso debía, ocurrir allí, en la soledad de Parkum.

En cuanto volvimos a pisar tierra firme, ocurrió algo extraordinario. El aspecto de Charlotte mejoró visiblemente, como si el aire marítimo y el clima del mar del Norte le hicieran bien. Y, como para confirmar el cambio exterior, me pidió un favor:

—No me llames Charlotte. Aquí, en mi pequeña isla, mi nombre es otro.

—¿Josy? —Viktor alzó la mirada y vio que Anna sonreía.

—Claro. Ambos sabíamos desde el principio de qué va este asunto, ¿verdad?

—Pero eso es imposible. Usted no puede haber estado en Parkum con Josy. Alguien lo hubiese notado. Me lo hubieran dicho...

—Seguro. —Anna le lanzó una mirada de las que uno lanza a un deficiente mental cuando le dice: «Sí, sí, todo irá bien».

—Siga leyendo.

Viktor obedeció.

Nos instalamos en una casita junto a la playa, situada a unos diez minutos a pie del puerto deportivo. Josy me dijo que solía ir allí con sus padres cada vez que decidían tomarse unas vacaciones prolongadas y no sólo pasar un breve fin de semana en Sacrow.

Estábamos a punto de encender la chimenea y preparar té cuando Josy me agarró de la mano.

—Ahora te daré la última señal, Anna —me dijo, y nos acercamos a la ventana del salón que ofrecía una estupenda vista de la playa y del mar—. El mal nos ha estado persiguiendo todo el tiempo. No hemos logrado deshacernos de él, ni en Berlín ni en Hamburgo, y tampoco en Sylt. Está aquí, con nosotras, en la isla.

Al principio no supe a qué se refería, pero entonces vi una figura diminuta que corría por la playa, a unos quinientos metros de distancia. Cuanto más se aproximaba, tanto más convencida estaba de que mis sospechas eran fundadas.

En efecto: el mal había vivido en la casa de Schwanenwerder y nos había perseguido hasta allí. Agarré a Josy y corrí hasta la puerta de entrada. Todavía no tenía un plan, pero sabía que si no lograba ocultar a la pequeña ocurriría algo terrible. Así que corrí con ella hasta el pequeño cobertizo del generador, situado a escasos metros de la terraza.

Entramos y de inmediato nos envolvió un frío maloliente, como el tufo a tabaco que impregna las viejas cabinas telefónicas. Cerré la puerta justo a tiempo.

Porque en ese momento, Isabell estaba a menos de cien metros de distancia.

—¿Mi mujer? —Viktor no osó mirarla a los ojos.

—Sí.

—¿Qué hizo?

—Siga leyendo, entonces también comprenderá el contexto.

El motor del Volvo rugía con la misma violencia que el latido de la sangre en los oídos de Viktor. No sabía si la adrenalina que le circulaba por las venas era una respuesta a la predisposición a la violencia de su raptora o a la peligrosa velocidad a la que el coche recorría el camino sin asfaltar. Tal vez se debiera a ambas cosas. Cuando se dio cuenta de que era capaz de pensar con claridad en aquella situación, por no hablar de leer, Viktor se asombró.

«Menos mal que no me mareo leyendo en un coche en movimiento» pensó, pero inmediatamente reprimió ese pensamiento banal y siguió leyendo.

Por desgracia, la puerta del cobertizo sólo se podía cerrar con llave desde el exterior. Yo ignoraba qué se proponía Isabell, cuál era su poder y qué quería hacerle a Josy, pero sospeché que si nos buscaba en el cobertizo estaríamos perdidas. El cobertizo no tenía ventanas y era muy pequeño. Me pregunté si podríamos escondernos detrás del traqueteante generador que por suerte ahogaba cualquier ruido que hiciéramos. Pero el espacio entre el motor y la pared de latón era demasiado pequeño para que cupiéramos ambas.

—¿Qué te ha hecho? —le pregunté a Josy, mientras seguía buscando la manera de salir de la trampa.

—Descifra las señales —contestó, pero su voz ya no tenía el tono sabiondo de antes.

—No hay tiempo para eso —le grité—. ¡Si quieres que te ayude, Josy, dime qué nos espera! ¿Qué te hizo tu madre?

—Me envenenó —respondió en voz baja.

Me giré violentamente porque creí oír un ruido delante del cobertizo.

—Pero ¿por qué? —pregunté, de cara a la puerta.

—Porque he sido mala. Me porté mal en Sacrow.

—¿Qué hiciste?

—Sangré. Y mami no quiere que sangre. Quiere que siga siendo una niña pequeña, que no crezca y no la fastidie.

Presa del espanto, Viktor dejó caer las páginas en el suelo del Volvo.

—¿Ahora lo comprende? —preguntó Anna.

—Sí, creo que sí —musitó Viktor.

De repente todo cobraba sentido. La sangre del cuarto de baño. El veneno. Isabell. ¿Sería posible que su mujer no quisiera que su propia hija se hiciera adulta? ¿Tan enferma estaba? ¿Había envenenado a Josy para que nunca dejara de ser una niñita indefensa a la que ella podía cuidar?

—¿Cómo sabe todo esto? —preguntó Viktor—. ¿Qué tiene que ver con este asunto?

—No se lo puedo decir —contestó Anna—. Para comprenderlo, debe leerlo.

Viktor recogió las páginas tiradas a sus pies. Quería averiguar por fin cómo acababa la pesadilla que, para él, había empezado hacía cuatro años.

Entreabrí la puerta y retrocedí aterrada. Isabell estaba en la terraza de madera, armada con un cuchillo de trinchar que había encontrado en la cocina. Miró en torno y empezó a bajar los peldaños.

—¿Cómo te envenenó, Josy? ¿Con qué? —le pregunté mientras volvía a cerrar la puerta.

—Soy alérgica —susurró la pequeña—. No puedo tomar paracetamol ni penicilina. La única que lo sabe es ella.

No tenía tiempo de analizar el significado de sus palabras. Primero debía encontrar una salida para ambas. Pero ¿qué podía hacer? No osé encender la luz y encendí un mechero, aunque sabía que era mejor no hacerlo cerca de un motor en marcha.

Miré a mi alrededor con desesperación, sin soltar la mano de Josy para que no escapara y saliera corriendo del cobertizo.

—No merece la pena, Anna —susurró—. Nos encontrará. Y nos matará. He sido mala.

No le hice caso y seguí examinando las paredes y el techo, convencida de que en cualquier momento la puerta se abriría e Isabell estaría en el umbral con el cuchillo en la mano.

Entonces oí que la llamaba.

—¡Josy, Josy, cariño! ¿Dónde estás? Ven aquí, sólo quiero ayudarte.

Su voz artificialmente suave sonaba muy próxima y Josy se echó a llorar. Por suerte el ruido del generador apagaba el llanto. Yo miraba hacia todas partes, iluminando con la llamita vacilante del mechero, y al volver a contemplar el oxidado motor por fin encontré la solución. Recorrí con la mano el tubo que surgía en ángulo recto del motor y desaparecía en el suelo. ¡El depósito!

Como ya había imaginado, tanto el generador como el depósito no eran muy modernos. El depósito estaba enterrado en el suelo del cobertizo, a la derecha del generador. Más que un depósito, se trataba de un tanque de plástico de casi un metro de diámetro cuya tapa asomaba diez centímetros por encima del suelo. Rompí el precinto y aparté la delgada placa de hormigón que cubría el tanque. Al principio creí que no lo lograría porque la tapa era bastante pesada, pero después apoyé los pies en la pared trasera del cobertizo y empujé con todas mis fuerzas. La tapa se desplazó unos cuarenta centímetros y el hueco era lo bastante grande para que Josy y yo pudiéramos meternos en el tanque.

—No quiero meterme ahí. —Josy estaba junto a mí y ambas contemplábamos el oscuro agujero del que surgía un nauseabundo olor a viejo aceite de calefacción.

—Tenemos que hacerlo —le dije—. Es nuestra única posibilidad.

Como para demostrar que tenía razón, los gritos de Isabell aumentaron.

—¿Josy? Ven con mami. Sé buena niña.

Aún estaba a varios pasos de distancia.

—Vamos —le dije—. No estarás sola. Yo estaré contigo.

Josy estaba paralizada de miedo y eso me facilitó las cosas. La alcé en brazos y le deslicé dentro del tanque. Medía alrededor de un metro y medio de profundidad y sólo estaba lleno de aceite hasta la mitad, así que Josy no corría peligro de ahogarse. En cuanto la dejé dentro del tanque, corrí a la puerta del cobertizo y la atranqué colocando una vieja silla de jardín debajo del picaporte. Después agarré una palanqueta de la pared y rompí la bombilla del techo. Entonces, prácticamente a oscuras, corté la tubería del generador, metí la palanqueta debajo de la tapa de hormigón y la empujé hacia arriba. Echando mano de mis últimas fuerzas y haciendo caso omiso del crujido de mis rótulas y mis vértebras, logré volcar la tapa hasta que se cayó del tanque y quedó tirada entre el generador y el tanque.

Superé la repugnancia y también me sumergí en el pringoso líquido. Justo a tiempo, porque cuando mis pies rozaron el fondo resbaladizo, Isabell ya trataba de abrir la puerta.

—¿Josy? ¿Estás ahí dentro? —Isabell todavía no había logrado apartar la silla, pero cedería en cualquier momento.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué has quitado la tapa? —sollozó Josy, agarrando mi mano con la suya embadurnada de aceite.

—Porque así no llamará la atención. Nunca hubiese logrado desplazar la tapa desde el interior, así que esperemos que no nos vea.

Tenía presente que el plan era absurdo y que fracasaría con toda seguridad.

La puerta de chapa ondulada se abrió con estrépito y percibí una corriente de aire frío.

—¿Josy?

Sabía que Isabell estaba dentro del cobertizo, pero no oí pasos, porque el ruido del generador había aumentado y ahogaba todo lo demás.

Como no vi ninguna luz a excepción de los rayos cada vez más débiles del sol, comprobé aliviada que Isabell no disponía de una linterna y rogué en silencio que no viera el depósito abierto. Pero incluso si lo veía, sin linterna y estando la bombilla rota, no nos vería allí abajo. Y supuse que no trataría de iluminar un depósito de combustible con una cerilla.

Le dije a Josy que se arrodillara y obedeció. Sólo su cabeza asomaba por encima del aceite.

Tosió, pero no debido a su enfermedad sino al insoportable olor. Quise acariciarle el cabello, pero sólo le embadurné la cabeza.

—Tranquila. Todo irá bien —susurré, pero mis palabras no surtieron efecto y Josy empezó a temblar aún más y no dejaba de llorar. Le tapé la boca, evitando taponarle la nariz para que pudiera respirar. Josy me mordió la mano, pero pese al intenso dolor que me recorrió todo el brazo no la solté. No lo haría mientras Isabell permaneciera en el cobertizo.

No recuerdo cuánto tiempo permanecí en esa posición, tratando de respirar y aferrando a una niña histérica, de rodillas y muerta de miedo en un oscuro y maloliente depósito de aceite. ¿Un minuto? ¿Cinco? Perdí la noción del tiempo y, sin embargo, de golpe supe que Isabell se había marchado. Lo noté porque la luz del atardecer se había desvanecido: debía de haber cerrado la puerta.

Aliviada, dejé de aferrar a Josy, que seguía sollozando.

—Tengo miedo, papá —me dijo, y me alegré de que me llamara «papá». Al menos me consideraba una persona de confianza.

—Yo también —dije, y la abracé—. Pero todo irá bien.

Y todo podría haber ido bien. Lo sabía. Isabell ya no estaba.

Quizás había regresado a la casa para buscar una linterna. Eso nos hubiera dado tiempo para salir del depósito, correr al pueblo y pedir ayuda...

Tiempo suficiente para dar los pasos siguientes.

Pero entonces ocurrió. Josy no lograba estarse quieta. Se echó a llorar, era demasiado para la pequeña. Tenía claustrofobia en esa bañera pringosa llena de aceite, oscura como una tumba. Luego empezó a gritar a voz en cuello. No pude evitarlo. Estaba atrapada en el tanque junto a ella y no podía tranquilizarla. Pero lamentablemente eso no fue lo peor. El peor error había sido cortar el conducto del aceite. Lo comprendí cuando el generador empezó a fallar y de pronto se detuvo. Eso fue lo peor, porque de repente todos los ruidos que hacíamos se oían desde el exterior.

Los ojos de Viktor se llenaron de lágrimas: su hijita, enterrada viva en una tumba maloliente. Miró a Anna, percibió el aroma del Volvo y la vibración del motor y se sintió prisionero de su propia pesadilla.

—¿Qué le pasó a Josy? ¿Dónde está?

—¡Siga leyendo!

La puerta se abrió de golpe y esta vez oí los pasos por encima de mi cabeza. No me quedaba otra opción. En cualquier momento el rostro de Isabell se asomaría al borde del depósito de aceite y ya no estaba segura de sí, en caso de descubrirnos dentro, la idea de encender un mechero fuera para ella tan disparatada. Antes de que Josy delatara nuestra presencia disponía de una única posibilidad: la agarré y me sumergí.

El aceite nos envolvió como un manto mortífero, nos empapó la ropa y obturó cada orificio. Me obstruyó las fosas nasales y las orejas, y me quedé sorda. Ahora sabía cómo se siente un águila marina moribunda que intenta desesperadamente desprenderse de la negra viscosidad del petróleo derramado por un barco, antes de hundirse para siempre en el mar contaminado.

Reprimí el instinto de supervivencia y empujé la cabeza de Josy hacia abajo sin asomar la mía a la superficie, aunque yo misma sentía que los pulmones me estallaban. No sabía qué ocurría por encima de mi cabeza, estaba ciega y sorda y sólo noté que me fallaban las fuerzas. Cuando no pude soportarlo más, empujé a Josy hacia la superficie y después asomé la cabeza. Tenía que hacerlo, aunque fuera demasiado pronto e Isabell nos viera, porque no aguantaba ni un segundo más.

Pero no fue demasiado pronto.

Fue demasiado tarde.

Al salir a la superficie sostenía el cuerpo sin vida de Josy en los brazos. Le quité el aceite de los labios y se los separé. La sacudí, quise insuflarle el aliento, pero no tenía sentido. Lo sabía, lo percibía.

Incluso hoy ignoro qué acabó con su vida, si el miedo o el aceite, pero sé que quien la mató fui yo, no Isabell.

—¡Eso es MENTIRA! —quiso gritar Viktor, pero su voz sólo era un graznido.

—No, no lo es —contestó Anna en tono frío, y echó un vistazo por la ventanilla del Volvo.

Viktor se secó las lágrimas con el dorso de la mano y alzó la cabeza.

—Dime que no es verdad.

—No puedo, por desgracia.

—Pero si todo esto es una mierda. Estás completamente loca.

—Sí, Viktor, lo estoy. Lo siento.

—¿Por qué me torturas? ¿Por qué has imaginado todo esto? Josy no está muerta.

—Sí que lo está.

«No es esquizofrénica, doctor Larenz. Ha hecho todo lo que dice haber hecho».

El motor rugió y, a cierta distancia, Viktor vio una borrosa hilera de luces por el parabrisas mojado.

—No tengas miedo, enseguida habrá acabado. —Anna lo agarró de la mano.

—¿Quién eres? —le gritó él—. ¿Cómo sabes todo esto?

—Soy Anna. Anna Spiegel.

—No, maldita sea. ¿Quién eres en realidad? ¿Qué quieres de mí?

Las luces se acercaban y, a pesar de que los limpiaparabrisas no funcionaban, veía dónde se encontraban con toda claridad.

El Volvo recorría un muelle por encima del mar y aceleraba en dirección a las olas.

—¡Dime de una vez quién eres! —rugió Viktor furioso, y, pese al terror, se sentía, como en la escuela de pequeño, después de una pelea, con el rostro cubierto de mocos y bañado en lágrimas, espantosamente deprimido.

—Soy Anna Spiegel. Asesiné a Josy.

Las luces sólo estaban a unos doscientos metros de distancia. El coche debía de haber recorrido al menos un kilómetro por encima del mar y al final del camino los recibió la infinita extensión del frío mar del Norte.

—¿QUIÉN ERES? —aulló Viktor, pero el rugido del motor, del viento y de las olas apagaron su voz.

—Anna. Soy Anna Spiegel. ¿Por qué malgastas los últimos segundos de vida en tonterías? El cuento aún no ha acabado. Te falta una página. —Viktor negó con la cabeza y se secó la sangre que le goteaba de la nariz—. Bueno. Entonces te haré un último favor y te la leeré. —Anna le quitó la página de la mano.

Y mientras el coche avanzaba implacablemente hacia el mar encrespado, empezó a leer.

Josy estaba muerta. No cabía duda. Apreté el cuerpecito sin vida contra mi pecho y quise soltar un alarido, pero el aceite pegaba mis labios e impidió que la pena pudiera abrirse paso hacia el exterior. Ya me daba igual que alguien me oyera, que Isabell me oyera. Al fin y al cabo, había logrado su objetivo: Josy, su propia hija, la niña que me había acompañado todos esos días, estaba muerta.

Me puse de pie y salí del tanque. Abrí la puerta, me quité el aceite de la boca con el dorso de la mano y la llamé:

—Isabell. —Primero en voz baja. Después a gritos—. ¡ISABELL! —Me alejé unos metros del cobertizo del generador y me acerqué a la terraza—. ¡ISABELL! ¡ASESINA!

Y de repente oí un crujido a mis espaldas. Muy suave. Me giré y la vi salir del cobertizo. Y entonces lo supe: nunca lo había abandonado. Se había quedado en el cobertizo hasta estar segura de que había asfixiado a su hija.

Se me acercó despacio. Sólo veía una imagen borrosa de ella porque aún tenía los ojos pringados de aceite. Pero cuando estaba a sólo unos pasos de distancia, pude verla con claridad, y también pensar.

Me tendió la mano, también sucia de aceite, y entonces por fin comprendí mi error. Había estado equivocado. Todo el tiempo. Todo era un único e inmenso error y era culpa mía. Porque la que estaba ante mí no era Isabell. Era...

Antes de que pronunciara las palabras definitivas, Viktor miró a Anna a los ojos. Y entonces ocurrió.

En el instante en que el coche despegó y voló hacia las olas, las brumas se disiparon y empezó a comprenderlo todo.

El sistema de calefacción. La bombilla del techo. La pequeña habitación. De repente lo tuvo todo claro.

... La blanca cama metálica, el empapelado gris, el gota a gota. Ahora lo comprendía todo. Todo tenía sentido.

¡Anna Spiegel! Era como si su cuerpo y su espíritu se iluminaran.

«Ante mí estaba...».

El significado era meridianamente claro: Anna, un nombre capicúa, que se lee igual de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y también en un espejo.

—¡Yo soy tú! —le dijo y vio cómo el coche se desvanecía lentamente y se convertía en la habitación de la clínica.

—Sí.

Su propia voz alarmó a Viktor, como se asusta un animal que se mira en un espejo. Después volvió a repetir lo dicho, como si quisiera asegurarse de que no se equivocaba.

—Ante mí estaba... Ante mí estaba... ¡yo mismo!
Y luego todo fue silencio.

Era lunes 26 de noviembre y la clara luz del sol invernal penetraba entre los barrotes de la ventana en la pequeña habitación individual de la clínica psiquiátrica Wedding de Berlín, donde el doctor Viktor Larenz, antiguo psiquiatra de renombre, especialista en casos de esquizofrenia, estaba internado debido a sus alucinaciones y donde, al cabo de cuatro años, gozaba del primer momento de lucidez desde que hacía apenas dos semanas habían dejado de administrarle medicación.

Era una bonita tarde de invierno de Berlín. El viento había amainado, las nubes se dispersaban y la tormenta de los últimos días había pasado definitivamente.

Nueve días después. Hoy

En el auditorio de la clínica psiquiátrica Wedding el público era escaso. No había ni un alma aparte de los dos hombres sentados en primera fila y la pequeña figura de cabello gris que estaba de pie tras el atril. Habían apagado las luces de la sala, en la que cabían más de quinientos alumnos, y cerrado con llave.

Ambos miembros del público formaban parte de la elite de la abogacía del país, y lo que pensaba decirles el profesor Malzius, el director de la clínica, era un secreto absoluto.

—Durante muchos años, el doctor Larenz ejerció en su consulta privada de la Friedrichstrasse, en el centro de Berlín, y gozó de un gran éxito profesional. Supongo que no es necesario que les proporcione más información acerca de su persona, puesto que es un profesional muy conocido gracias a sus numerosas publicaciones y su participación en diversos programas televisivos, aunque sean de hace varios años.

Ambos abogados carraspearon y el profesor Malzius pasó de una diapositiva en la que se veía al doctor Larenz como un hombre joven y de buen porte delante de la librería de su consulta a otra, en la que su aspecto era bastante más deplorable. Esta vez Larenz estaba desnudo, tendido en posición fetal en una sencilla camilla de hospital.

—Fue internado aquí cuando, justo después de la desaparición de su hija, sufrió una crisis. Al principio pensamos que permanecería en la clínica por un corto período, pero su estado empeoró progresivamente y hasta ahora no hemos podido darle el alta ni trasladarlo.

En la diapositiva siguiente se veía un titular de periódico:

EL PAÍS BUSCA A JOSY.
HIJA DE UN CÉLEBRE PSIQUIATRA DESAPARECIDA DURANTE
AÑOS.

—La hija de doce años del doctor Larenz desapareció en noviembre, hace cuatro años. Antes de su desaparición, sufrió una enfermedad de once meses de duración que al principio resultó inexplicable. La causa de su enfermedad, el motivo de su desaparición y la identidad de su secuestrador... nunca fueron descubiertos. — Malzius hizo una pausa para dar más énfasis a sus siguientes palabras—. Hasta hoy.

—Perdón. —Uno de los dos abogados, un hombre menudo de cabello rubio y rizado, se puso de pie y tomó la palabra—. ¿Podría darse un poco de prisa con sus explicaciones? Como puede usted imaginar, estamos perfectamente familiarizados con estos pormenores.

—Le agradezco la sugerencia, señor Lahnen. Soy consciente de que usted y su

colega, el señor Freymann, disponen de poco tiempo.

—Bien. En ese caso, también tendrá presente que dentro de media hora el paciente debe ser trasladado a la clínica de la prisión de Moabit, donde mañana se le someterá al primer interrogatorio judicial, y nos gustaría hablar con él hoy. Ahora que ya puede ser trasladado, tendrá que enfrentarse a una acusación de homicidio, incluso quizás a una de asesinato.

—Sí. Y por eso es importante que me escuche con atención, si es que pretende ofrecer al doctor Larenz la mejor defensa posible —le advirtió el profesor Malzius, al que le fastidiaba que unos profanos en la materia le impusieran normas en su propio auditorio.

Lahnen torció el gesto, pero volvió a sentarse y Malzius prosiguió con sus explicaciones.

—Durante los últimos cuatro años ha sido imposible hablar con el paciente. Han sido cuatro años en los que ha vivido en su propio mundo de fantasía, hasta que hace tres semanas optamos por un tratamiento radical, incluso valiente. Les ahorraré los detalles clínicos y les contaré lo que hemos descubierto sin más rodeos.

Freyermann y Lahnen asintieron agradecidos.

—En primer lugar, deberían saber que Viktor Larenz sufre dos enfermedades al mismo tiempo: el síndrome de Münchhausen y esquizofrenia, dolencia que todo el mundo conoce. Primero les aclararé en qué consiste el síndrome de Münchhausen. La enfermedad debe su nombre al famoso barón mentiroso. Se denomina así porque los pacientes mienten a sus familiares y a sus médicos acerca de los síntomas de su enfermedad con el fin de llamar la atención y recibir afecto. Existen casos muy bien documentados de personas que fingen sufrir dolor de apéndice de un modo tan convincente que consiguen que su médico los opere. Después se frota la herida con heces y basura para que no cicatrice.

—Pues tienen que estar muy enfermos —murmuró Lahnen, asqueado. A juzgar por su expresión, su colega compartía esa opinión.

—Sí, así es, precisamente —confirmó Malzius—. Y resulta muy difícil diagnosticar esa enfermedad. Y es más frecuente de lo que se cree. En algunas unidades de cuidados intensivos de Inglaterra ya han optado por la videovigilancia. Pero incluso eso hubiese resultado ineficaz en el caso del síndrome de Münchhausen de Viktor Larenz, porque Larenz no se causó daño a sí mismo sino a un sustituto: su hija Josephine, a quien llamaban Josy. —El profesor aguardó a que sus palabras surtieran efecto antes de proseguir—. El padre era el único miembro de la familia que sabía que su hija sufría dos alergias medicamentosas agudas, que aprovechó para llevar a cabo su terrible plan: Josephine no toleraba el paracetamol ni la penicilina y Larenz le administró ambas sustancias en dosis progresivamente más altas. Según como se mire, este envenenamiento habría sido un delito perfecto. Como Larenz había ocultado a todo el mundo la alergia de su hija, nadie sospechaba cuando le administraba paracetamol para el dolor de cabeza y penicilina para las inexplicables

infecciones que sufría. Su entorno estaba convencido de que se preocupaba por su hija y le administraba los medicamentos indicados, pero en realidad empeoró el estado de Josephine hasta casi provocarle un choque anafiláctico mortal. —El director de la clínica interrumpió su discurso para beber un trago de agua. Después continuó—: El via crucis por todas las consultas médicas que Josy tuvo que soportar también es típico del síndrome de Münchhausen por proximidad, es decir, del síndrome de sustitución de Münchhausen. Los terribles acontecimientos se desencadenaron debido a un acontecimiento crucial ocurrido durante las vacaciones que Larenz pasó con Isabell, su mujer, y Josephine en su casa de fin de semana, en el bosque de Sacrow. En aquella época Josephine tenía once años y hasta entonces la relación entre padre e hija había sido muy estrecha. Pero eso cambió. De pronto Josephine quería estar sola en el baño, buscaba la compañía de su madre y evitaba a su padre. ¿El motivo?: había tenido el primer período. Este evento absolutamente normal en la vida de la hija desencadenó una espiral de locura en el padre. Comprendió que Josephine se hacía adulta y que, antes o después, se alejaría de él por completo. Nadie había notado que los sentimientos de Larenz con respecto a su hija eran enfermizos, ni tampoco notó nadie lo que el padre haría para mantener a Josephine junto a él: envenenarla. La convirtió en un ser indefenso y dependiente. Ésa es la faceta Münchhausen de su enfermedad. Hasta hoy, los médicos sólo han descubierto un caso semejante y entre las madres. Es la primera vez que un padre le hace una cosa así a su hija.

—Profesor Malzius —lo interrumpió Freymann—. Todo esto es muy interesante, pero lo que hemos de averiguar es si el hombre actuó según un plan o de un modo impulsivo. Si envenenó a su hija durante meses, debemos considerar que se trató de un plan muy estructurado y premeditado.

—No necesariamente. No debe olvidar que Larenz es un mentiroso patológico, alguien que sufre el síndrome de Münchhausen, pero no sólo eso: él vive sus mentiras, se las cree, y aquí interviene su segunda enfermedad, la esquizofrenia. —Malzius miró en torno—. Y eso lo convierte en alguien completamente impredecible.

Como las puertas del auditorio estaban cerradas con llave, el doctor Roth tuvo que salir al patio para echar un vistazo al interior por las ventanas. Cuando Larenz le hubo relatado el fin de la historia, corrió escaleras abajo en busca del profesor Malzius y los dos abogados. Albergaba la secreta esperanza de que el profesor tendiera a dar explicaciones muy exhaustivas también aquel día, como siempre que hablaba en público. Y su sospecha pareció confirmarse. Roth calculó que aún disponía de un cuarto de hora cuando vio que Malzius empezaba a proyectar la primera diapositiva. No obstante, se apresuró a volver a la unidad de seguridad, sobre todo porque pensaba desviarse y pasar por la farmacia de la clínica. Apenas tres minutos después llegó a la puerta de la habitación 1245. Se alisó el cabello y echó un rápido vistazo por la mirilla de la puerta metálica gris. Todo estaba igual. Larenz seguía atado a la cama con la vista clavada en el techo. Sin embargo, Roth titubeó. Pero después agarró la pesada llave de hierro y la introdujo en la cerradura. Al girarla a la derecha, la puerta se abrió.

—Así que ha vuelto.

Cuando el médico entró en la habitación, Larenz levantó la cabeza y miró hacia la puerta. Roth mantenía la mano izquierda oculta en el bolsillo de la bata para que Larenz no viera lo que llevaba en ella.

—Sí, he vuelto.

—Así que ha cambiado de idea, ¿no?

El doctor Roth se acercó a la ventana con barrotes y contempló el patio oscuro y nevado en silencio. Esa mañana habían caído los primeros copos y ocultaban la fea entrada de coches de la clínica.

—¿Trae lo que le he pedido?

—Sí, pero...

—¡No hay pero que valga! No si usted me ha escuchado con atención.

Larenz tenía razón y Roth lo sabía, pero dudaba. El plan era demasiado peligroso y no quería ponérselo tan fácil...

—Acérquese. No nos queda tiempo, mi joven amigo. Ésos deberían haber llegado hace media hora.

—Bien. Me superaré a mí mismo y le haré este único favor. Pero no espere nada más de mí, doctor Larenz.

Roth soltó el frasquito de píldoras que guardaba en el bolsillo, sacó la mano izquierda y desató a Larenz que, aliviado, se frotó los tobillos y las articulaciones de los brazos y las piernas.

—Gracias. Me ha hecho un gran favor.

—No hay de qué. Como mucho, disponemos de diez minutos. Después debo volver a atarlo. ¿Quiere ir al baño a refrescarse?

—No. Usted sabe lo que quiero.

—¿La libertad?

—Sí.

—Eso es imposible. No puedo dársela y usted lo sabe.

—¿Por qué? No lo comprendo. Ahora usted sabe toda la historia.

—¿La sé?

—Claro. Se lo he contado todo.

—No lo creo. —El doctor Roth sacudió la cabeza y suspiró—. Más bien creo que usted me oculta un dato decisivo.

Y sabe muy bien de lo que hablo.

—¿Lo sé? —preguntó Larenz con una sonrisa pícaro.

—¿De qué se ríe?

—De nada —dijo Larenz; sonreía de oreja a oreja—. En realidad, de nada. Sólo me preguntaba cuánto tardaría en darse cuenta.

El profesor Malzius soltó una tosecita y volvió a beber un sorbo de agua. Después empezó a hablar en tono monótono, un dudoso placer del que sólo disfrutaban ciertos médicos, pacientes y alumnos.

—Gracias a la esquizofrenia, Larenz logró refugiarse temporalmente en sus mundos de fantasía. Al principio sólo de vez en cuando, más adelante de manera ininterrumpida. Sus brotes esquizofrénicos le permitían reprimir todo lo que le había hecho a Josy. Eran un mecanismo de autoprotección, por así decirlo. Reprimió haber envenenado a su hija administrándole medicamentos a los que era alérgica. No sólo los demás lo consideraban un padre protector, que incluso había abandonado el ejercicio de su profesión para ocuparse mejor de su hija y que intentaba descubrir el origen de su enfermedad con ahínco, sino que él mismo estaba convencido de serlo. La acompañó a la consulta de todo tipo de médicos y dejó para el final la visita a un alergólogo. Pero cuanto más avanzaba su enfermedad, tanto más empeoraban sus alucinaciones esquizofrénicas. La relación con su mujer se deterioró y de repente se autoconvenció de que ella podía tener alguna relación con los síntomas de Josephine. Debido a su demencia, incluso llegó a sospechar de Isabell, aunque el autor del delito era él.

—Si lo que dice es cierto, entonces el doctor Larenz estaba en un estado de alienación mental y no era responsable de sus actos.

Esta vez era Freymann quien había hecho el comentario. El robusto gigante de dos metros llevaba una chaqueta azul con dos hileras de llamativos botones. Su vientre escapaba por encima del pantalón de franela gris, de cuyo cinturón colgaba la cadena de oro de un reloj de bolsillo.

Malzius le contestó en el tono aleccionador que se emplea con un niño maleducado e impertinente.

—Sólo puedo describir los hechos, señores. Y éste es el estado de la cuestión, según nuestras conclusiones actuales. Las conclusiones jurídicas habrán de tomarlas ustedes, pero en efecto, yo también comparto su opinión: Viktor Larenz no estaba en plena posesión de sus facultades mentales. Y en todo caso no actuaba con premeditación. Nunca tuvo la intención de matar a su hija. Lo único que pretendía era que siguiera dependiendo de él. Y por eso, en última instancia, no fue el veneno lo que le causó la muerte a Josephine. Su padre la asfixió. —El profesor Malzius accionó el mando a distancia y una nueva diapositiva se proyectó sobre la pared. Esta vez era una foto de la mansión familiar de Schanenwerder, junto a lago Wannsee—. Ésta es la casa, o mejor dicho ésta era la casa de la familia.

Freyman y Lahnen volvieron a asentir con impaciencia.

—Durante su peor brote de esquizofrenia, el doctor Larenz sufrió una alucinación espantosa. Creyó estar en Parkum, una pequeña isla del mar del Norte. En realidad se encontraba en el jardín de la mansión familiar y jugaba con Josy. De repente sufrió el

ataque, oyó voces y vio a su mujer Isabell, que en realidad aún estaba trabajando en la ciudad. Lo dicho: entretanto se había convencido a sí mismo de que Isabell suponía una amenaza para Josephine. Creyó que le quería hacer daño y arrastró a la niña hasta la caseta donde guardaban los botes, junto al lago. —Proyectó otra diapositiva de una bonita caseta a orillas del Wannsee—. Le dijo a Josephine que no hiciera ruido para que Isabell no los oyera. Como se negó a obedecerle, la sumergió en el agua, entre los botes, y le tapó la boca hasta que se asfixió.

Los dos abogados sentados en la primera fila empezaron a cuchichear y Malzius oyó algunos fragmentos: «párrafo 20, 63» y «reclusión provisional».

—Quisiera llamar brevemente su atención sobre un punto importante. —Malzius interrumpió el cuchicheo—. Es verdad que no soy abogado, pero ustedes me dijeron que el tribunal tendrá que investigar si se trató de un asesinato o de un accidente.

—Sí, entre otras cosas.

—Bien, como ya he dicho: el hecho es que Larenz jamás quiso matar a su hija. La quería demasiado. Cuando tomó conciencia de lo que había hecho en la caseta de los botes, se sumió en otra alucinación esquizofrénica. Quiso anular todo lo ocurrido. La enfermedad de Josephine. Sus dolores.

Y sobre todo, su muerte. Así que su cerebro hizo que volviera a cobrar vida. Visitó con Josephine, como él creía, a un alergólogo de la Uhlandstrasse, para que la examinara. En aquel momento, la consulta estaba llena de pacientes. A nadie le llamó la atención que el padre hubiera acudido sin su hija. La recepcionista tampoco se sorprendió al comprobar que no tenía cita porque la nueva ayudante del médico, que hacía poco que trabajaba en la consulta, solía cometer errores. Ni el doctor Grohlke, el médico, ni después la policía tenían motivo alguno para dudar de que la niña hubiera sido secuestrada de la sala de espera mientras el padre iba al servicio. Viktor Larenz sufrió un colapso en la consulta del doctor Grohlke y fue internado en esta clínica. Hasta hace un mes, lo hemos tratado sin éxito. Achacábamos su estado a la terrible pérdida de su hija, pero no nos explicábamos por qué no mejoraba pese al tratamiento con los psicofármacos tradicionales. Porque lo que ocurría era lo contrario: su estado se agravaba día a día, mes a mes. Y como ignorábamos que él era el responsable de la desaparición de su hija, reconoczo que encaramos el caso de un modo completamente equivocado. Empezamos por tratar sus profundas depresiones, pero su estado no dejaba de empeorar. Finalmente resultó imposible comunicarse con él y cayó en un estado catatónico. Ahora sabemos que volvió a escapar a su mundo de fantasía y que en sus alucinaciones vivía ininterrumpidamente en la isla de Parkum con su perro *Sindbad*, donde se relacionaba con un burgomaestre llamado Halberstaedt, un pescador llamado Burg y redactaba una entrevista. Todo estaba en su cabeza. Nada era real.

—Pero si de verdad está tan gravemente enfermo... —interrumpió Freymann, y sacó su reloj de bolsillo para comprobar si aún quedaba tiempo—. Si durante cuatro años ha sido imposible comunicarse con él, ¿por qué ha vuelto a despertar hace nueve

días? Usted mismo nos dijo durante la consulta que ahora vuelve a ser posible hablar con él. ¿Por qué?

—Una excelente pregunta —reconoció Malzius—. Por favor, eche un vistazo a estas fotos de Larenz —dijo, introduciendo otra caja de diapositivas en el proyector—. Aquí verán el desarrollo de su enfermedad. Desde el primer día de su ingreso, cuando contemplaba la cámara con aire confuso, cuando vegetaba en su habitación, babeando y en estado autista. —Las imágenes se sucedieron con rapidez—. Resulta evidente, incluso para un profano en medicina: todo lo que hemos hecho durante estos años, los medicamentos, los tratamientos, sólo empeoraban su estado. Estaba cada vez más débil y empeoraba en vez de mejorar. Hasta que a un joven médico se le ocurrió una idea osada. Me refiero al doctor Martin Roth. Siguiendo su sugerencia, de un día para otro dejamos de administrarle medicamentos.

—Y cuando dejó de recibir sus inyecciones... —exclamó Lahnen excitado.

—Se produjo una autocuración, por así decirlo. En una alucinación creó a su propia terapeuta: Anna Spiegel.

Lahnen silbó entre dientes y Freymann le lanzó una mirada airada. Por lo visto, entre ambos abogados existía algo parecido a una jerarquía.

—Al principio, el doctor Larenz creyó que él la estaba tratando, pero en realidad era exactamente al revés. Él era el paciente y Anna Spiegel la terapeuta. Ella lo obligó a mirarse en el espejo y le mostró lo que había hecho: asesinar a su propia hija. Es el único paciente esquizofrénico que se ha sometido a terapia gracias a sus propias alucinaciones.

Se encendió la luz y ambos abogados comprendieron agradecidos que la sesión había terminado. Hacía una hora que querían reunirse con su cliente y hubieran preferido un informe escrito del profesor Malzius. No obstante, acababan de enterarse de importantes novedades que servirían para montar una estrategia de defensa plausible.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ustedes? —quiso saber el profesor, abriendo la puerta del auditorio y acompañando a sus visitas al vestíbulo.

—Sí, desde luego —contestó Freymann, y Lahnen asintió—. Ha sido muy instructivo, pero...

—¿Sí? —Malzius arqueó las cejas. No había contado con otra cosa que no fuera un elogio rotundo.

—Bien, en última instancia todo aquello de lo que nos ha informado reside en la narración personal de Viktor Larenz, cuando pudo volver a pensar con cierta claridad, ¿correcto?

Malzius asintió con la cabeza.

—Más o menos. Hasta ahora no ha sido muy locuaz. Hemos tenido que deducirlo casi todo a partir de los escasos indicios que nos ha proporcionado.

Durante la conversación telefónica previa, el profesor ya había informado a los dos abogados de que durante los últimos días el paciente había estado muy poco comunicativo. Sólo estaba dispuesto a hablar con el doctor Roth y por eso los médicos todavía no estaban al corriente de lo que realmente había ocurrido en las alucinaciones de Larenz.

—Pero si el doctor Larenz, como usted mismo ha dicho, es un mentiroso patológico, un caso de síndrome de Munchhausen, ¿cómo podemos estar seguros de que esta historia no es otra fantasía bien ideada?

Malzius echó un vistazo a su reloj de pulsera y después comprobó la hora en el gran reloj digital colgado de la pared trasera del auditorio. Cuando se hubo asegurado de que los abogados habían comprendido lo que opinaba de unas preguntas que no eran más que una pérdida de tiempo, respondió en tono seco.

—Por supuesto que, dada la actual situación, me resulta imposible ofrecerles alguna clase de certeza. Nunca se puede. Pero sigo considerando que es muy improbable que un paciente con síndrome de Munchhausen sea capaz de simular un brote de esquizofrenia durante casi cuatro años, sólo para que una mentira resulte más verosímil. Si no tienen más preguntas, me gustaría...

—¡No! —lo interrumpió Freymann casi con grosería. El abogado penalista sólo había elevado ligeramente la voz, pero bastó para evitar que Malzius le diera la espalda.

—¿Qué más? —preguntó el director de la clínica, con irritación.

—Sólo una pregunta más.

Malzius frunció el ceño y su mirada osciló entre Lahnen y Freymann.

—¿Cuál es la pregunta que aún no he contestado? —les preguntó a los abogados.

—La más importante. La que nos ha traído aquí —dijo Freymann con una sonrisa bondadosa—. ¿Dónde está el cadáver?

—¡Bravo! —Larenz aplaudió débilmente—. Muy bien. Una pregunta sencilla pero excelente.

—¿Y bien? ¿Dónde está el cadáver de su hija? —insistió el doctor Roth por segunda vez.

Larenz dejó de aplaudir, se frotó las muñecas y clavó la vista en el suelo de linóleo marrón que, debido a la luz cenital, tenía un brillo verdoso.

—Bueno, vale —suspiró—, pero después llegaremos a un acuerdo.

—¿Usted me cuenta su historia y yo le doy la libertad?

—Sí.

—¡No!

Viktor volvió a suspirar profundamente.

—Sé que soy culpable. Cometí el peor delito que uno pueda imaginar. Maté a la persona que más amaba, a mi propia hija. Pero usted sabe que estaba enfermo, que sigo estándolo. No tengo cura. Habrá un circo mediático, un juicio y al final me encerrarán. Si la suerte me acompaña, en una institución, pero ¿cree que eso será útil para la sociedad?

El doctor Roth se encogió de hombros.

—Según la sociedad, cometí un asesinato. Sí. Pero podrían dejarme en libertad de inmediato con la seguridad de que nunca volveré a cometer otro, porque nunca volveré a amar a una persona como amé a mi hija. Por favor, ¿no cree que ya he tenido bastante castigo? ¿A quién le serviría?

El doctor Roth sacudió la cabeza.

—A lo mejor tiene razón, pero no puedo hacerlo; estaría cometiendo un delito.

—¡Dios mío, lo último que pretendo es que abra la puerta, doctor Roth, Martin! Por favor. Me quedaré aquí. Deme el cóctel de píldoras y así podré regresar a Parkum.

—¿A Parkum? ¿Qué quiere hacer allí? Allí vivió todos esos horrores de los que hoy me ha estado hablando durante horas.

—Pero sólo fueron horrores durante las últimas semanas. Hasta hace poco vivía en una isla de ensueño. —El juego de palabras lo hizo reír—. El clima era cálido y suave, mi mujer me llamaba todos los días por teléfono y decía que pronto me haría una visita. Halberstaedt se ocupaba del generador y Michael me traía pescado fresco. *Sindbad* dormía a mis pies y, lo más importante: Josy vivía conmigo. Hasta entonces todo era perfecto. La tormenta no se desencadenó hasta que dejaron de administrarme los medicamentos.

El doctor Roth metió la mano en el bolsillo y aferró el frasquito de píldoras. Las palabras de Larenz lo habían conmovido.

—No sé. No sería correcto.

—Vale. —Larenz volvió a incorporarse en la cama—. Le facilitaré las cosas,

doctor Roth. Contestaré a su última pregunta. Le diré dónde se encuentra el cadáver de Josy, pero con una condición: que primero me dé las píldoras.

—No, lo haremos a la inversa —respondió el médico, y se pasó nerviosamente la mano por las entradas—. Usted me lo dice de inmediato y después le daré los medicamentos.

—No. Hasta ahora he hablado sin saber si recibiría algo a cambio. Ahora le toca a usted. Confíe en mí y deme las píldoras; tardarán al menos dos minutos en surtir efecto. Con eso me bastará para indicarle el lugar.

El médico permaneció junto a la cama de Larenz, titubeando y reflexionando. Sabía que lo que estaba a punto de hacer contradecía todo lo que había aprendido pero no pudo evitarlo: su curiosidad era más fuerte que su buen juicio.

Sacó la mano del bolsillo y le dio el frasquito blanco con el fármaco. Era el medicamento que le habían inyectado con regularidad durante aquellos años, hasta que habían interrumpido las inyecciones hacía tres semanas.

—Muchas gracias. —Sin perder ni un minuto, Larenz contó ocho píldoras en la palma de la mano. El médico jefe lo observaba sin inmutarse. Cuando estaba a punto de llevárselas a la boca quiso sujetarle la mano para corregir su error, pero era demasiado tarde: Larenz ya se las había tragado todas—. No tema, confíe en mí, doctor Roth. Ha hecho lo correcto. Éste es un momento lógico para que sufra una recaída. Nadie exigirá que me hagan un análisis de sangre cuando dentro de unos instantes vuelva a estar tendido en mi cama, sumido en mis pensamientos. De ello se encargarán mis defensores, porque esos dos no quieren que sea capaz de ir a juicio. El profesor Malzius creerá que mi capacidad de autocuración no fue suficiente y volverá al tratamiento farmacológico clásico. A fin de cuentas, no fue idea suya lo de interrumpir las inyecciones.

—O no se lo tragará y le hará un lavado de estómago.

—Deberé correr el riesgo, tanto si vivo... como si muero.

Viktor cayó de espaldas en la cama con un profundo suspiro. Había ingerido una dosis doble y su voz empezaba a denotarlo. Le hizo señas a Roth de que se acercara y éste se inclinó para que Larenz pudiera hablarle al oído.

Viktor entornó los ojos y el doctor temió que se llevara a Parkum la respuesta a su pregunta.

—¿Dónde está Josy? —dijo, sacudiéndole el hombro—. ¿Dónde está el cadáver?

Durante un segundo vio que la mirada de su paciente se enturbiaba, pero después volvió a aclararse y Larenz pronunció sus últimas palabras en un tono seguro y claro.

—Escúcheme con atención —dijo Viktor, y el doctor Roth volvió a inclinarse sobre él—. Escúcheme bien, mi joven amigo. Ahora le diré algo que lo hará famoso.

Epílogo

Seis meses después. Costa Azul

La suite 910 del hotel Vista Palace de Roquebrunne no sólo destaca por la vista espectacular sobre el cabo Martin y Mónaco; además de tres habitaciones y dos baños, también disponía de una pequeña piscina para que los adinerados huéspedes no se vieran obligados a compartir la pública con el populacho que ocupaba las habitaciones para ejecutivos.

Isabell Larenz estaba tendida en una tumbona al borde del agua y disfrutaba de las ventajas del servicio de habitaciones, que funcionaba las veinticuatro horas del día. Había pedido un filete con patatas a la italiana y una copa de champán. Un camarero de librea preparaba la comida en un plato de porcelana. Un segundo camarero trajo un sillón del interior de la suite y lo dispuso junto a la mesa de teca en la que tomaría el almuerzo, porque Isabell no había querido sentarse en la sencilla silla de jardín.

—Llaman a la puerta, madame.

—¿Qué?

Isabell, irritada de que un sirviente le dirigiera la palabra, apoyó el último ejemplar de la edición en francés de la revista InStyle en la mesa y se protegió los ojos con la mano.

—Alguien llama a la puerta. ¿Desea que abra?

—Sí, sí —contestó Isabell, y se puso de pie. Tenía apetito y deseaba que ambos camareros se marcharan con rapidez. Pero antes sumergió el dedo gordo del pie en la piscina privada y decidió que esa tarde volvería a llamar a la mujer que le hacía la pedicura: el esmalte de uñas que había elegido el día antes no haría juego con el vestido que pensaba ponerse esa noche.

—Buenos días, señora Larenz.

Isabell se dio la vuelta de mala gana y vio a un hombre desconocido que salía a la terraza por la puerta corredera. Era de estatura media, vestía con sencillez e iba bastante despeinado. Y, además, hablaba su idioma.

—¿Quién es usted? —le preguntó, y miró en torno, comprobando con irritación que ambos camareros se habían marchado sin esperar la propina. Y sin servirle la guarnición.

—Mi nombre es Roth. Doctor Martin Roth. Soy el médico de su marido.

—¿Ah, sí? —Isabell se quedó de pie junto a la piscina. En realidad quería sentarse y comer, pero no quería verse obligada a ofrecerle algo al indeseado huésped.

—He venido a decirle algo. Algo muy importante que me confió su marido poco antes de sufrir otro colapso.

—No comprendo a qué viene tanto esfuerzo. ¿Acaso ha volado hasta aquí desde Berlín sólo por eso? ¿Sólo para hablar conmigo? ¿Por qué no me ha llamado por teléfono?

—Porque me pareció que sería mejor que habláramos de esto personalmente.

—Bien, doctor Roth. Todo este asunto me parece un tanto curioso, pero, por favor, tome asiento —dijo, con fingida amabilidad.

—No, gracias. No quiero molestarla —dijo el doctor Roth; rodeó la piscina y se detuvo en el césped, al sol—. Es un lugar muy agradable.

—Sí, es bastante comfortable.

—¿Suele pasar las vacaciones en este hotel?

—No, es la primera vez que vengo a Europa desde hace más de cuatro años. Pero le ruego que vaya al grano, doctor Roth. Mi comida se está enfriando.

—Buenos Aires, ¿verdad? —dijo Roth, haciendo caso omiso de sus palabras—. Usted abandonó el país poco después de la muerte de Josy.

—Tenía mis motivos para dejarlo todo atrás, como usted mismo comprenderá, si es que tiene una familia.

—Por supuesto —dijo el doctor, y le lanzó una mirada escrutadora—. Como usted sabe, su marido me confesó que le administró veneno a su hija durante bastante tiempo y que al final la estranguló durante un ataque de locura.

—Los abogados a los que contraté ya me lo han dicho.

—Y como también sabrá, tras esa confesión su marido volvió a caer en el delirio.

—Y desde entonces no ha vuelto a recuperar la conciencia. Sí, lo sé.

—Pero antes quiso decirme dónde estaba el cadáver de su hija.

El rostro de Isabell se volvió inexpresivo y se puso las gafas de sol marca Gucci que hasta entonces llevaba como una diadema.

—¿Y? —preguntó—. ¿Se lo dijo?

—Sí, ahora sabemos dónde yace su hija.

—¿Dónde? —preguntó ella, y por primera vez reaccionó con cierta emoción: su labio inferior temblaba ligeramente. Martin Roth cruzó el césped y se apoyó en la barandilla. A sus pies se abría un precipicio de varios cientos de metros.

—¡Venga aquí, por favor! —le dijo.

—¿Por qué?

—Venga, por favor. Aquí me resulta más fácil decírselo.

Isabell se acercó, dudosa.

—¿Ve la piscina pública que hay allí abajo, a la izquierda, para todos los huéspedes del hotel? —dijo Roth, señalando la terraza situada más abajo.

—Sí.

—¿Por qué no la utiliza?

—No comprendo qué relación tiene eso con mi marido. Yo dispongo de una piscina privada.

—Sí, es verdad —dijo el doctor Roth, sin desviar la vista de la actividad que se

desarrollaba más abajo—. Pero entonces ¿qué hace aquel señor allí abajo, tendido en una tumbona? —dijo Roth, indicando un hombre delgado que llevaba un bañador a cuadros rojos y blancos. Tendría unos cuarenta años y estaba poniendo la tumbona a la sombra.

—¿Cómo quiere que lo sepa? No lo conozco.

—Ocupa la habitación contigua a la suya. También es médico, como yo. Y también dispone de una suite con piscina privada, como usted. Sin embargo, está tendido allí abajo.

—Soy una persona realmente paciente, doctor Roth, pero ¿no acaba de decirme que tiene que comunicarme algo importante sobre el lugar donde se encuentra el cadáver de mi hija? ¿Y no le parece que es de mal gusto que en vez de hacerlo se dedique a cavilar acerca de la conducta de un desconocido?

—Sí, tiene razón. Lo siento. Sólo que es tan...

—¿Tan qué? —Isabell volvió a quitarse las gafas de sol y le lanzó una mirada furibunda.

—Bueno, lo que pasa es que ese hombre de allí abajo quizá prefiere la piscina pública porque las chicas le parecen más guapas. Como esa jovencita situada tres tumbonas más allá, a la izquierda. Cerca de las duchas. ¿La ve?

—Sí, pero no la conozco. Y ya no estoy dispuesta a seguir...

—¿No?

El doctor Roth se metió dos dedos de la mano izquierda en la boca y soltó un silbido. Varias personas que nadaban en la piscina o estaban tendidas en las tumbonas alzaron la mirada. Y también la muchacha rubia, joven y bonita, que dejó el libro que estaba leyendo en el suelo y, cuando el doctor Roth la saludó con la mano, le devolvió el saludo con expresión dubitativa.

—¡Hola! —exclamó, se puso de pie y corrió hacia la terraza.

Un momento después, cuando la joven se encontraba a pocos metros por debajo de ellos, mirando a uno y a otro alternativamente, Isabell se quedó de piedra.

—Hola. ¿Qué pasa? —volvió a exclamar la chica. Hablaba en español—. ¿Quién es ese hombre, mami?

El doctor Roth había contado con que huiría, pero antes de que Isabell pudiera alcanzar el salón, la puerta se abrió y entró un policía francés.

—Queda arrestada por obstrucción a la justicia, por simular un delito especialmente grave y causar graves daños físicos —chapurreó el funcionario en alemán.

—Eso es ridículo —se indignó Isabell. Las esposas tintinearón—. ¡Se trata de un error! —gritó mientras se la llevaban. El policía murmuró unas palabras incomprensibles en su micrófono y un segundo después se oyó el zumbido de un helicóptero que flotaba a unos cien metros de distancia por encima del hotel.

—En realidad era un plan muy astuto, señora Larenz —dijo el doctor Roth, corriendo detrás de Isabell y del policía. Estaba seguro de que lo escuchaba—. Cuando usted la encontró en la caseta de los botes Josy no había muerto asfixiada, sólo estaba desmayada. Usted la ocultó y después ambas se embarcaron rumbo a América del Sur. Así usted logró sacar partido de la enfermedad mental de su marido y dejó que creyera que era un asesino. El creyó haber matado a su hija y sufrió un colapso. Y usted logró que lo declararan mentalmente incapaz y pudo disponer de su fortuna. Los abogados se empeñaron a fondo y en Argentina nadie hacía preguntas acerca de la niña que la acompañaba a condición de que siempre hubiera suficiente dinero contante y sonante. Un plan bastante bueno. Pero por desgracia, a la larga dejó de funcionar. Usted no debería haber cometido la insensatez de regresar a Europa con Josy sólo porque creyó que, tras su confesión, Viktor nunca recuperaría la conciencia.

El policía había subido apresuradamente la escalera hasta la quinta planta con Isabell y estaba en el terrado del hotel Vista Palace que normalmente servía de pista de aterrizaje para los helicópteros de los clientes adinerados. Allí aguardaba un helicóptero del comando especial de la gendarmería. Isabell no había dicho ni una palabra mientras subían y tampoco contestó a las preguntas que el doctor Roth gritaba a su espalda.

—¿Qué le contó a Josy en aquel entonces? ¿Que sería mejor huir del circo mediático y viajar a Buenos Aires? ¿Que allí un nuevo apellido no llamaría la atención? ¿Cuánto tardó en dejar de preguntar por su padre?

Isabell permaneció muda. No le respondió y tampoco planteó ninguna pregunta. No quiso saber dónde estaba su abogado. Ni siquiera manifestó el deseo de despedirse de su hija, de la que ya se ocupaba una agente de policía. Isabell salió al terrado en silencio y se dejó acompañar hasta el helicóptero sin oponer resistencia.

—Su marido tenía un motivo que lo disculpa —gritó el doctor Roth, con la esperanza de que el ruido del motor del helicóptero no apagara sus últimas palabras—. Viktor está enfermo. Pero usted... usted no es más que una codiciosa.

Sólo entonces Isabell se detuvo y se volvió. El policía le apuntó con el arma sin dudar un instante. Isabell le hizo una pregunta, pero el doctor Roth no logró oírla y se acercó más.

—¿Cómo lo descubrió Viktor? —Ahora estaba lo bastante cerca como para entender lo que ella decía—. ¿Cómo lo averiguó mi marido?

«Hace mucho que Viktor lo sabía», pensó el doctor, sin contestarle. Larenz lo había comprendido poco después de recobrar la conciencia, mucho antes de la primera vez que Roth le preguntara por el cadáver de Josy. El hecho de que la policía no lo hubiera encontrado en la caseta de los botes sólo podía tener una explicación: Josy no estaba muerta. Lo demás lo dedujo por su cuenta con mucha rapidez. Al principio, el doctor Roth se había preguntado por qué pese a todo Larenz quería

regresar a su ensoñación, cuando sabía que su hija estaba viva. Pero al final había comprendido que Larenz tenía miedo. Un miedo atroz de sí mismo. Ya le había hecho daño en una ocasión a su hija. Casi la había matado. Y porque como psiquiatra sabía que la posibilidad de curarse era muy escasa, había optado por permanecer en el único lugar del mundo en el que Josy jamás correría peligro: Parkum.

—¿Cómo descubrió Viktor que Josy seguía con vida? —gritó Isabell; el ruido de los rotores ahogaba sus palabras.

—¡Ella se lo dijo! —gritó el doctor Roth y, por un instante, el hecho de darle esa respuesta lo sorprendió. A lo mejor porque era la que Viktor hubiera deseado que le diera.

—¿Se lo dijo? ¿Quién se lo dijo?

—Anna.

—¿Anna?

El policía le dio un empujón, obligándola a seguir avanzando. Ella cedió pero siguió con la cabeza vuelta. Quería volver a hablar con el doctor Roth por última vez. Hacerle una última pregunta... Pero aunque sólo estaba a escasos metros de distancia, ya no podía oírla. Y no era necesario, porque le bastó con leerle los labios.

—¿Quién diablos es Anna?

Lo último que vio Martin Roth cuando el helicóptero despegó fue la mirada de incompreensión, de impotencia total y absoluta, de Isabell. Jamás olvidaría esa mirada.

Se volvió con lentitud y se dirigió a la escalera. Cuando descendía apresuradamente los peldaños sabía que aún le esperaba lo más difícil. Durante los próximos meses tendría que demostrar su valía como psiquiatra. Una nueva paciente iba a someterse a terapia. Haría todo lo que estuviera en su mano para explicarle la verdad. Se lo había prometido a su padre.

Agradecimientos

En primer lugar, y no se trata de una fórmula de cortesía, quisiera dar las gracias al lector. Por la lectura. Usted y yo tenemos algo en común, porque escribir y leer son actividades solitarias y por ello íntimas. Usted me ha hecho el regalo más precioso: su tiempo. Incluso mucho tiempo si ahora todavía se abre paso a través de los títulos finales. Si a usted le apeteciera, estaría encantado de que me enviara su opinión sobre el libro. Puede hacerlo visitando mi página web de Internet, www.sebastianfitzek.de, o enviándome un e-mail a fitzek@sebastianfitzek.de.

Y finalmente, tengo la imperiosa necesidad de dar las gracias a las personas que me «crearon»:

Por ejemplo a Román Hocke, mi agente literario, quien, desde el primer día, en vez de tratarme como a un novato me trató como a uno de los numerosos autores de superventas a quienes suele representar.

Y deseo dar las gracias a mi lectora de la editorial, Andrea Müller, que no sólo me acogió amablemente en la familia de la Editorial Knauer, sino que además gracias a su trabajo dejó su impronta en la novela.

Doy las gracias a mi amigo Peter Prange, cuya generosidad me permitió disfrutar del saber de un autor de superventas y que, junto con Serpil, su mujer, me hizo valiosas sugerencias de cambios. Espero haberlas tenido en cuenta todas.

A ti, Clemens, quiero agradecerte tus indicaciones acerca de los tratamientos clínicos. Siempre viene bien tener un hermano profesor particular de neurología. Al menos un miembro de la familia aprendió algo útil. Para que mis críticos no se conviertan en los tuyos, hazles saber que las posibles inexactitudes científicas sólo se deben a que no te hice leer toda la novela.

Toda novela es el final de un largo camino. El mío empezó con mis padres, Christa y Freimut Fitzek. A vosotros os agradezco vuestro afecto y vuestro apoyo incansable.

Las historias no tienen ningún valor si uno no puede contárselas a nadie. A ti, Gerlinde, debo agradecerte que hayas escuchado La terapia seis veces como mínimo, y que hayas elogiado cada nueva versión, aun cuando el amor quizás empañara tu objetividad.

Por último doy las gracias a muchísimas personas a las que ni siquiera conozco, pero sin las cuales el libro jamás habría existido. A quienes idearon la maravillosa portada, imprimieron la obra, entregaron los ejemplares a las librerías y los colocaron en los estantes para que el lector pudiera comprarlos.

Y por supuesto estoy agradecido contigo, Viktor Larenz, dondequiera que estés.

SEBASTIAN FITZEK
Berlín, enero de 2006



SEBASTIAN FITZEK (Berlín, Alemania, 1971). Estudió Derecho. Antes de dedicarse a la escritura trabajó como periodista y como editor y director de programación para varias emisoras de radio. También ha desarrollado programas de televisión, y actualmente es socio de una de las más importantes consultorías alemanas para la industria radiofónica. Su primera novela, el thriller psicológico *Terapia*, alcanzó en seguida el número uno en ventas de libros y fue nominada al premio Friedrich-Glauser en la categoría de mejor novela debutante, siendo aclamada por la crítica y los lectores por igual.

Sus dos novelas posteriores, *Amokspiel* y *Das Kind*, lo consagraron como el maestro alemán del thriller psicológico. Sebastian Fitzek es también uno de los pocos autores alemanes cuyas obras, traducidas a más de veinte idiomas, se han publicado en Estados Unidos y en Inglaterra, países de la novela de suspense por excelencia.

Notas

[1] En alemán, «espejo». (N. de la T.). <<